

IDENTIDAD, COMUNIDAD Y DESARROLLO

Identidad, Comunidad y Desarrollo. Magíster Psicología Comunitaria y Mideplan 2006

Identidad, Comunidad y Desarrollo

GERMÁN ROZAS
JUAN ARREDONDO
COMPILADORES



GOBIERNO DE CHILE
MIDEPLAN
DIVISIÓN DE PLANIFICACIÓN REGIONAL



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA
MAGÍSTER PSICOLOGÍA COMUNITARIA

© **Identidad, Comunidad y Desarrollo**

Germán Rozas O. y Juan Arredondo

Magister Psicología Comunitaria

Departamento de Psicología

Facultad de Ciencias Sociales

Universidad de Chile

Noviembre de 2006

I.S.B.N.: 956-19-0542-6

Registro de Propiedad Intelectual: 158.738

Ignacio Carrera Pinto 1045, Ñuñoa

Fono: 678 7805

Fax: 678 7819

Santiago de Chile

Diseño, diagramación e impresión:

Gráfica LOM

Concha y Toro 25

Reseña Autores

Yolanda Acevedo	MS. Planificación Urbana. Paris 8, MS Desarrollo Regional PUC. Chile. Departamento Identidad y Cultura MIDEPLAN.
Marcelo Arnold	Antropólogo Social. Director Magíster de Antropología y Desarrollo de la Universidad de Chile.
Juan Arredondo	Geógrafo. Jefe Departamento de Identidad y Cultura MIDEPLAN.
Álvaro Canales	Magíster en Psicología Ambiental. Docente Universidad de la República.
Juan Pablo Cárdenas	Periodista. Director Radio de la Universidad de Chile, Docente P. Universidad Católica y Universidad de Chile.
Marcela Cornejo	Psicóloga. Dra. Universidad Católica de Lovaina. Docente de la P. Universidad Católica de Chile.
Daniel Duhart	Magíster en Estudios Sociales y Políticos Latinoamericanos Docente del Magíster Psicología Comunitaria Universidad de Chile.
Gabriel Guajardo	Antropólogo. Investigador y Profesor de FLACSO y de la Universidad Diego Portales.
Elizabeth Lira	Psicóloga. Presidenta del Consejo Superior de FONDECYT, Docente Universidad Alberto Hurtado.
Víctor Martínez	Psicólogo Comunitario. Docente del Magíster Psicología Comunitaria Universidad de Chile. Director Alternativo de Novasur, programa de TV educativa del CNTV.

Sadi Melo	Alcalde, Ilustre Municipalidad de El Bosque.
Gustavo Rayo	Dr. Estudios Políticos Jefe División Regional, MIDEPLAN.
Germán Rozas	Psicólogo. Magíster Universidad Libre de Bruselas Director Magíster Psicología Comunitaria Universidad de Chile.
Bernardo Subercaseaux	Vice-Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

Índice

Prólogo ————— 9

Introducción ————— 11

Primer Capítulo:

¿Qué es la Identidad?

Identidad y Destino: El Caso de Chile ————— 19
Bernardo Subercaseaux

Identidad y Desigualdad ————— 37
Juan Pablo Cárdenas Squella

Pistas para el Estudio de la Identidad ————— 43
Marcela Cornejo

Segundo Capítulo:

Experiencias Metodológicas en Identidad y Comunidad

Cambios Identitarios: La Solidaridad en una Sociedad
Crecientemente Individualista ————— 55
Marcelo Arnold-Cathalifaud

Identidades, Comunidad y Desarrollo como Posibilidad
Interpretativa: El Patrimonio de Valparaíso ————— 69
Gabriel Guajardo

La Lógica de la (Auto) Exclusión: Relaciones entre las Identidades
de Lugar y la Construcción del Territorio en Santiago de Chile ————— 75
Álvaro Canales C.

**Tercer Capítulo:
Identidad y Realidad Social**

Trauma Psicosocial: Algunas Reflexiones	105
<i>Elizabeth Lira</i>	
Televisión e Identidades en el Espacio Público	117
<i>Víctor Martínez R.</i>	
Percepción Urbana del Desarrollo Local en Santiago de Chile	131
<i>Yolanda Acevedo G.</i>	
Desarrollo Local e Identidad	151
<i>Sadi Melo M.</i>	

**Cuarto Capítulo:
Política Pública, Identidad y Comunidad**

Identidad y Experiencias de Desarrollo	161
<i>Gustavo Rayo</i>	
Lo Social y la Identidad en las Políticas Sociales	167
<i>Germán Rozas O.</i>	
Encuentros y Desencuentros en la Interfaz Agencias Públicas-Comunidades	187
<i>Daniel Duhart S.</i>	

Prólogo

Juan Arredondo Barrios*

En los inicios del siglo XXI, constatamos que las predicciones sobre la pérdida de identidad en grupos humanos y territorios, producto del dominio sin contrapeso de la globalización, dista mucho de transformarse en realidad. Por el contrario, el paso de los años ha permitido observar el surgimiento y fortalecimiento de expresiones sociales, económicas y culturales que incorporan aspectos particulares, singularidades necesarias para diferenciarse en un contexto que tiende a la homogeneidad. La búsqueda de “lo propio”, de nuestras señales de identidad se manifiesta en el ámbito político con la aparición de movimientos que, junto con rechazar un cierto estado de cosas, fortalecen miradas que intentan volver a sus raíces, buscando en su pasado elementos que permitan visualizar el futuro. Emblemático en este sentido resulta el triunfo del Presidente Evo Morales en Bolivia, el surgimiento de movimientos nacionalistas en Perú y las reminiscencias históricas que continuamente invoca la revolución bolivariana del Presidente Hugo Chávez.

Paradójicamente la globalización ha contribuido a realzar lo autóctono y el fortalecimiento de las identidades está resultando una de sus mas claras externalidades. Las señales identitarias aparecen por doquier, las manufacturas de productos con denominación de origen adquieren valor agregado y se distinguen de la competencia, los territorios buscan en sus particularidades las capacidades endógenas que les permitan transitar hacia el desarrollo. El mismo concepto de desarrollo muta y se aleja de reduccionismos económicos, acercándose más a la gente, sus estilos de vida, sus creencias, tradiciones, en fin, a su identidad. Todo este proceso de cambio se refleja especialmente en el ámbito de lo local y lo comunitario, en estos espacios es factible encontrar, propiciar y fortalecer el desarrollo integral.

La historia reciente de nuestro país, principalmente desde el retorno a la democracia, nos presenta como una sociedad en un proceso de cambio acelerado. Parte importante de estos cambios tienen que ver con transformaciones

* Jefe Departamento Identidad y Cultura Regional, División de Planificación Regional, Mideplan.

profundas de la identidad nacional. La apertura de las fronteras, que ha acompañado al proceso político de consolidación democrática, ha permitido superar la concepción insular de nuestra vida cotidiana. Sin embargo, como todo proceso de cambio aún reciente, es indudable que las transformaciones no son homogéneas, ni social ni territorialmente. En niveles subnacionales (locales y regionales) los cambios identitarios probablemente encuentren mayores resistencias y no es factible y, en ciertos casos tampoco deseable, esperar transformaciones radicales de las identidades territoriales. Más bien debemos observar procesos de evolución y reconstitución de identidades que incorporan aspectos propios de cada época y aportes de otros grupos sociales.

La acción del Estado necesita entender las mutaciones que tensan la estructura social y territorial; a partir de este ejercicio ineludible, debe incorporar las identidades sociales y territoriales, en permanente evolución, en sus propuestas de desarrollo. La importancia de estos temas en el contexto municipal es evidente, una buena gestión comunal basa su estrategia en la formulación de cursos de acción que incorporen efectivamente estos aspectos al gobierno local. En el nivel regional, el acercamiento a los temas de identidad ha sido menos ambicioso, pero ellos son sin lugar a dudas igual de cruciales. Paulatinamente se comienzan a desarrollar iniciativas de gestión territorial surgidas desde las propias regiones que eventualmente pueden convertirse en procesos más sólidos, si son acompañados de modificaciones orientadas hacia alcanzar mayores niveles de descentralización económica, política y administrativa.

Es en este contexto que el Seminario Identidad, Comunidad y Desarrollo se nos presenta como un aporte de inestimable valor, permitiendo reunir a un selecto grupo de investigadores que abordan el estudio de la identidad desde distintas aproximaciones, reflejando en sus intervenciones los matices y variantes de una temática compleja y apasionante. Por otra parte, la realización del seminario y su posterior publicación, forman parte de un esfuerzo conjunto entre el Ministerio de Planificación, a través de su Departamento de Identidad y Cultura de la División de Planificación Regional, y la Universidad de Chile, mediante su programa de Magíster en Psicología Comunitaria de la Facultad de Ciencias Sociales. Esta alianza estratégica ha permitido complementar las capacidades de gestión pública de una institución estatal como MIDEPLAN, con las capacidades de investigación de la principal casa de estudios superiores en nuestro país. Creemos que este es un camino necesario de continuar y potenciar.

Introducción

Germán Rozas O.*

El presente texto tiene como tema central la Identidad. Constituye un primer avance para comprender la identidad, los aportes están orientados a buscar la aplicabilidad a nivel de las comunidades que habitan los territorios comunales.

Existen variadas miradas sobre la identidad: identidad urbana, cultural, social e incluso, como plantea Amin Maalouf, se desarrollan guerras en defensa de la identidad. Sin embargo quisiera destacar en esta introducción el concepto de identidad comunitaria, esto por cuestiones tanto prácticas como teóricas.

Hoy al Estado le interesa desarrollar un trabajo más profundo hacia lo social, es decir, sobre temas como la pobreza, la participación, la solidaridad, los problemas de interculturalidad, aspectos prácticos sin duda. Pero para ello se requieren aproximaciones teóricas que den cuenta de los marcos de definición del concepto y de los motivos más intrínsecos a partir de donde se constuyen las definiciones. Hay avances al respecto en el presente texto.

La identidad comunitaria apela a rescatar un fenómeno que define la comunidad y que actúa como elemento central en cuanto a su unificación y cohesión. Tradicionalmente las definiciones de comunidad destacaban al territorio como una de las variables importantes y que servían de ancla a la hora de conocer una comunidad. Son las comunidades costeras, nortinas, de montaña, de la selva, agrícolas, etc. Sin embargo el territorio, sin perder su importancia, ha sufrido un proceso de reinterpretación que obliga a la búsqueda de otros elementos relevantes, como la identidad.

Antes de entrar en ello, vale decir que la modernidad ha sido uno de los condicionantes de este proceso. Ha puesto lo urbano sobre el tapete, que implica la construcción de ciudades, junto con un estilo de vida que apunta a fortalecer lo individual y no lo colectivo. Sin embargo como reacción, los gru-

* Director Magíster Psicología Comunitaria, Universidad de Chile.

pos y lo comunitario vuelven a ponerse en vigencia al constituirse las comunidades de intereses. Es decir, grupos sociales que cohesionadamente persiguen ciertos objetivos, sin estar particularmente asociados a un territorio.

Muchos más complejo es el fenómeno de las comunidades virtuales, productos de la postmodernidad y la globalización, que más que el territorio, pierden relevancia ahora los elementos físicos y corporales, se pierde la relación cara a cara, dejando paso a las imágenes y el lenguaje.

La identidad comunitaria surge, entonces, hoy como uno de los aspectos que estabiliza a la comunidad y que permite su desarrollo y su configuración como actor social. No es que la variable identidad no haya estado previamente incluida como un compuesto de la comunidad junto al territorio, sino que hoy se destaca por sobre el territorio en tanto dadas las condicionantes de la modernidad.

Esto ocurre especialmente en el medio urbano, por cuanto en el medio rural lo territorial mantiene su fuerza y vigencia, en tanto se configura en un aspecto recurrente al momento de definir cuál es la comunidad o quiénes la constituyen.

Al entrar de lleno en el tema de la identidad comunitaria, en lo urbano, esta se conforma entre otros aspectos con las raíces históricas de configuración de la comunidad. Los miembros de la comunidad vienen de alguna parte: del sur, del norte, del extranjero, etc.; son migrantes. O por otro lado son grupos constituidos por asociaciones laborales: son poblaciones de profesores, de trabajadores, de mineros, los erradicados, o los que se tomaron un terreno, o productos de una renovación urbana.

Esa historia tiene sin duda un gran peso en la constitución de la identidad, es la base de la formación de la identidad. Conforman la esencia de lo que se es. Configura el punto de partida al cual se apela al momento en que se cuestiona nuestra existencia o nuestras propuestas.

Pero, el tiempo corre y aparecen las siguientes generaciones de la comunidad. La juventud deja de cierto modo esas raíces y se adapta a las nuevas circunstancias que les toca vivir. Y por lo tanto surgen nuevos aspectos de identidad que se amalgaman y se mezclan con las raíces. Un traslado de una comuna a otra, por la asignación de la vivienda, la pertenencia a un tipo de trabajo totalmente diferente al de los padres. Surgen problemas como la falta

de pavimentación, falta de un consultorio, falta de áreas verdes, o se instala al lado de una comunidad una fábrica contaminante, o se construye una carretera divisoria, etc. En ese momento la comunidad comienza a configurar una nueva identidad, complementaria con sus bases identitarias, pero que apela a nuevos procesos de constitución grupal que conectan con la pertenencia. Por ejemplo: Somos la comunidad que ganó el proyecto de la plaza, que luchó por él, y que ahora la cuida; y por lo tanto ahora se presenta ante los externos como la comunidad de la plaza.

Muchas comunidades viven en pobreza, tienen baja calidad de vida, o son desarticuladas por proyectos empresariales. Tienen un bajo nivel de desarrollo social. Sin embargo al existir un interés por parte del Estado o por parte de algunos miembros de la misma comunidad por mejorar el desarrollo social de la misma, muchas veces se llevan a cabo iniciativas valiosas que no tienen ningún eco en la comunidad. Esta no se compromete con un proyecto determinado que traerá beneficios, por el que la comunidad no es consciente o no logra cohesionarse tras él para defenderlo y hacerlo fructificar.

Aquí es donde el trabajo con la identidad adquiere su máxima importancia. En tanto la identidad es precisamente un elemento unificador y articulador de la comunidad, el trabajo con ella permite cohesionar la comunidad y permite activar la comunidad apelando a lo que es, a sus raíces, y sus nuevos componentes, de modo que gana en capacidad de trabajo y de autodirección frente a nuevas iniciativas. Usando la terminología actual, la comunidad se empodera y participa en las propuestas de desarrollo social.

Hoy día el concepto de Capital Social también está muy en boga. Se entiende por él la puesta en acción de la solidaridad, la organización y particularmente la confianza. Al existir confianza entre distintos actores de la población las cosas fluyen sin obstáculos. John Durston habla de Capital Social Comunitario, es una extensión del concepto original, y por cierto convoca a otros elementos. Si hablamos de capital y de capital social, la identidad es un capital social. Un grupo o comunidad sin identidad no es prácticamente nada. La identidad es un componente psicosocial fundamental de su existencia, al igual como un brazo o una mano son herramientas fundamentales en las personas. La identidad es un órgano vital de la comunidad, es un Capital Social.

Decíamos más arriba que la variable territorial ha pasado a un plano secundario, especialmente en el medio urbano. ¿Será cierto? Aquí hay un tema dig-

no de investigación, en tanto las encuestas o entrevistas a la población hacen referencia a una identidad positiva o a una identidad negativa. Y un elemento básico de este aspecto es el territorio, el lugar, las plazas, las calles, el entorno, etc. La cuadra o barrio se han constituido como variables territoriales íntimamente conectadas con variables subjetivas. Al aparecer, entonces, observando la evolución de la identidad, sigue en su proceso de construcción, articulando al territorio.

Este texto se encuentra escrito en cuatro capítulos. El primero hace referencia a ¿qué es identidad? Busca entregar definiciones fundamentales, como así mismo poner sobre la mesa las corrientes de análisis más importantes.

En el segundo capítulo, y siguiendo el orden del Seminario, del cual es fruto este libro, se exponen algunas experiencias de investigación sobre identidad en diferentes comunas y poblaciones. Tal vez dichas experiencias son una excusa para poder observar de más cerca cómo funciona la metodología, es decir cómo investigar la identidad y de este modo a nivel Municipal y comunal se pudieran comenzar a perfilar trabajos de estudios sobre su propia identidad.

Continuando con el Tercer Capítulo el texto se orienta al tema Identidad y Realidad Social, es decir se pretende dejar atrás las definiciones teóricas y las posibles divagaciones epistemológicas y entrar a definir los problemas sociales, entenderlos desde el marco de la identidad e intentar mostrar caminos de soluciones.

Finalmente en el Cuarto Capítulo y a modo de cierre, el texto avanza hacia los temas políticos, en el sentido de rescatar la gran temática de la identidad y contextualizarla en las definiciones de política pública. En la medida que la identidad sea un objeto de política social, gana lo público en cuanto que inmediatamente activa las poblaciones que viven en comunidades y que bajo la mirada del Estado entran en interlocución desde su subjetividad, y desde su identidad.

No hemos querido hacer un capítulo de conclusiones, para así dejar espacio a la propia reflexión desde las comunas y Municipios, principal público de este trabajo. Más bien ha sido el interés que este texto sea un estímulo y un acicate a la profundización del trabajo con la población local y su respectivo territorio y de allí salgan las verdaderas conclusiones.

Al terminar esta introducción quisiera agradecer a Yolanda Acevedo, Urbanista y miembro del equipo del Dpto. de Identidad y Cultura del Mideplan, sin quien no hubiese sido posible la realización del Seminario, ni de este texto, con la calidez y calidad con que se llevó a cabo.

Igualmente agradecer a María de los Ángeles Moncada y María José Ahumada, practicantes en el Dpto. de Identidad y Cultura del Mideplan y hoy Psicólogas Comunitarias de la Universidad de Chile, quienes dieron vida a este trabajo y fueron nuestro principal contacto a tierra, haciendo valer la importancia de la personas y de la comunidad de modo integral.

Agradecer a Sofía Villalobos, Gobernadora Provincia del Elqui, IV Región, quien por sobrecargo excesivo de su puesto de trabajo no pudo hacer llegar su ponencia escrita.

Finalmente agradecer a todos los expositores del Seminario, quienes con sus palabras, experiencia y orientaciones transmitieron ideas y miradas muy apreciadas, sólidas y de gran proyección al trabajo de fortalecimiento de la identidad Regional y Municipal.

PRIMER CAPÍTULO

¿QUÉ ES LA IDENTIDAD?

Identidad y Destino: El Caso de Chile

Bernardo Subercaseaux*

Un nuevo escenario

Jóvenes chilenos que bailan el rap y comparten el mismo gusto por el rock, por ciertos graffittis o estilos de vida, se sienten hoy día más próximos a jóvenes de otros países –que comparten esos mismos gustos– que a la sociedad nacional a la cual pertenecen. Alberto Fuguet, uno de los más destacados exponentes de la nueva narrativa chilena, publicó una antología-manifiesto *Mc Ondo*, en la cual desde el propio título ya indica que sus señas de identidad provienen de la globalización –las hamburguesas *Mc Donald*, los video clips y los computadores *Mac*– en desmedro de las señas tradicionales de un específico cultural chileno, como las ramadas, Violeta Parra, o la Cordillera de los Andes¹.

Por otra parte, los “nosotros” de mayor fuerza y persistencia simbólica se construyen cada vez más en torno al fútbol o a programas de radio y TV, o a los partidarios de Quenita o el Chino Ríos. También las identidades se conforman en el consumo de bienes que integran y diferencian simbólicamente a los usuarios, en torno a un cierto tipo de ropa, a una marca determinada de motocicleta, a un aro en la nariz, o a cierto tipo de música. Paralelamente adquieren mayor presencia en el espacio público identidades de género, como la femenina y la homosexual, o identidades etarias, como los adolescentes del “carrete”, “jugoso” y “bacán” y la tercera edad.

Junto a estos fenómenos identitarios no tradicionales, los mapuches, en diferentes lugares del país, levantan una reivindicación étnica y cultural con una vehemencia y un apoyo (nacional e internacional) no conocidos. Si bien algunos de estos procesos pueden haberse dado con anterioridad, hoy forman par-

* Vicedecano Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de Chile.

¹ Alberto Fuguet y Sergio Gómez, *Mc Ondo*, Barcelona, 1996.

te de un escenario distinto, en la medida que ante el proceso de globalización y massmediatización en curso, la nación se ha visto debilitada en su capacidad de apelación a un “nosotros” común, disminuida en su rol de contenedora de lo social y más bien limitada –en este aspecto– a las señas de identidad que concitan algunos eventos deportivos.

Cabe preguntarse qué significa ser chileno, en términos culturales, cuando nos acercamos al bicentenario. ¿Qué tienen en común personajes como el oficinista que vibra con el lenguaje del Rumpy; la señora que hace una cola para adquirir la pulsera de Omarcito, al que sigue de la radio Colocolo; el estudiante de la Universidad de la Frontera que se identifica con la etnia mapuche y con el ingreso de Aucan Huilcamán a la Plaza de Rancagua; el hiphoper de la población Nueva Uno que integra la barra de Los de Abajo; el joven empresario Punto.Com que lee la revista Capital y que se le sube la adrenalina cuando escucha la palabra “emprendedor”; o la mujer temporera que está apurada en terminar sus labores agrícolas para no perderse el final de una teleserie? En términos del concepto tradicional de identidad, casi nada. Tampoco en términos de los clichés del ser chileno como aquello del “carácter apequenado” o la falta de asertividad. Lo único que tienen –y que tenemos en común– es un nuevo escenario cultural y comunicativo; en cada uno de ellos, aun dentro de los escuetos rasgos señalados, hay huellas de las grandes transformaciones culturales ocurridas en las últimas décadas. Nos referimos entre otras a la massmediatización y organización audiovisual de la cultura, que afecta todas las actividades: desde la política hasta la educación, desde el teatro y la literatura hasta la religión; desde el amor hasta el miedo. Nos referimos también a las innovaciones tecnológicas, a la estética del zapping, a la TV y a Internet, al teléfono celular y a lo multimedial.

Entre quienes viven o piensan la identidad nacional desde una perspectiva tradicional, este nuevo escenario ha generado cierto malestar. Se dice que Chile ya no es un país, que es un paisaje. Se dice que entre nosotros la imitación compulsiva auspiciada por la lógica de mercado pareciera no tener contrapeso. Hay incluso quienes piensan que carecemos de piso, de proyecto común, de alma. En la sección “Cartas” de los periódicos, los lectores con frecuencia se quejan por la desaparición o neutralización de ciertas señas de la identidad chilena. Para restablecer los equilibrios los huasos, las carretas o las costumbres envasadas se suelen exhibir en el mall de Alto Las Condes o en el Parque Arauco, convenientemente respaldadas con música de Los Quincheros

o del tío Lalo Parra. También es cierto, por otra parte, que en el pucara de Quito, en el Valle de la Luna y en otras localidades de San Pedro de Atacama, son las propias comunidades étnicas de la zona que se han –valga la redundancia– etnificado, las que administran y manejan con gran dignidad esos y otros recursos patrimoniales de la región. Asistimos también a un fuerte proceso de reivindicación cultural y política del pueblo mapuche en el sur del país, los pueblos indígenas en Chile, como en otros países de América Latina se han constituido en un nuevo sujeto político, situación que ha motivado preocupación en diversos ámbitos. Todo ello indica que es necesario abrir espacios reflexivos sobre estas temáticas, volviendo incluso a reexaminar conceptos básicos como el de identidad o de nación, para situarlos en una perspectiva histórica y luego actual.

Identidad Cultural

¿Qué se entiende por identidad cultural? La visión más tradicional concibe a la identidad cultural de un país –o a la identidad nacional– como un conjunto de rasgos más o menos fijos, vinculados a cierta territorialidad, a la sangre y al origen, como una esencia más bien inmutable constituida en un pasado remoto, pero operante aún y para siempre. Se habla de una identidad cultural estable (la identidad nacional o la identidad de género pertenecerían a ese orden) para diferenciarla de procesos identitarios transitorios o inestables, o de microidentidades como la de barrio, club deportivo, edad, etc. También se habla de identidades sociales como la de determinado sector, localidad, grupo o clase y de identidades individuales.

En la visión tradicional subyace una concepción esencialista en que el concepto de identidad tiene similitudes con el concepto de carácter, pero referido no a un individuo sino a un pueblo. En psiquiatría o psicología cuando se habla del carácter de una persona determinada, se habla de estructura de personalidad, de aquellos rasgos que son una constante y que no cambian. Si un individuo tiene un carácter compulsivamente perfeccionista o melancólico, puede morigerar esas tendencias, pero ellas no desaparecerán, pues se trata de la base de su personalidad, de una especie de código genético. Llevada a un extremo, esta visión más tradicional tiende a sustancializar la identidad, percibiendo negativamente toda alteración de la misma. La identidad implicaría siempre continuidad y preservación de ciertos rasgos acrisolados en el pasado;

se vería, por ende, continuamente amenazada por aquello que implica ruptura, pérdida de raíces, vale decir por el cambio y la modernidad. Tras esta perspectiva subyace una visión de la cultura como un universo autónomo, con coherencia interna, como un sistema cerrado que se sustrae a la historicidad.

Aunque con distintos grados de moderación y sin caer en el extremo fundamentalista que hemos señalado, es esta visión más tradicional y estática la que ha primado en el sentido común y en la reflexión sobre identidad tanto en Chile como en América Latina, y también en las cartas a los periódicos que se quejan porque en las ramadas tocan más cumbias que cuecas. Ella está detrás cuando nos preguntamos por ejemplo, por el ser chileno, o por la identidad del mexicano, o por el carácter argentino, preguntas que suponen la existencia de un paquete de rasgos fijos e inalterables, de una matriz única que implica necesariamente un nivel de abstracción, puesto que desatiende la heterogeneidad en los modos de ser y las múltiples y variadas expresiones de la vida social y cultural que se dan en un país.

En una versión distinta de esta postura, la identidad nacional se define no como una esencia inmutable, sino como un proceso histórico permanente de construcción y reconstrucción de la comunidad imaginada que es la nación o que es un determinado grupo y sector cultural. Las alteraciones ocurridas en sus elementos no implican entonces necesariamente que la identidad nacional o colectiva se haya perdido, sino más bien que ha cambiado. Las diferencias culturales no obedecerían por ende a esencias culturales inmóviles, sino a accidentes de ubicación e historia. Nada habría en las diferentes culturas humanas que sea o haya sido exclusiva u ontológicamente “propio”. Potencialmente, entonces –en la medida que no se puede fijar una demarcación irreductible entre “lo propio” y lo “ajeno”– cada cultura es todas las culturas. Con esta perspectiva el concepto de identidad pierde su lastre ontológico y finito, convirtiéndose en una categoría en movimiento, en una dialéctica continua de la tradición y la novedad, de la coherencia y la dispersión, de lo propio y lo ajeno, de lo que se ha sido y de lo que se puede ser.

La concepción esencialista de identidad es, sin embargo, la que subyace al malestar a que nos referíamos al comienzo; también, por lo general, es la que alimenta los discursos identitarios tradicionales de nuestra historiografía, como aquél que señala a la homogeneidad como uno de los rasgos propios de la identidad nacional chilena. Los autores del pasado que reflexionan en esta

línea, piensan que la homogeneidad existe realmente, que está allí afuera, que el nacionalismo etnolingüístico blanco tiene una base empírica en la historia y en la demografía del país.

Algunas concepciones contemporáneas insisten en la unidad y homogeneidad racial del pueblo chileno. Por ejemplo, el mito fundacional que preside la concepción de la historia del ejército publicada por su Estado Mayor es el mito de la homogeneidad de la raza, la mezcla física y cultural de sangres araucana y española y la amalgama de sus virtudes en el crisol de la Guerra (Historia del Ejército de Chile, 1980-82). Para este tipo de posturas, la identidad de la nación –que tiene como eje a la raza como hecho biológico y cultural– es prediscursiva, está allí como lo está una sustancia o una piedra. En un artículo de hace unos años el senador (designado) y ex general Julio Canessa Robert, señala que “la cultura mapuche es consustancial al concepto mismo de chilenidad. Tratarlos como una etnia diferente es racismo, en el peor sentido de la expresión”². Se trata por supuesto de una apelación identitaria de uso ideológico, en la medida que tal homogeneidad oculta relaciones de dominación y exclusión. Cabe señalar, en todo caso, que así como en otros países de América Latina hay una cultura de la pluralidad cultural, en Chile, desde el siglo XIX, se vislumbra una ideología identitaria de la homogeneidad cultural. Se trata de un trasfondo que explica, en parte, el malestar que se percibe hoy día frente a la idea de diferencia en los sectores más conservadores del país.

Frente a este manejo y enfoque más tradicional del concepto de identidad, está el punto de vista de quienes conciben a las identidades culturales o a la identidad nacional como algo carente de sustancia, como identidades meramente imaginarias o discursivas, como objetos creados por la manera en que la gente, y sobre todo los intelectuales y los historiadores, hablan de ellos. La identidad, desde esta perspectiva, no es un objeto que exista independientemente de lo que de él se diga. Para los autores que sostienen esta postura de tinte posmoderno³, la identidad es una construcción lingüístico-intelectual que adquiere la forma de un relato, en el cual se establecen acontecimientos fundadores, casi siempre referidos a la apropiación de un territorio por un pueblo o a la independencia lograda frente a los invasores o extraños. Los libros escolares, los museos, los rituales cívico-militares y los discursos políticos son los

² ¿Integrarlos o segregarlos?, *El Mercurio*, Santiago, 14-4-1999.

³ José Joaquín Brunner, *Cartografías de la modernidad*, Santiago, 1995.

dispositivos con que se formula la identidad de cada cultura, de cada nación y se consagra su retórica narrativa. La identidad nacional desde esta perspectiva siempre tendrá la estructura de un relato y podrá ser escenificada o narrada como una epopeya, como una pérdida o tragedia, como una crisis, como una evolución o como proyecto y destino.

Desde el punto de vista anterior, la nación o determinada comunidad local más que una comunidad histórico-política o un dato geográfico, sería una comunidad imaginada, una elaboración simbólica e intelectual, que se constituiría en torno a la interpretación del sentido de la historia de cada localidad o país. Se trata de una postura que en su grado extremo disuelve la identidad y elimina el referente, aproximándose a la fina ironía de Borges cuando en una oportunidad señaló que ser argentino –o para el caso ser chileno, mexicano, brasileño– es sobre todo un acto de fe.

Frente a estas posturas que diluyen la cuestión de la identidad en discurso o creencias, otro sector de autores, herederos en alguna medida de la visión más tradicional, sostienen que la identidad nacional no es discursiva o imaginaria, sino que es más bien prediscursiva o extradiscursiva. La conciben por ende como una mezcla de tradiciones, lenguas, costumbres, circunstancias históricas compartidas, en fin, todo aquello que conforma los modos de ser o el carácter de un pueblo, y que constituye una realidad operante más allá o más acá del discurso, una realidad a la que tenemos acceso vivencial o fenomenológico cada vez que estamos entre argentinos, chilenos, brasileños, chilotes, nortinos, sureños, norteamericanos, mapuches, etc. Dentro de esta línea hay también (y a ella nos sumamos nosotros) una concepción de identidad que admite los dos componentes: la mediación imaginaria y discursiva, pero también la dimensión extradiscursiva, vale decir un referente que puede ser constatado y perfilado empírica e históricamente. Dentro de esta línea de pensamiento, la nación, o una determinada localidad, junto con ser un dato geográfico y una territorialización histórico-política, es también un constructo intelectual y simbólico. La nación, o una determinada localidad, por lo tanto, sería, al mismo tiempo, una realidad constatable que existe y ha existido independientemente de la subjetividad, y una comunidad imaginada o relatada, vale decir un constructo intelectual y simbólico.

Finalmente se da también una concepción más relacional de identidad. Según esta perspectiva el “nosotros” siempre surge de la delimitación de un “ellos”.

La identidad lejana e insular de Chile, por ejemplo, responde a la visión de un “otro” europeo. La identidad mapuche se construye en función del tratamiento que viene recibiendo ese pueblo por parte de una sociedad “otra” desde la conquista hasta el presente. La identidad deviene así un asunto de autoafirmación. En la medida que la constitución de una identidad depende de una alteridad ausente, necesariamente se remite a esa alteridad y está contaminada por ella⁴.

En síntesis, el aporte fundamental de la discusión sobre identidad en las últimas décadas apunta a la desustancialización del concepto, por una parte desde el campo de su historicidad y por otra desde la teoría cultural postmoderna. Desde esta última con dos variantes: una que llamaríamos “light” que convierte a la identidad en pura discursividad, y otra que aguza la mirada hacia la diferencia, la alteridad y lo heterogéneo, construyendo en consecuencia un concepto relacional de identidad, que privilegia las identidades construidas en el descentramiento de la cultura y en su desterritorialización, las identidades que trasuntan un mundo crecientemente internacionalizado en que la cultura no reconoce ejes unificadores a nivel de la nación, sino yuxtaposiciones, culturas diversas e híbridos. Esta última postura, sin embargo, deja abierta la pregunta por aquello que le confiere coherencia a la identidad nacional en tanto espacio en que se articulan las diferencias.

Dos matrices en la concepción de lo nacional

Hemos utilizado el concepto de identidad nacional indistintamente con el de identidad cultural. La antropología y la etnohistoria distinguen ambos conceptos; nosotros, empero, los hemos empleado de modo cruzado y casi siempre como sinónimos. Esta perspectiva coincide, como veremos, con la ambigüedad que conlleva el concepto de nación y con las dos vertientes que concurren a la constitución de lo nacional. ¿Qué se entiende por nación? Cabe señalar en primer lugar que la nación es una construcción política de la modernidad. No siempre existieron naciones, de hecho hasta por lo menos el siglo XVII predominaron otras formas de organización política o de territorialización del poder, como por ejemplo los imperios o las ciudades mercantiles. La nación, o más bien la forma Estado-nación como realidad o como ideal

⁴ Chantal Mouffe, “Por una política de identidad nómada”, *Revista Debate Femenino*, 14, México, 1996.

político-institucional, se instala en el mundo a partir de la Ilustración y la revolución francesa. La idea de que la humanidad está naturalmente dividida en naciones, de que hay determinados criterios para identificar una nación y reconocer a sus miembros, la idea de que cada nación tiene derecho a un gobierno independiente y soberano, y de que los Estados son legítimos en la medida que responden a estos parámetros, es una idea moderna. La nación, históricamente, por lo tanto, es una comunidad política de la modernidad.

En el ámbito de la Ilustración, la nación aparece definida políticamente. La idea de contrato social (que constituye una de las bases filosófico-políticas de la democracia), la idea de la nación como una unión de individuos gobernados por una ley y representados por una asamblea de la que emerge la ley (base de la distinción entre los poderes ejecutivo, legislativo y jurídico), son ideas todas que implican una definición político-institucional de la nación. En esta perspectiva el concepto de nación implica al Estado y también una base territorial. A partir de esta definición política de la nación se generaliza la forma Estado-nación como forma jurídica, como territorialización del poder, como discurso ideológico de integración, como parámetro para la organización de la educación y de la cultura. Es dentro de este marco, a comienzos del siglo XIX, que Chile emerge como nación, rompiendo con esa forma arcaica de organización del poder que fue el Imperio.

A partir de este marco, se desarrolla también, durante el siglo XIX, la construcción de la nación, en que el Estado junto con la elite, desempeñan un rol fundamental en el proceso de nacionalización o chilenización de la sociedad: difunden e imponen a través de la Escuela, la prensa y otros mecanismos, un “nosotros”, un sentido de pertenencia, una suerte de etnicidad no natural, una especie de segunda naturaleza centrada en la idea de ser ciudadanos de Chile, una idea que desatiende los particularismos étnicos, visualizándolos incluso como una amenaza que atenta contra la construcción de una nación de ciudadanos. En esta perspectiva hay que situar las políticas de inmigración impulsadas por Pérez Rosales y los gobiernos liberales.

La concepción de la nación que hemos reseñado, concepción que conlleva una definición política de la misma, y que es indudablemente de cuño francés, va a ser, sin embargo, modificada por el romanticismo europeo, particularmente alemán, con ideas que van a significar un viraje en la concepción y uso del concepto de nación y, lo que es más importante, en la delimitación de lo

nacional. En efecto, en la tradición romántica alemana se gesta una concepción cultural de la nación casi en antagonismo con la concepción exclusivamente política de la misma. En esta concepción la nación pasa a ser definida por sus componentes no racionales ni políticos, sino por el lenguaje, por las costumbres, por los modos de ser, por su dimensión simbólica, por la cultura. Contra la universalidad ilustrada y abstracta, el romanticismo alemán rescata los particularismos culturales, la individualidad y el sentimiento, lo singular e infraintelectual. Dentro de esta concepción de nación, el nacionalismo se convierte en un rescate de aquello que es más particular de un pueblo: la lengua, las costumbres, las tradiciones, los modos de ser, los refranes, etc. En esta perspectiva la base de la nación pasa a ser no tanto una frontera geográfico-política o un hecho biológico como la raza, sino un hecho cultural o espiritual: la nación es antes que nada memoria compartida, alma, espíritu, sentimiento, y lo secundario es la geografía o la materia corpórea.

Se perfilan así dos énfasis en la concepción de la nación, énfasis que tienen aspectos contradictorios. De estas contradicciones derivan en nuestro medio algunas tesis historiográficas diferentes. Mario Góngora, por ejemplo, sostiene una tesis que se inclina por el predominio en Chile de la primera opción, por la idea de que la nacionalidad chilena ha sido una construcción desde arriba, una creación desde el Estado. A diferencia de la realidad europea, donde las naciones y los sentimientos nacionales fueron, en general, anteriores a su constitución como Estados; o bien en casos como México o Perú, donde tanto las culturas precolombinas como la colonización española dejaron una fuerte impronta de identidad que impregnó culturalmente a las nuevas repúblicas; en el caso chileno el surgimiento de la nacionalidad habría sido una creación político-institucional realizada luego de la guerra de la Independencia, en ruptura con un pasado colonial cuyo legado tuvo menos peso que en otros países. Una tesis distinta ha sostenido recientemente Alfredo Jocelyn Holtz, para quien no ha sido el Estado sino la sociedad civil y la elite los artífices de la nacionalidad chilena. No es casual, a fin de cuentas, que existan tesis diferentes sobre la construcción de la nación, ello implica énfasis distintos en el concepto de nación que se utilice.

Déficit de espesor cultural: pluralidad interferida

Nuestra tesis del déficit de espesor cultural es una tesis comparativa, en la medida que señala un rasgo diferencial de la cultura chilena en relación a

otros países. Es precisamente esta perspectiva comparada la que permite hablar de un déficit de espesor cultural, pues desde el punto de vista estrictamente antropológico todas las culturas tienen el espesor que les corresponde, y no cabría por lo tanto hablar de “déficit”.

La ideología homogeneizante o tradicional plantea que la raza chilena estaría constituida fundamentalmente por la fusión de europeos y araucanos (también en menor porcentaje por otras etnias). Desde este punto de vista el concepto de raza apuntaría tanto a lo biológico como a lo cultural. Tal como hemos señalado en páginas anteriores, algunas concepciones contemporáneas insisten en la unidad y homogeneidad racial del pueblo chileno, planteando que desde La Araucana los mapuches forman parte, biológica y simbólicamente, de la nación chilena. Tales posturas, pasadas y actuales, contrastan con nuestro punto de vista, puesto que perciben en los mapuches un aporte de origen étnico a nuestra identidad, en la medida que desde la Colonia éstos habrían formado parte de la nación chilena. Se trata, sin embargo, de un contra-argumento que precisamente nos permite reafirmar nuestra tesis.

Los mapuches, como se sabe, constituyen un porcentaje no despreciable de la población chilena. El último censo indica que la población que se identifica con esta etnia alcanza a casi un 10% de la población total y en la Región de la Araucanía a más de un 25%. Durante los siglos XIX y XX, en el período de construcción del Estado Nacional y en el proceso de nacionalización (que emprendió este Estado) de la sociedad chilena (fundamentalmente vía la educación), la cultura mapuche o sociedad menor recibió de la sociedad mayor un trato reiterado. Fueron levantados y ensalzados como mito pero vituperados como realidad, se prestigiaba simbólicamente la epopeya mapuche en desmedro del mapuche existente, al que se le usurpaban las tierras y se le despreciaba como bárbaro y antiprogreso. Desde Andrés Bello, que publicaba artículos antiaraucaños en un periódico titulado paradójicamente *El Araucano*⁵, hasta el “Arauco Shopping Center”, la estrategia –consciente o inconscientemente– ha sido la misma. No es casual que hasta el día de hoy los mapuches hablen de “los huincas” y de “ustedes los chilenos”. Se trata de una forma lingüística que indica en la subjetividad de los usuarios una ausencia de identidad nacional chilena. Aun cuando algunos documentos o discursos de cacii-

⁵ Debo esta observación a Jaime Concha, estudioso de nuestra cultura que dicta clases en Estados Unidos.

ques en el pasado hayan incluido apelaciones patrióticas, los mapuches en tanto comunidad nunca han formado parte de la nación en los términos planteados por Benedict Andersen: como parte de una comunidad imaginada⁶.

En Chile, a diferencia de otros países de la región, la mezcla física con indígenas no se tradujo en un proceso activo de interculturalidad. Más bien puede afirmarse que la cultura mapuche (entendiendo por tal desde la lengua, las costumbres y las visiones del mundo hasta sus expresiones artísticas) ha sido un ghetto y su presencia o proyección cultural en la sociedad mayor, vale decir su peso en la identidad nacional, es más bien débil, y esto abarca desde el plano del lenguaje, hasta las formas de vida y las formas artísticas (salvo, es cierto, algunas excepciones puntuales y recientes en el plano literario). Desde esta perspectiva hablar de una etnia diferente no es racismo –como señala el artículo citado de Julio Canessa–; precisamente el racismo consistiría en negar o no reconocer la existencia de esa cultura diferente (en la que aquí y allá se pueden espigar algunos elementos de interacción con la cultura de la sociedad mayor).

Hay también quienes plantean que el carácter de ghetto o la escasa proyección a nivel nacional y latinoamericano de la cultura mapuche se debería a cierta debilidad intrínseca de sus manifestaciones en relación a otras culturas de origen étnico del continente. Nada asegura, sin embargo, que la monotonía de la música araucana no pueda ser considerada el día de mañana como uno de los más altos valores musicales, como de hecho ha ocurrido con la atonalidad en la música contemporánea. Cabe señalar, entonces, que la deuda histórica que tiene la sociedad mayor con respecto a los mapuches, además de económica (por la apropiación y reducción de tierras) es también de índole cultural. Como contraste al caso chileno, un país donde efectivamente se ha producido una proyección nacional de la diversidad étnica es Paraguay, país en que la etnia guaraní a pesar de no tener en cifras de población un gran peso (actualmente apenas el 1,5% de la población), sí tiene enorme y difundida importancia cultural en todo el país. De los 4.150.000 habitantes alrededor del 50% de la población es bilingüe, y 39% utiliza como habla fundamentalmente el guaraní⁷. En Paraguay hay hasta un canal de televisión con programas en guaraní.

⁶ Benedict Andersen *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, F.C.E. México, 1993.

⁷ Graziella Corvalán *¿Qué es el bilingüismo en el Paraguay?*, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, Asunción, 1998.

Augusto Roa Bastos, el más importante autor contemporáneo del Paraguay, es claramente un escritor transcultural, del mismo modo que lo son Miguel Angel Asturias en Guatemala, José María Arguedas en Perú y Jorge Amado en Brasil.

Además de Paraguay, se pueden señalar como ejemplos comparativos, los casos de Bolivia, Ecuador, Guatemala, México y Brasil. En cuanto a este último país se puede afirmar que la cultura afrobahiana del noreste se ha proyectado a todo el Brasil, con una fuerte carga de identidad nacional: son los componentes étnicos y demográficos de la cultura afrobahiana los que nutren desde la samba, el bossa nova, las macumbas y los sincretismos religiosos hasta Jorge Amado y el carnaval. Brasil es nitidamente un país donde los particularismos culturales (originados en la cultura negra de base esclavista) se proyectan con enorme fuerza en todos los estratos de la sociedad y cimientan, más allá de la práctica política o social, el imaginario cultural y la identidad nacional del país. Se trata de países que, a diferencia de Chile, tienen una cultura de la pluralidad cultural.

La inmigración tampoco ha representado en Chile un aporte significativo al espesor cultural y a la identidad nacional, sobre todo si pensamos en términos comparativos con Argentina. En Chile siempre se ha mantenido como una influencia local: los alemanes en el Sur y algunas colonias extranjeras en la capital, o en Punta Arenas y en el norte, pero sin llegar a la significación que tiene para la identidad nacional la inmigración europea en los países del Río de la Plata, particularmente en Argentina, donde a partir de las primeras décadas de este siglo, como consecuencia de una inmigración masiva y no selectiva, se altera y cambia radicalmente el panorama cultural e identitario de ese país, incluso en el plano de la lengua. En los países del Río de la Plata se puede hablar, a diferencia de Chile, de un espesor cultural de carácter demográfico que se constituye a partir de las migraciones europeas de fines del siglo diecinueve y comienzos del veinte.

La tesis del déficit de espesor cultural, es entonces, una tesis que adquiere consistencia en relación a lo que ocurre en otros países del continente. Es también una tesis histórica en el sentido que diagnostica un proceso de varios siglos en que han intervenido factores diversos y complejos. Tal diagnóstico explica que Chile sea hoy día –comparativamente– un país de una interculturalidad abortada o interferida, un país de un multiculturalismo mutilado, un país en que por razones históricas de nexos y hegemonías socio-políticas las

diferencias culturales de base étnica o demográfica no se han potenciado, en que los diversos sectores culturales y regionales que integran la nación no se han convertido en actores culturales a plenitud (lo que significa que desde cierto punto de vista aún no la integran). Así planteado, el problema no es, como se ha sostenido, una cuestión de ocultamiento o de velo, o de una puesta en escena débil de la identidad chilena; no se trata de una mera operación discursiva⁸; el problema tiene también una dimensión extradiscursiva, que apunta a una debilidad estructural en la proyección del espesor cultural de carácter étnico, demográfico y social del país. Precisamente este déficit de espesor explica que en Chile la identidad nacional y las apelaciones identitarias estén fuertemente signadas por los principales hitos históricos y las ideologías predominantes en cada época, y que haya primado, como hemos dicho, una constitución identitaria que opera como vagón de cola de la política y de la práctica social.

Cohesión social y globalización

El espesor cultural tiene una función de argamasa: es un fenómeno de cohesión social y de apelación identitaria. Desde esta perspectiva tiene una incidencia en la identidad nacional y en la integración interna de la nación. El déficit de espesor cultural incide, por ende, en una identidad nacional no integrada desde el punto de vista cultural. O si se quiere: en una identidad nacional que se construye fundamentalmente –desde la vertiente ilustrada– a partir de lo político y la práctica social; tal ha sido, como señalábamos, el caso chileno. Es desde allí –desde la dimensión de lo político– que se han generado los flujos de energía y los momentos más dinámicos en la historia de la cultura del país (las movilizaciones estudiantiles, la bohemia y la vanguardia en las primeras décadas del siglo veinte; posteriormente el frente popular y la generación del 38; luego los proyectos de emancipación y el movimiento cultural de los 60, etc.).

Ahora bien, en la escena contemporánea no sólo operan factores de integración social de carácter étnico o demográfico. También los hay vinculados a las representaciones que movilizan los deportes y los medios de comunicación de masas, particularmente la televisión. Como sostiene un estudio reciente, “es posible pensar que a través de la futbolización del espacio público se estarían

⁸ Sonia Montecino, “Cóncores y condoritos”, *El Mercurio*, 21 de octubre, 1998.

cumpliendo funciones necesarias de cohesión social y de adaptación de los sujetos a un ambiente modernizado. El fútbol ofrecería un 'nosotros', que no encontraría su realización en otros ámbitos del acontecer social; estaría satisfaciendo necesidades de pertenencia y participación difíciles de lograr en una sociedad atomizada e individualizada. Además y en relación a la adaptación de los sujetos a un ambiente competitivo, el fútbol estaría ofreciendo ídolos que encarnarían, en un terreno virtual, los anhelos de la fama y el éxito, impuestos como metas y negados como realización para la mayoría de los individuos"⁹. Una reflexión similar podría hacerse respecto a las teleseries o a determinados programas de la TV abierta o de la radio; así ocurre, por ejemplo, con el programa del Rumpy, en la Radio Rock and Pop, programa que ha generado un proceso de pertenencia y apelación identitaria, incluso con el uso de un determinado lenguaje.

La cohesión social y las identidades generadas por vía de los medios o el deporte, si bien constituyen un "nosotros" colectivo, conforman sin embargo, en términos de persistencia, de cohesión y de espesor, identidades de un pathos diferente y de corto alcance comparadas con aquellas que tienen una base étnica o demográfica.

Estudiosos han reparado que grupos que de alguna manera fueron excluidos o recibieron un trato desmedrado en la constitución de lo nacional (las mujeres y los indígenas, por ejemplo), no necesariamente se ven amenazados por los procesos de globalización en curso, tampoco por la massmediatización. Néstor García Canclini percibe en el contacto de indígenas con la globalización, más que peligros y amenazas, oportunidades para pasar desde el indigenismo paternalista y cabibajo a modalidades más autogestativas. "Se apropian de los conocimientos, los recursos tecnológicos y culturales modernos. Combinan procedimientos curativos tradicionales con la medicina alopática, siguen técnicas antiguas de producción artesanal y campesina a la vez que usan créditos internacionales y computadoras... Los campesinos guatemaltecos, mexicanos y brasileños envían por fax informes sobre violación de derechos humanos a organismos internacionales; indígenas de muchos países usan videos y correo electrónico para transmitir su defensa de formas alternativas de vida".¹⁰

⁹ Giselle Munizaga, en *La pantalla delirante. Los nuevos escenarios de la comunicación en Chile*, Carlos Ossa (ed.), Santiago, 1999.

¹⁰ Néstor García Canclini, *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, 1995.

Lo señalado por García Canclini indica que en países en que hay una fuerte presencia étnica, la globalización no significa necesariamente una mayor desintegración o una amenaza a la identidad. Por otra parte, la globalización implica, en términos económicos, que el rol de los mercados deviene fundamental en la coordinación de la vida económica, y que la nación ve disminuido su rol a este respecto. Desde esta perspectiva se ha señalado que la globalización conlleva una disolución de las monoidentidades vinculadas a la tierra y a la sangre, o si se quiere, una erosión de las identidades más estables, pasando a ocupar un rol más relevante las identidades nómades o transitorias, como por ejemplo las vinculadas a un club de fútbol o a un determinado tipo de consumo; identidades éstas que cumplen un rol de cohesión social pero a nivel micro.

Ahora bien, en un país en que hay un déficit de espesor cultural étnico o demográfico de arrastre, este tipo de identidades transitorias desempeñan un rol aun más relevante en la vida social y pueden incluso contribuir al creciente menoscabo de la identidad nacional. Estas nuevas identidades son las que estudiosos como García Canclini han llamado identidades nómades, desterritorializadas, fragmentadas, híbridas o también identidades locales. Se trata de voces e identidades que son evidentes en la juventud visible del país, en las barras bravas, en los grupos de raperos o de rock contestatario. En base a este tipo de fenómenos y a la presencia de identidades nómades o locales, se afirma que la nación viene experimentando un deterioro como contenedora de lo social, y que viene siendo reemplazada –en esta función– por equipos deportivos, corrientes musicales o modas.

Cabe hacer tres observaciones respecto a este nuevo escenario en que sobrepasan las identidades locales o microidentidades por sobre la identidad nacional: la primera es que se vive un clima intelectual de época (algunos lo llaman postmoderno) caracterizado por la carencia de utopías, por el pensamiento débil, por una cierta proclividad a lo múltiple y a lo heterogéneo y por una pérdida de competencia del Estado y la nación en los más distintos ámbitos (económico, comunicacional, educativo, artístico, etc.). Desde esta perspectiva las energías intelectuales de quienes piensan el tema de la identidad se han volcado a la crítica del esencialismo y al rescate de las identidades locales e híbridas, evitando así reducir los distintos modos de ser chileno, brasileño, argentino, a un paquete de rasgos fijos y arcaicos, a un patrimonio monocorde y ahistórico. Dado este clima intelectual era esperable que los temas de identidad nacional fuesen relegados a la crítica del esencialismo identitario, y a la

desconfianza frente al discurso de un específico cultural latinoamericano, o, para el caso, chileno.

Si bien es cierto que las identidades locales desempeñan hoy día un rol significativo en el plano de la expresividad social, las mismas pueden ser cuestionadas respecto a su perdurabilidad, espesor y valor estético. Cabría en efecto preguntarse: ¿qué significa la constitución de una identidad cultural o de un “sí mismo” en torno a un determinado estilo musical, a un programa de radio o a un club de fútbol? Se ha señalado que MTV Latina (señal por cable de video clips musicales con sede en Miami) ha sido más efectiva a la hora de cumplir el sueño bolivariano de integración latinoamericana que muchos discursos, foros y tratados internacionales. No cabe duda, a partir de ejemplos de esta índole, que, efectivamente, por la vía del mercado (musical, audiovisual, canal por cable, etc.) se están dando fenómenos de integración social y de constitución de identidades. Cabe, sin embargo, preguntarse, si frente a estas nuevas voces culturales no estaremos frente a lo que Baudrillard llamaba “utopías profilácticas”, utopías menguadas, sin grandeza y algo tristes, como la utopía de una “vida sin colesterol”, o la utopía del “yo autosuficiente”.

El mismo video clip, la misma señal por cable, la misma comida rápida, la misma música juvenil en lugares tan distantes como Katmandú, Belfast y Santiago. Se habla de cultura estereotipada y de uniformación transnacional de la cultura. De un escenario en que predominan la massmediatización, la internacionalización y la organización audiovisual de la cultura, un escenario complejo en que se rompen las viejas demarcaciones culturales (entre lo culto y lo popular, entre lo nacional y lo extranjero, entre lo tradicional y lo moderno), un escenario en que emergen las dinámicas de hibridación de culturas y subculturas que dan lugar a identidades nuevas y múltiples, identidades locales y nómades, sin el apego a las viejas territorialidades nacionales.

Todo este proceso –se afirma– estaría siendo empujado y sería una consecuencia de la globalización. Ahora bien, si aceptamos este diagnóstico, cabe decir que la situación resulta muy diferente en un país que tiene un espesor cultural fuerte –como México, Argentina o Brasil– que en uno que lo tiene débil como Chile. No es lo mismo la presencia que adquiere la música anglo, difundida por las transnacionales de la música, no es lo mismo ese destino, decíamos, en el país del tango o de la samba y el bossa nova, que en un país en que el baile nacional es apenas una cuestión de una vez al año durante las

fiestas patrias, un baile más bien carente de prestigio simbólico en un alto porcentaje de la población, y en franco retroceso ante la cumbia, la salsa y el merengue. Hay por supuesto enclaves o bolsones de espesor o de hibridez cultural, sin embargo, todo diagnóstico del caso chileno debe considerar la ausencia de expresividad cultural diversa con valor y proyección de identidad nacional como un hecho de la causa. Y si queremos ser realistas es en base a un diagnóstico de esta índole que debe plantearse la pregunta por la posibilidad de un proyecto de identidad nacional que concite la suficiente adhesión y legitimidad, por un proyecto que pueda darle cauce a la diversidad cultural del país.

Desafíos para la democracia

El cuadro identitario que hemos recorrido se caracteriza en primer lugar por un déficit de espesor cultural de arrastre; en segundo término, por un resurgimiento de identidades locales o micro-identidades, acompañado por un desperfilamiento del rol de la nación y del Estado, en el contexto de la globalización. Y, por último, en tercer lugar, por una autoafirmación del pueblo mapuche que funcionaliza, en pro de esta autoafirmación, algunas dimensiones de la globalización en curso. ¿Cuáles son, en este contexto, los principales desafíos para que la identidad nacional concite una adhesión suficiente? ¿Es posible darle cauce, aun, a la diversidad cultural del país, particularmente a la de raigambre étnica? ¿Es posible enriquecer el espesor cultural chileno por la vía del fortalecimiento de los procesos interculturales? A partir de lo señalado y de la constatación del peso que ha tenido en la construcción de la identidad nacional la dimensión de lo político y la práctica social, ¿cuál debería ser el camino y la estrategia a seguir? Por otra parte, con respecto a los procesos culturales, cabe preguntarse si las dinámicas que informan el campo cultural son susceptibles de afectarse por la vía de determinadas políticas públicas o de proyectos identitarios. ¿O es que acaso los fenómenos culturales se moldean y sedimentan sólo en el tiempo largo, como ocurre con el espesor cultural de carácter étnico o demográfico? O, por el contrario, ¿es posible incidir en la trama del tejido social y cultural? ¿Es factible, en definitiva, una suerte de ingeniería de la identidad cultural?

Hay ejemplos de dinámicas identitarias generadas sin políticas expresas, dinámicas que son más bien el resultado de un determinado curso histórico, como los casos que comentábamos de Brasil y Paraguay. Pero hay también

dinámicas identitarias que son el resultado de políticas públicas, como es, por ejemplo, la creación de un espacio cultural europeo vinculado a las políticas de la comunidad económica europea. Hay casos en que las políticas públicas en ámbitos democráticos refuerzan o abren el camino a los espesores e identidades culturales regionales y locales, como ha ocurrido por ejemplo en España gracias al fortalecimiento consensuado de las autonomías y gobiernos regionales. Está también el caso de Canadá y sus políticas multiculturales. Desde esta perspectiva en el caso chileno estamos convencidos de que partiendo del peso que ha tenido en la construcción histórica de la identidad nacional la dimensión de lo político y la práctica social, las respuestas tendrán que encarar y enfatizar esa dimensión. De allí la necesidad de profundizar la identidad democrática del país y el rol que ello puede jugar por una parte para abrir el cauce a la diversidad cultural, y por otra, paralelamente, para lograr una mayor integración y cohesión social.

Profundizar la democracia implica articular las diferencias. Implica avanzar por lo menos en tres espacios: en el espacio jurídico de derechos y libertades; en el espacio de reconstitución democrática o de las instituciones y partidos políticos, y en el espacio de una ciudadanía democrática o una ciudadanía responsable y emancipada. Se trata de promover la democratización de la democracia de modo que el ámbito de lo político ayude a destrabar las interferencias y los déficit de arrastre en el plano cultural. Ahora bien, el Estado es por su rol una institución homogeneizante, la profundización de la democracia debiera correr por ende, en gran medida, por cuenta de la sociedad civil, y del movimiento social, cultural y político.

La interculturalidad y la democracia cultural apuntan a la idea de permeabilidad entre culturas y sujetos diversos: para que ello opere se requiere democracia política, cultural y comunicativa. Desde esta perspectiva el problema mapuche no es sólo un problema más, es un asunto de mucho mayor proyección en la medida que somete a prueba el grado de cultura humanista y democrática de la nación chilena. Estamos tal vez ante la última oportunidad para abrir los cauces de una interculturalidad que ha estado en gran medida trabada. La profundización multifocal de la democracia aparece como una vía para destrabar la interculturalidad latente que existe en el país, lo que tal vez hoy por hoy no es sólo un requerimiento de una sociedad más sana y democrática, sino también de una sociedad que en todos los planos necesita tener herramientas para administrar de la mejor manera posible el nuevo escenario de la globalización.

Identidad y Desigualdad

Juan Pablo Cárdenas Squella

Cada vez resulta más difícil identificar la chilenidad. Más allá de que somos hijos de un mismo territorio, hasta nuestra geografía conspira contra la posibilidad de que los 16 millones de habitantes de este país encontremos un común denominador en nuestros valores, costumbres y aspiraciones. Nuestras áridas regiones nortinas se incorporaron tarde a la historia nacional y aportaron formas de comunicarse y de vivir muy distintas a los chilenos del sur, entre los que tenemos pueblos originarios que hasta ahora habitan en “reducciones indígenas”, que muy a contrapelo se reconocen parte de nuestra nacionalidad. Tenemos prácticamente todos los climas en esta “larga y angosta franja de tierra”; o una “geografía ridícula”, como nos identificara hace algunos años un general ruso. Zonas del país en que no llueve nunca, mientras que en otras se alcanza los mayores grados de humedad del planeta. Chilenos que viven del mar, mientras otros se ganan la vida socavando las más altas cumbres de la Cordillera de los Andes. Cadena montañosa y majestuosa que, por lo demás, acompaña gran parte de nuestra trayectoria geográfica, hasta que se hunde en las zonas más australes del planeta, donde los chilenos que viven o visitan la zona ya no aprecian bien por qué punto cardinal aparece y se esconde el sol. Diversas formas de vida y subsistencia, aunque una buena parte de nosotros vive marcado por las cuatro estaciones del año. Por el contraste entre el frío y el calor; la luz y las sombras; por los días alegres y los aciagos.

Cuando revisamos películas y documentales, descubrimos en el pasado formas de identidad que los nuevos tiempos desdibujan. Con las diferencias que siempre tuvimos, pareciera que hasta la mitad del siglo XX la política, la economía y la educación daban cuenta de un país rural, patronal e inquilino. De riquezas mineras que originaron las más grandes fortunas y formas de explotación. De puertos y ferrocarriles pioneros que dieron sentido a ese verso que

* Periodista y Director Radio Universidad de Chile

decía que “viajar en el pueblo chileno es su bella manera de hablar”. De un país siempre marcado por las diferencias, pero que finalmente mantenían una distancia menos oprobiosa que la actual. Una fe religiosa casi universal que ponía freno al estipendio de los ricos o los inducía a esconder sus placeres mundanos; mientras que a los pobres los conformaba con la ideología del “orden natural de las cosas” y los invitaba a la vida eterna y placentera que les aguardaba después de este baño de lágrimas. Las teleseries actuales son acaso la rémora más patente de esa vida anterior: la última expresión de un país en que ricos y pobres muestran sus enormes diferencias pero que todavía conviven, se hacen indispensables unos con otros y comparten algunos rasgos de identidad en la comida, en la vestimenta, en el lenguaje rústico de amos, capataces y servidores.

Es cuestión de recorrer América Latina y darse cuenta que la mayoría de los países muestran una identidad más marcada que la nuestra. Al lado de los Estados Unidos, son los mexicanos al parecer los que colonizan culturalmente al país más rico e invasor del mundo. Se sabe que son cada día más los norteamericanos que hablan el castellano, tararean rancheras y comen tacos, guacamoles y brindan con tequila. Los chilenos tenemos que reconocer que buena parte de la música que entonamos es del otro extremo de la llamada América morena. De lejos también como nos ha llegado la cumbia, la salsa y otras manifestaciones del ritmo que más mueve el ánimo de los chilenos. Ni qué decir de ese país llamado Paraguay que tuvo la fortaleza de hacer prevalecer la bella lengua guaraní a la colonización española, se enfrentó en la guerra del Chaco que los diezmó y soportó la prolongada dictadura de un tirano de apellido alemán e ideario hitleriano. O los propios argentinos que se reconocen en todo el mundo, aunque sea por su común devoción por el tango, la parrillada y el fútbol. Audaces, además, al alterar las reglas prosódicas y ortográficas de nuestro idioma.

Es efectivo que los países son realidades políticas más que culturales. Para prueba, basta comprobar las irreductibles nacionalidades que se expresan en España, Suiza y otras naciones europeas. En México, en todo el Caribe y Sudamérica conviven decenas de pueblos distintos, con lenguas disímiles y desencuentros soterrados; sin embargo quizá la sabiduría de esos Estados haya sido reconocer mejor que nosotros la diversidad, tolerarla y respetarla. Ensalzarla, incluso, como parte del ser nacional e, incluso, exhibirla al mundo, aunque sea en beneficio del turismo y el comercio de especies autóctonas.

En Chile, en cambio, vivimos negando a nuestras entidades fundacionales. Recién leía un artículo que destacaba la gran cantidad de expresiones de nuestro lenguaje que vienen del mapudungún, pero se usa todavía la peyorativa expresión de que “se nos sale el indio” al momento que nos exaltamos o realizamos un despropósito. Ese “indio” que la enorme cantidad de nuestra población lleva en su sangre o, como se dice ahora, en nuestro ADN. Con mucha razón, nuestro gran poeta Elicura Chihuailaf advierte que la sociedad chilena, además de la mapuchidad, desdeña la morenidad. En efecto, son cada vez más los extranjeros que se convencen de nuestra particular condición caucásica gracias a la señal internacional de nuestra televisión “pública”, que se prodiga en rostros albos, de cabellos rubios y ojos claros. La chilenidad en nuestro país le dedica una semana o menos a las tonadas y las cuecas, la chicha y otras especies siempre atribuidas a nuestro ser nacional. Aunque todos nos emocionamos en los días de nuestra efeméride independentista, lo cierto es que ya los chilenos no distinguimos a ciencia cierta entre el pebre y el chancho en piedra, o entre el ajiaco y el valdiviano, como quedó claramente manifestado en indagaciones periodísticas que se publicaron el último 18 de Septiembre.

Neruda le cantó a nuestra historia y a nuestra mesa, pero su mejor poema fue inspirado por las Alturas del Machu Picchu, así como sus más logradas odas son a las materias primas o insumos de nuestros hábitos culinarios elementales. Porque lo cierto es que los incas y la comida peruana aportaron mucho más a la identidad de los pueblos descendientes. Entre ellos a los chilenos que hasta bien al sur de nuestro país les dejó su legado. Para colmo, nosotros los de entonces ya ni siquiera somos los mismos. Porque, si bien en el pasado nunca marcamos del todo los perfiles de nuestra identidad, hoy la situación parece más precaria todavía. Un folletito con los datos fundamentales de nuestro último censo me sirve para comprobar cambios muy importantes en nuestra demografía y forma de pensar y vivir, como que la población chilena inexorablemente envejece, que los creyentes siguen siendo la mayoría, pero que otras denominaciones religiosas le horadan a la Iglesia Católica el monopolio de la fe, al tiempo que crece inquietantemente el número de ateos y agnósticos.

Asimismo, se dispara el porcentaje de las mujeres jefas de hogar con o sin cónyuges. Tenemos una nueva Ley de Matrimonio Civil que ya no ata a las parejas indisolublemente y para toda la vida, reforma que pone fin al que era uno de los rasgos casi exclusivos de nuestra identidad jurídica. Con todo, cre-

ce muchísimo el número de uniones de hecho y se ha puesto fin a la absurda segregación que afectaba a los hijos “naturales” e “ilegítimos” y que nos hizo reconocer en nuestra historia a numerosos personajes conocidos y tildados como “guachos”, término clásico de nuestra particularidad idiomática que ahora caerá en desuso o en el olvido. Desde el Padre de la Patria, pasando por jefes de Estado, intelectuales, científicos y artistas famosos que se vieron forzados a llevar el apellido de sus madres, de sus padres putativos o adoptar, una vez enterados de su desgracia, su verdadera identidad consanguínea.

Hay quienes dicen que los pueblos son lo que comen. Yo no creo en tal reduccionismo, pero en todo caso me parece propicio advertir que entre los productos que ingieren los chilenos el pan representa casi el 88 por ciento y que la comida chatarra supera el 55, con lo cual la obesidad preocupa como tema a más del 59 por ciento de la población. Pero para los que piensan que, pese a todas las interrupciones de nuestro sistema republicano, seguimos siendo una de las naciones con más alto espíritu cívico, les cuento que todavía en más de un 80 por ciento los jóvenes no se inscriben en los registros electorales cuando cumplen la mayoría de edad, apenas la décima parte de nuestras nuevas generaciones se identifica con algún partido o dirigente político y más del 70 por ciento admite no practicar religión alguna. Con lo cual, podríamos señalar que una fuerte mayoría de los adolescentes sólo “vive de pan”, prácticamente para comer y ver televisión. Aparato que está presente en más del 89 por ciento de los hogares chilenos, mucho más que el refrigerador y otros electrodomésticos.

Más allá de las terribles cifras, pienso que en nuestro país se han instalado la inequidad y la segregación. Los políticos de derecha a izquierda reconocen que nuestro progreso económico convive con la desigualdad escandalosa entre unos pocos que tienen mucho más de lo que necesitan y otro extremo que carece de lo elemental. De esta forma es que la identidad nacional ahora está marcada por una terrible estratificación de la vida en que los valores y las costumbres de los chilenos y ya ni siquiera determinada por su geografía y su historia, sino por su condición socio-económica. Es decir, mucho más condicionada por su barrio, colegio y posibilidades de consumo, que sus creencias comunes, referentes colectivos, símbolos patrios u horizontes comunes. De hecho, el pabellón patrio es más un estandarte de la familia militar que de la población chilena. Del escudo nacional son muchísimos los chilenos que nos avergonzamos de esa equiparación entre la razón y la fuerza y la propia Can-

ción Nacional mantiene estrofas que caen en uso o desuso según las vicisitudes políticas. Incluso nuestro tradicional orgullo y consuelo por la variedad y belleza de nuestros paisajes, de la Cordillera y del menos pacífico de los océanos, se ve hoy amenazado por una estrategia de desarrollo voraz, indolente y genuflexa con el capital foráneo, que nos lleva a gran velocidad a la destrucción de nuestros ecosistemas y equilibrios naturales. Un modelo sacralizado que permite la instalación de las industrias más contaminantes del mundo en los propios santuarios de la naturaleza que tanto nos enorgullecían. Que renuncia a los dividendos del cobre—el pan de nuestras exportaciones y riquezas del subsuelo— en beneficio de las empresas transnacionales. Que permite la ignominiosa destrucción de la flora y fauna marítima de manos de “emprendedores” que no reconocen nuestras fronteras y límites tan celosamente resguardados por tratados y conquistas, que derechamente debiéramos revisar en beneficio de la buena y fructífera hermandad con nuestros vecinos. Que en los proyectos educacionales muestra mucho más interés en que los niños lleguen a adultos hablando el inglés que expresándose correctamente en castellano.

Un país que renuncia a una común identidad. Que se desintegra todavía mucho más ante los magníficos avances de la ciencia y la tecnología, en la que un puñado de chilenos salta y navega en el ciberespacio en ventaja sobre una inmensa cantidad de compatriotas que en todo lo que les queda de vida ya no accederán a internet. Una realidad en que los poderosos y los gobernantes hablan más de dólares que de pesos, mientras que tantos otros todavía juntan las chauchas para subsistir. Que marca brutal contraste entre lo políticamente correcto y la irreverencia que en el pasado fue tan característica de nuestros grandes pensadores y conductores. Un país de ciudadanos cansados, amante de los líderes irascibles y autoritarios. Un Chile que aparece sin utopías, que vive preso del delirio por mantener el superávit de su economía, acrecentar sus reservas en divisas y en gastar ingentes recursos en nuevas y sofisticadas armas de combate, aumentar las cárceles, vigilarnos con más policías y hacer frente a los fantasmas externos y externos. Un país a ratos ensimismado y arrogante que se rinde, sobre todo, a las vulgaridades de la globalización. Que renuncia a aquello que sí nos identificó como nación: la capacidad de discutir, vivir modestamente y señalarnos cambios y metas ambiciosas. En el mundo, un país distante, pero gravitante. Una nación siempre multifacética, de contrastes más discretos, pero que sabía convivir y en la que unos y otros nos reconocíamos como chilenos y necesarios.

Al preparar estas líneas me acordé de la discusión que hace algunos meses se produjo a propósito del royalty minero y la posibilidad de elevarle el mínimo y vergonzoso peaje que pagan las empresas por apropiarse de nuestras reservas cupríferas. Fue durante ese mezquino debate que escuché a algunos empresarios chilenos advertir que con más impuestos sólo se sentirían animados a emigrar, a radicarse e invertir en el extranjero... Y pensé en tantos empresarios que he conocido en otras partes y que están dispuestos a someterse a los rigores de vivir e invertir en tantos países en que la guerra, la criminalidad y la corrupción son el pan de cada día, con tal de seguir en su patria, engrandecerla y generar fuentes de trabajo. Así como cuando hemos enfrentado el tema de la flexibilidad laboral y oímos a ciertos encumbrados chilenos despojar a otros chilenos, los humildes, hasta de su condición de “mano de obra”, expresión ya de suyo despectiva. Seguros que en esta misma tierra o en países más complicados que el nuestro existen quienes quieran trabajar por un salario todavía más miserable e incierto.

Todo ello bajo una ideología nacional en la que el dinero tiene la primera y la última palabra, a la que se rinden los políticos, los medios de comunicación y hasta los dignatarios eclesiásticos. En un país en que hasta la palabra compatriota, que suena a “compartir”, se ha cambiado por la de connacional, para así limitar al máximo la posibilidad de reconocernos como hermanos, con alguna identidad mayor o destino asociado. Y en la que forjamos ahora una identidad esquizofrénica, con diferencias mucho más pronunciadas que las que nos impusieron nuestra geografía dispar y los horribles fratricidios que marcan su historia.

Pistas para el Estudio de la Identidad

Marcela Cornejo*

Lo que traje para compartir hoy día con Uds. tiene que ver con una trayectoria personal en estudios sobre la identidad. Intentaré develar qué es este concepto, qué vamos a entender por él, cómo lo podemos estudiar; pero además pensando específicamente en Uds., quienes están convocados estos días a pensar sobre la identidad, a pensar sobre las comunidades, a pensar sobre el desarrollo, intentaré unir estas pistas para exponerles y ojalá puedan seguirlas, y ojalá para que les puedan servir en sus trabajos cotidianos y en sus reflexiones.

Esto que llamé pistas para el estudio de la identidad también podríamos entenderlas como pistas para comprender la identidad, para estudiar la identidad, para investigarla, pero también para trabajar desde, con y para ella.

Lo que voy a presentar hoy día tiene principalmente tres partes. En un primer punto, lo que voy a hacer es discutir y traer acá algunos aspectos respecto al concepto desde un punto de vista semántico, pero también desde un punto de vista psicológico y sociológico de qué voy a entender y qué podemos entender por identidad; luego voy a traer a colación el concepto de cultura, poniéndolo en tensión con la identidad porque –de acuerdo a mi propia trayectoria– me ha parecido que es un concepto que es útil, que ilumina, que permite operacionalizar qué vamos a entender por identidad, pero porque me parece, además, que hoy en día no podemos soslayar el tema cultural como país y no solamente a nivel mundial.

Como país enfrentamos el tema de la diversidad cultural, de la multiplicidad cultural y de la migración –interna y externa– y, por lo tanto, la cultura pasa a ser un referente desde el cual podemos pensar la identidad. Finalmente, voy a plantear tres modelos que al menos a mí me han servido para entender e intentar

* Académica Escuela de Psicología Pont. Universidad Católica de Chile

comprender lo que es la identidad; tres modelos que en sí mismos no me representaron mucho, pero al articularlos me sirvieron al menos para sentar las bases sobre una línea de trabajo que desarrollo respecto a lo que es la identidad, línea de trabajo que se inició a través de un estudio que tenía que ver con el problema del exilio. A partir de ese tema fui al tema de la migración y a partir de ese tema fui al de la cultura y, finalmente, di la vuelta entera hacia lo que es la identidad.

Algo que parece de perogrullo pero algo que también nos convoca y nos podemos dar cuenta hoy día es que parece ser que la identidad está en todas partes; desde todos lados nos hablan de identidad, cuestionan la identidad; sin embargo, cuando uno intenta hacer un recorrido para estudiarla, para entender de qué estamos hablando cuando intentamos hablar de identidad, esta presencia, omnipresencia de estudios, de definiciones, etc., en vez de clarificarlos, al menos fue mi trayectoria, más bien me produjo confusiones. Por eso esta cita introductoria, que habla este autor (Jean-Claude Kaufmann), autor que haciendo su propia trayectoria publicó recientemente un texto, un libro, en francés –este autor es francés–, respecto al concepto de sí mismo, que tituló “Hacia una teoría de la Identidad”. Y él dice: “la identidad estaba en todos lados pero no estaba en ninguna parte. No estaba en ninguna parte justamente porque estaba en todos lados”.

¿Qué es la Identidad?

Como les decía, algo que sucede cuando uno se enfrenta a estudiar este concepto de identidad, pasan dos cosas: por un lado uno se da cuenta de que hay una gran heterogeneidad de la manera en que la identidad ha sido conceptualizada, de la manera en que a uno le dan pistas respecto a qué vamos a entender por identidad, una heterogeneidad que tiene que ver con disciplinas diferentes, con metodologías diferentes y con posturas teóricas diferentes. Identidad se habla hoy en día desde el trabajo, desde el género, desde lo psicológico, desde lo más sociológico. Pero finalmente, qué entendemos por identidad. Hay una vasta heterogeneidad y cuesta posicionarse ahí, tomar cierta posición etimológica además de cómo nos vamos a posicionar como investigadores, a entender este concepto, pero además, si queremos hacer de él algo operacional para poder intervenir de alguna manera.

Y en segundo lugar, gran diversidad de términos, yo vengo más de la orientación psicológica y ahí uno encuentra gran cantidad de términos: sí mismo,

yo, otros, según distintas teorías, según corrientes, o aproximaciones diferentes. Todos entienden pero hablan de la identidad de maneras diferentes, desde la psicología. Sabrán Uds., además, que desde la incorporación del inconsciente se nos arma otra confusión aun mayor de qué vamos a entender por identidad y cómo vamos a agregar esta parte inconsciente, pero desde lo más sociológico también, gran diversidad terminológica también, que a mi gusto, confunde.

Entonces así llegué a determinar que, desde el punto de vista semántico, este concepto de la identidad es un concepto paradójico y contradictorio. Esto que semánticamente podría ser sólo una anécdota, esto que a nivel del concepto mismo, la semántica de la identidad incluye tanto lo que tiene que ver con la similitud, con la unidad, y al mismo tiempo, con la permanencia. Y esto que parece ser una anécdota no lo es, sino que al contrario, está incorporado en el concepto mismo y en la manera que tenemos de conceptuar la identidad.

La identidad es la similitud, por lo tanto refiere a un otro. La identidad es unidad, por lo tanto habla de coherencia, de singularidad, de ser único.

Y la identidad, por sobre todo, tiene que ver con el tiempo, tiene que ver con una permanencia, con un sentimiento de permanencia de uno mismo, de continuidad, de similitud y de unidad.

Y justamente esto que les decía respecto a cómo me enfrenté yo a esta gran gama de investigaciones de identidad, la principal línea y la pista que yo seguí tenía que ver con estudios francófonos, principalmente franceses, belgas y canadienses, de cómo ellos habían estudiado la identidad; grandes investigaciones que tenían que ver con identidad en el trabajo, identidad en la formación, identidad de género, pero a la cual se van agregando conceptos que yo misma en mi búsqueda voy encontrando, que tienen que ver con la identidad cultural, identidad étnica, identidad nacional, identidad juvenil.

Al mismo tiempo, desde los años, uno podría fijar desde los años 70 en adelante, hay crecientemente un gran interés por enfrentarnos e intentar develar qué son estos problemas de identidad, porque el mundo así como va, hemos hablado acá de modernidad, hemos hablado de globalización. Todos estos fenómenos, los cambios tecnológicos, la movilidad geográfica, la movilidad profesional, la entrada por ejemplo de la mujer al mundo del trabajo, las migraciones, nos pone en un escenario donde nos vemos interpelados y tensionados en nuestra identidad a nivel personal pero también a nivel colectivo, y algo tenemos que hacer de eso.

Estas son algunas de las cosas a las que he llegado revisando gran cantidad de material, grandes líneas diferentes de trabajo, algunas cuatro constataciones al menos que a mí me han servido para pensar qué es la identidad.

Por un lado, y algo que cambió en algún sentido desde las primeras teorizaciones que se hicieron, es que cuando hablamos de identidad no hablamos de algo que está estático, definido y de una vez por siempre. Hablamos de algo que tiene que ver con una construcción, una construcción que es permanente a lo largo de toda la vida y que tiene que ver con una interacción que establecemos los seres humanos con el mundo social, con los otros, pero además con un mundo que es histórico. La primera constatación.

La segunda, por tanto, es que desde la identidad siempre tenemos que considerar al menos dos dimensiones; en cualquiera de ellas que nos planteemos solamente, estamos perdiendo la otra y no estamos mirando desde un punto de vista un poco más completo el concepto, el fenómeno.

La identidad tiene una dimensión que es psicológica, que es interna, que es individual y singular al individuo, pero además una dimensión sociológica, un individuo que está inserto en medios sociales y en medios históricos, y que por lo tanto en esta tensión se va construyendo esta identidad.

Una gran revolución dentro de la manera que tuvieron los franceses de estudiar la identidad, fue un concepto que instaló un señor estudiando la identidad desde el punto de vista del trabajo, pero que después pasó a muchas otras áreas, que es Claude Dubar, y él introdujo que al menos por un lado tendríamos que pensar que la identidad se construye y se arma y se articula en lo que él llamó una doble transacción. Doble transacción que tiene que ver, por un lado, con que la identidad es una identidad para sí pero también es una identidad para los otros, y en esta articulación se construye la identidad. Pero además, no bastaría sólo con eso, sino que además tenemos que intentar incorporar a eso la dimensión temporal; entonces, esta identidad para sí, o esta identidad para los otros, también se construye en el tiempo, en un tiempo presente pero proyectándonos hacia un futuro, lo cual es algo inherente como humanos.

Y por último, la última constatación, es que progresivamente los estudios, las constataciones, las investigaciones, van llegando a situar en este espacio de construcción identitaria a que los seres humanos nos planteemos como actores y como sujetos de nuestra historia –dicen algunos–, pero además, de nues-

tra identidad. Estamos llamados, tenemos un cierto margen de maniobra, podemos hacer algo con nuestra identidad, algo que a mí me parece una pista interesante, desde Uds. cuando estamos convocados aquí a pensar lo que es la identidad en el desarrollo y en las comunidades.

Y, en esta búsqueda, algo que me pareció también relevante traer a colación hoy día tiene que ver con la cultura, en esta tensión permanente que podemos ver que la cultura tiene con la identidad.

Porque me parece relevante, además, traer a colación este concepto de cultura hoy y aquí. Estamos en Chile y estamos en el mundo situados en el año 2005. Nuestro país tiene una larga tradición de migraciones, nuestro país recientemente en la historia dolorosa tuvo también, además que ser país de origen de muchos exiliados, de emigrantes forzados que salieron al mundo y hoy en día está siendo un país de acogida de un montón de inmigrantes. Por otro lado compartimos, en nuestra larga geografía, como se ha hablado acá, compartimos con otras etnias, somos un país multicultural, intercultural. Y al menos estas dos vertientes, creo yo que nos tienen que llamar a pensar cómo incorporamos en nuestras discusiones y en nuestra manera de comprender y de trabajar para la identidad, estas al menos dos vertientes –por un lado–, y por otro pensando en cómo problemáticas que tienen que ver con esto, que se van generando en personas de segunda o de tercera generación, van a ser importantes.

Esto muy brevemente porque algo ya se ha hablado al respecto, pero es cómo en este contexto de la modernidad, otro de los exponentes también habló de que estos nuevos escenarios culturales van componiendo nuevas exigencias, van introduciendo nuevas tensiones a nivel de la identidad, y, por lo tanto, nuevas maneras en que los sujetos tenemos que enfrentarnos a estas tensiones y nuevas maneras de poder resolver estas tensiones.

Qué vamos a entender por contacto entre culturas, algo ya lo dije, lo que tiene que ver con migración, con lo intercultural, con lo multicultural también, pero entendiendo además que la cultura, la experiencia intercultural, multicultural, posibilita también justamente, algo que aparece en nuestros estudios, es que nos situemos como agentes o como actores, que algo podamos hacer con eso, que en esto nos pueda interpelar y que de alguna manera esto se pueda incorporar.

Voy a contarles brevemente tres modelos, tres maneras de conceptualizar y de teorizar la identidad que al menos a mí me han servido y que creo que pueden ser útiles para poder entender cómo entendemos la identidad, pero sobre todo cómo vamos a trabajar desde ella.

Un autor importante que ha sido un referente para mí bastante esencial es Camilleri, Karmel Camilleri, un psicólogo francés de origen magrebí. Para él la identidad uno podría conceptualizarla como una tónica, como ciertos polos a través de los cuales los seres humanos negociamos.

Por un lado Camilleri distingue un polo pragmático, polo pragmático que tendría que ver con cómo nos enfrentamos a los medioambientes, pero medioambientes que no sólo consideran nuestro entorno, sino que además a nosotros. Y es en esta negociación con ellos, y justamente por las expectativas que justamente tienen, por las tensiones que se generan entre lo que yo soy para mí, lo que yo soy para otros, y cómo me siento exigido, uno va armando el concepto, alisando su identidad; pero esto no sucede sino, al mismo tiempo, con una negociación que uno tiene que hacer con un polo que él denomina ontológico, un polo que tiene que ver con un sentido que uno le dé, un sentido que tiene que ver para sí mismo, pero que sobre todo permita reconocerse uno en el tiempo, con un cierto sentido que se va construyendo.

Y en estos dos polos, Camilleri dice que no solamente en estos dos podríamos entender lo que es la identidad y cómo se construye y se va deconstruyendo y reconstruyendo la identidad de los individuos en ciertos colectivos, sino que tendríamos que agregar algo que también es inherente, que todo esto tiene que estar relacionado a una identidad de valor, un cierto ideal, a algo que aspiramos ser o queremos ser, y esto en combinación nos permitiría comprender qué es la identidad.

Al pensar la identidad de esta manera, igual a mí me parecía un concepto que quedaba estático, uno podría comprender los polos, referidos a un ideal del yo, pero aún así la identidad quedaba estática. Y una gran revolución que vino justamente a partir de este Camilleri pero juntándose con otros, gente del mundo del trabajo, gente del mundo de la educación, gente que había trabajado largamente con exiliados latinoamericanos, con migrantes de países de África que habían migrado a estos países europeos que habían sido sus antiguos colonizadores más encima, y estas personas se pusieron a pensar y darse cuenta que la identidad, así estáticamente, uno no la podía ir a investigar porque además el

único acceso que tenemos a ella es a través de representaciones, representaciones de los propios individuos o de los colectivos. Entonces, en vez de intentar comprender qué es la identidad, para poder comprenderla tenemos que ver como esta identidad se pone en acción. Y elaboraron este concepto operacional que a mí me parece muy útil, que tiene que ver con estrategias identitarias.

¿Qué son estas estrategias identitarias?

Son procedimientos que se ponen en práctica consciente o inconscientemente; incorporan este elemento, por un lado un actor ya sea individual o colectivo, para alcanzar finalidades explícitas o miradas desde un observador externo, que pueden ser latentes, y que se elaboran en función de situaciones de interacción de diferentes determinantes socio-históricas, culturales, psicológicas u otras, de estas situaciones.

En ese sentido, este término de estratégica a mí me pareció relevante porque justamente agrega y me permite a mí combinar con esta mirada respecto a los polos de esta identidad; agrega algo nuevo que tiene que ver con poder ver estas estrategias puestas en acción desde actores individuales y colectivos que se sienten tensionados por ciertas demandas del medio ambiente o de ellos mismos y, por lo tanto, se requiere que esta tensión sea resuelta. Hay una situación en la cual ellos se ven impedidos de seguir actuando y la tensión es manifiesta o bien es latente. Y ante esto, por lo tanto, ponen en marcha estas estrategias identitarias y de acuerdo a ciertas finalidades, finalidades que también pueden tener que ver con lo más inmediato, o finalidades que pueden tener que ver con cosas más internas, cosas más psicológicas.

Algo que me parece importante de esta conceptualización, es que el gran desarrollo que ha tenido esto, sobre todo en el mundo francófono, ha tenido que ver con intentar ver, principalmente en el último tiempo, los grandes problemas a nivel de la identidad, pero más a nivel social y psicosocial que ha generado la existencia de jóvenes de segunda generación de emigrantes, todo lo que tiene que ver con los hijos de los primeros emigrantes que llegaron en las olas sucesivas de emigraciones económicas o de otro tipo; personas que están hoy día presentando grandes problemas a nivel social, y de alguna manera estos estudios, los que han entendido e intentado es ir a comprender justamente cuál es la tensión que esta situación de migración en segunda generación está provocando y cómo se puede hacer.

Y lo que han hecho, y desde varios ámbitos, es generar grandes tipologías que permitan comprender qué estrategia, a nivel de tal conducta o a nivel de tal acto o a nivel de tal situación que sucede, las personas ponen en marcha. Sin embargo, más que las tipologías, a mí lo que me ha parecido interesante es que justamente a través de estas estrategias, de observar estrategias recursivas que puede tener cierto grupo de personas, uno pueda interferir cuál es una dinámica identitaria más profunda a nivel superior que tiene que ver con las estrategias pero que también nos permitiría comprender esta identidad.

Y, finalmente, el otro modelo tiene que ver con lo que se ha denominado en las ciencias sociales el enfoque biográfico, enfoque biográfico que tiene su tradición en la antropología, en la sociología, y que paulatinamente va entrando cada vez más en lo que tiene que ver con el ámbito psicológico, o más bien –desde mi punto de vista y de la lectura que yo hago–, va tomando el status que siempre le ha correspondido desde que Freud mismo comenzó a hacer sus estudios con narraciones.

Desde este enfoque, ¿qué entendemos por identidad?

Dos aspectos centrales: por un lado, que la identidad es el producto de la experiencia de un sujeto, de toda su historia, a lo largo de toda la vida. Y en segundo lugar, que esta identidad no la podemos conocer sino a través de la narración que hacen estos sujetos, de los relatos que cuentan, como dice este autor. Finalmente, la identidad es la historia de sí que cada uno cuenta.

Un aspecto que a mí me pareció central es que este enfoque pone al corazón de la discusión sobre qué es la identidad, es que pone a esta identidad no aislada en sí misma, sino además en relación con la historia, una historia a través de la cual los seres humanos somos producto de esta historia, una historia que no es solamente una historia individual, una historia que también es familiar, pero una historia que también es social.

También tienen que ver en nuestra identidad nuestros orígenes, nuestra clase, dónde ha pasado nuestra familia, los lugares por donde las personas han tenido que pasar para llegar finalmente donde uno es. Uno es producto de una historia.

Pero en segundo lugar, uno también es productor de estas historias. Nos contamos todos los días historias. Cada vez que alguien a uno le pregunta quién eres tú, uno lo que hace es una historia de uno, uno cuenta sobre sí, uno habla y construye por lo tanto su identidad, producimos historia.

Pero lo último, y principalmente, a lo que estamos llamados –y yo creo que la discusión que vamos a tener estos dos días debería llevarnos hacia allá–, es a intentar que seamos actores, los sujetos de nuestra historia. Que podamos situarnos ante nuestra historia es poder situarnos frente a nuestra identidad, definir también cómo esta historia ha hecho con nosotros, pero qué vamos a hacer nosotros con lo que han hecho con nosotros. En este sentido, este concepto de la historicidad es un individuo que es producto de una historia, pero que busca convertirse en sujeto de ella. Como dijo Sartre, “hacer algo con lo que han hecho con uno”, y en esto, lo que tiene que ver principalmente es lo que vamos configurando. Y en eso me inspiré en lo que habla un filósofo francés recientemente fallecido, Paul Ricœur, es que esta identidad es una identidad por lo tanto, narrativa. Nosotros no somos en la pregunta de quién eres tú, lo que contestamos a través de una historia, a través de un relato, y en esto mismo de contar quién es uno, la identidad se va reconstruyendo y vamos haciendo versiones de esta identidad, vamos siendo productores de esta historia, llamados a ser los actores.

Puse aquí “para no concluir” justamente porque la idea era traer estas pistas para que sigamos reflexionando y para que puedan en algo aportar a la reflexión que tenemos que hacer, pero sobre todo pensando desde lo que Uds., convocados a pensar hoy en día lo que tiene que ver con la identidad, con las comunidades y con el desarrollo, podemos plantear por un lado esta paradoja, esta controversia, pero esta riqueza también del concepto de identidad, de lo diverso, de lo mismo, de lo otro, y de lo permanente.

Y lo que intenté traer yo aquí era justamente intentar comprender lo que es la identidad y lo que son las identidades y lo que tiene que ver con lo cultural y con lo histórico; tenemos una tradición de la cual nos tenemos que hacer cargo y también nuestra responsabilidad social. Sólo a través de nuestra historia, conociéndola, contándola, haciendo memoria de ella, podremos seguir avanzando y también sólo incorporando nuestra diversidad y multiplicidad cultural interna y también externa. Y en este sentido estos polos, estas estrategias y esta narración que son los modelos en los cuales yo me he basado, me hablan a mí, y espero que a Uds. les ayuden a comprender, de identidad y memoria, de identidad e historia, identidad y sentido, sentido que debemos intentar construir y elaborar en las comunidades para un cierto desarrollo que queramos. Muchas gracias.

Bibliografía

Camilleri, C. & Vinsonneau, G. (1996). *Psychologie et culture: concepts et méthodes*. París: Armand Colin.

Camilleri, C. (1989a). La culture et l'identité culturelle: champ notionnel et devenir. En C. Camilleri & M. Cohen-Emerique (Eds.), *Chocs de culture: concepts et enjeux pratiques de l'interculturel* (pp. 21-73). París: L'Harmattan.

Camilleri, C. (1989b). La notion de crise en situation d'acculturation. Point de vue psychosociologique. En A. Yahyaoui (sous la direction de), *Identité, culture et situation de crise* (pp. 17-23). París: Editions La Pensée Sauvage.

Camilleri, C. (1990). Identité et gestion de la disparité culturelle: essai d'une typologie. En Camilleri, C. et al. (1990). *Stratégies identitaires* (pp. 85-110). París: Presses Universitaires de France.

Camilleri, C., Kasterszein, J., Lipiansky, E., Malewska-Peyre, H., Taboada-Leonetti, I., y Vásquez, A. (1990). *Stratégies identitaires*. París: Presses Universitaires de France.

Camilleri, C. (1991). La construction identitaire: essai d'une vision d'ensemble. *Les Cahiers Internationaux de Psychologie Sociale*, 9-10, 77, 90.

Dubar, C. (1991). La socialisation: construction des identités sociales et professionnelles. París: Armand Colin Editeur. [3^o édition revue de 2000].

Dubar, C. (1992). Formes identitaires et socialisation professionnelle. *Revue française de sociologie*, 33, 505-529.

Kaufmann, J.-C. (2004). *L'invention de soi. Une théorie de l'identité*. París: Armand Colin.

Ricœur, P. (1983-1985). *Temps et récit*, 3 tomos. París: Editions du Seuil.

Ricœur, P. (1988). L'identité narrative. *Esprit*, 140-141, 295-304.

Ricœur, P. (1990). Mimèsis, référence et refiguration dans *Temps et Récit*. *Etudes phénoménologiques* 11, 29-40.

SEGUNDO CAPÍTULO

**EXPERIENCIAS METODOLÓGICAS EN
IDENTIDAD Y COMUNIDAD**

Cambios Identitarios: La Solidaridad en una Sociedad Crecientemente Individualista

Marcelo Arnold-Cathalifaud*

Introducción

Esta presentación contiene una versión de resultados de estudios patrocinados por la Dirección de Investigación de la Universidad de Chile, y que son ejecutados por el Observatorio de la Colaboración Social del Magíster en Antropología y Desarrollo (MAD) en alianza con la organización de la sociedad civil Fundación Soles. Sus contenidos han sido elegidos para ser presentados en este Seminario sobre “Identidad, Comunidad y Desarrollo”, organizado por el Departamento de Identidad y Cultura de Mideplan y el Programa de Magíster en Psicología Comunitaria, atendiendo dos motivos: por un lado presentar un ejercicio metodológico para entender los cambios en la identidad nacional y, por el otro, para impulsar miradas renovadas sobre los procesos que se están produciendo por efecto de su modernización e integración global.

El estudio que desarrollaremos está enfocado para entender y explicar la vigencia, extensión y proyecciones de las prácticas colaborativas en Chile. Sus propósitos iniciales consistieron en someter a escrutinio opiniones generalizadas que plantean que las vinculaciones sociales asociativas, siendo fundamentales para una modernización sustentable, estarían en franca declinación y que, por lo tanto, la identificación de sus manifestaciones, y el contexto de su presencia, serían vitales para intervenir en su revitalización. La idea es que una ciudadanía atomizada y ensimismada atenta contra la sociedad y su desarrollo.

Así, el fundamento de nuestro problema de investigación surge a la luz de descripciones realizadas por especialistas e intelectuales de renombre, que aseguran que las actuales actitudes y vinculaciones comunitarias sólo podrían definirse como residuales, altamente improbables o sencillamente contestatarias a las actuales tendencias modernizadoras. Al someter a prueba tales declaraciones, y a luz de nuestras evidencias, pensamos que tales conclusiones son

* Director Magíster en Antropología y Desarrollo. Universidad de Chile.

excesivamente parciales, pues se basan en visiones extemporáneas y muy estrechas de las formas solidarias y colaborativas.

En términos específicos, el problema que asumimos consistió en explicar las dificultades para identificar la presencia de las relaciones sociales de colaboración en la literatura especializada, advirtiendo además que tal desatención contribuiría, a nuestro juicio, a invisibilizar estas iniciativas y quizá con ello a transformarse en el medio más efectivo para su declinación. En síntesis, hemos abandonado la idea de explicar la imposibilidad de la colaboración y la hemos reemplazado por entender los obstáculos que limitan su observación.

¿Improbabilidad de la Colaboración o de su Observación?

La mayor parte de las miradas intelectualizadas que tratan la condición social contemporánea no abordan satisfactoriamente su actual conformación. A nuestro juicio, ello se debería a que carecen de basamentos epistemológicos que les permitan abordar su complejidad. No obstante, sus relatos, mayormente pesimistas y desencantados, tienen profundos impactos mediáticos y se proyectan amplificadamente en intelectuales y cientistas sociales que, asumiendo roles de militantes de causas, confunden sus opiniones y adhesiones ideológicas con rendimientos científicos.

El efecto de estas versiones simplificadas sobre la sociedad contemporánea es inundar su comunicación con declaraciones que sólo predicán sobre lo mal que le está yendo a la humanidad por su propia condición y que finalmente terminan diluyéndose en dudosas propuestas morales o políticas. Así, sus reclamos esterilizan la búsqueda de explicaciones y sólo tienen por efecto perpetuar los motivos de sus denuncias.

Específicamente, explicaciones que no permiten una integración comprensiva de los fenómenos sociales que enjuician impiden apreciar, a quienes se inspiran en ellas, cómo la conformación actual de la sociedad se acompaña con el incremento de operaciones aparentemente paradójicas y contradictorias que, aunque parecen cognitivamente inescrutables o irracionales, son ampliamente admisibles en su reproducción. En este sentido, coincidimos con quienes dudan acerca de las capacidades teóricas disponibles para interpretar el carácter paradójico de las manifestaciones sociales contemporáneas y que, por ello, demandan de nuevos paradigmas para abordarla.

Específicamente, si aceptásemos las descripciones más generalizadas sobre la sociedad actual sólo quedaría por afirmar que la presencia de relaciones sociales colaborativas no solamente es escasa, sino que, además, incentivarlas supondría colocar la modernización en reversa. Nuestras observaciones, por el contrario, advierten que estas vinculaciones sociales se han diversificado y ampliado con la modernización, acompañando las tendencias que aparentemente contradicen. De acuerdo a nuestra comprensión ello no podría ser de otra forma pues, justamente por su estado de diferenciación, en la sociedad mundial es imprescindible la colaboración entre sus componentes.

Por cierto, nuestras afirmaciones se distancian de concepciones que consideran que las acciones que caracterizan a las orientaciones colaborativas son ajenas a la búsqueda de recompensas y beneficios. En este sentido, concordamos con observaciones que afirman, para el caso de la solidaridad, que se trataría de relaciones orientadas por sus resultados, o quienes señalan que la expansión del voluntariado no se basa en la noción clásica del deber o de la renuncia total a favor del prójimo, sino en una solidaridad recíproca, pragmática y efectiva. Todo apunta a diferenciar las manifestaciones solidarias de las relaciones de colaboración que se han extendido en la sociedad contemporánea.

En nuestras investigaciones aplicamos los recursos epistemológicos, teóricos y metodológicos del programa sociopoiético de observación, que se inspira en la teoría de los sistemas sociales y en los aportes del constructivismo. Desde esta perspectiva derivamos procedimientos para registrar descripciones y reflexiones que se refieren a las vinculaciones sociales colaborativas, con el propósito de producir hipótesis descriptivas que contribuyan a entenderlas.

En términos metodológicos nuestros focos de atención fueron formas y distinciones empleadas para caracterizar las vinculaciones sociales, capturadas a través de una aproximación cualitativa de segundo orden. Para ello, realizamos un estudio de documentos y literatura especializada, a partir del cual identificamos el dominio comunicativo de la colaboración; luego aplicamos entrevistas y grupos de discusión a una muestra seleccionada compuesta por expertos y miembros de organizaciones de voluntariado. Para guiar nuestras indagaciones, circunscribimos nuestro objeto a todas las referencias a vinculaciones sociales que favorecen la equidad social, que conllevan para sus participantes satisfacciones y que son probabilizadas a través de la confianza mutua. Entre sus expresiones, después del análisis documental, destacamos las rela-

ciones de reciprocidad, las redes sociales, el capital social y múltiples formas solidarias, tales como el voluntariado, la caridad, la filantropía y la responsabilidad social. En consecuencia, las ganancias informativas de nuestros estudios se extraen del análisis de contenidos comunicativos y su integración en una unidad explicativa, cuyo valor lo juzgarán ustedes.

A continuación expondremos los argumentos que sustentan nuestras tesis en tres sintéticas secciones. Primeramente evaluaremos el rol de las vinculaciones colaborativas en las descripciones de la sociedad contemporánea a nivel global, regional y local. En la parte central de esta presentación, desarrollaremos algunos resultados relevantes de un sondeo empírico que tuvo por objetivo observar los medios temáticos y las distintas aportaciones con las cuales se distinguen, diferencian y valoran las diversas vinculaciones colaborativas y, finalmente, expondremos nuestras conclusiones e hipótesis finales.

Autodescripción de la Sociedad: la Colaboración en Crisis

Nuestra actividad inicial consistió en analizar comunicaciones de intelectuales contemporáneos de renombre que exponen sus visiones acerca de la condición contemporánea y que cuentan con una amplia resonancia en el ámbito de las ciencias sociales. Valoramos sus discursos, por sobre otros equivalentes, por su estrecha relación con el típico repertorio semántico aplicable a la modernidad y por sus ofertas explicativas acerca de las condiciones estructurales de la misma. Su revisión permitió, por un lado, desplegar las imágenes más recurrentes sobre la sociedad contemporánea y, en segundo lugar, identificar sus déficits explicativos. Importa destacar que, congruentemente con la aproximación sociopoiética, nuestras indagaciones no colocaron en discusión la veracidad de las descripciones analizadas, pues asumen su realidad comunicativa.

En términos generales, las “teorías” que tratan sobre las condiciones de las sociedades occidentales contemporáneas, coinciden en evaluar negativamente su actual estado y destino. Visualizan que mientras más avanza la modernización, más se cuestionan sus fundamentos. Por ejemplo, observan a la sociedad global sometida a constantes crisis y las explican como parte del modelo de crecimiento capitalista; destacan la falta de confianza en el progreso, en tanto ya no se cree que conduzca a la democratización y la felicidad, sino que a una desinstitucionalización y se afirma que ante este desmembramiento, el

mundo se percibe como espantoso y peligroso. Hay coincidencia en que las tecnologías comunicativas estarían conformando un nuevo tipo de sociedad, cuya cultura de la virtualidad genera una hiperrealidad, donde las apariencias se convierten en experiencias. Se aprecia cómo, a nivel planetario, las consecuencias no esperadas del desarrollo científico, tecnológico y económico abren camino a sociedades que no solamente tienen por núcleo el riesgo sino que además lo autoconfrontan reflexivamente.

En lo que respecta al tema que nos interesa, entre los impactos negativos que se asocian con la modernidad se encuentra el apagamiento de los lazos asociativos. Esto se explica como resultado de la debilidad que han ido adquiriendo las instituciones tradicionales como consecuencia de la generalización del programa económico neoliberal, desde cuyas condiciones se desprenderían valores desencadenantes de una aguda indiferencia social que fomenta el desinterés por las responsabilidades colectivas dejando sin sustento los recursos morales que las apoyan. Por ejemplo, los procesos de modernización impulsarían y radicalizarían la individualización, donde las personas, desprendidas de sus familias y grupos de clase, se forjan sus destinos por acciones cuyos resultados remiten a sí mismos, al punto que las crisis sociales son vivenciadas como individuales. Los escenarios laborales, cada vez más insegurizados, estarían erosionando la identidad social y el colectivo deja de ser un refugio. Desde estas condiciones se produce la desintegración de las certezas y se gatilla la compulsión a buscarlas ensimismadamente, ante cuyo desencuentro se producen las ya normalizadas patologías contemporáneas. Estas tendencias originarían impactos negativos de todo orden, incluso la anhelada autorrealización sería experimentada problemáticamente, en tanto obedecería a una racionalidad utilitarista estrictamente personal que daña a los otros para su culminación o, siendo inalcanzable, termina en frustración. No llama la atención, en consecuencia, que la noción de individualidad sea desplazada en el discurso por la de individualismo que, como se destaca, refleja un sentimiento de descontento ante el colapso de los sentidos de pertenencia que deja a los individuos atrapados en la fugacidad de sus contextos.

Los autores revisados destacan las crisis que emergen cuando las seguridades acostumbradas, o esperadas, pierden fuerza sin que otras logren reemplazarlas, en donde el futuro es anticipado como catástrofes por venir. Como se indica, los discursos de esta modernidad tardía, o posmodernidad, son discursos sin futuro. En este contexto, el desarrollo tecnológico y el crecimiento eco-

nómico se reflejaría en aumentos considerables de los malestares culturales, psíquicos y sociales que aquejan a los miembros de las sociedades postindustriales. Podría pensarse que Latinoamérica no estaría cubierta por estas caracterizaciones, sin embargo los descriptores locales, haciendo coro a las descripciones globales, tanto para denunciar las consecuencias de la modernización como para acentuar la inexplicabilidad de la persistencia de relaciones sociales colaborativas, anticipan problemas más agudos.

La idea generalizada es que los problemas de la globalización afectan más duramente a los países en proceso de modernización. Se presume que las debilidades locales hacen que nuestra Región se incorpore a una globalizada modernización con visibles desventajas, pues sus deficiencias institucionales agudizarían la magnitud de sus exclusiones sociales. Así, estaríamos viviendo una individuación desregulada cuya consecuencia es un estado de ánimo basado en el miedo, la ansiedad y la incertidumbre. Se añade que a consecuencia de los cambios acaecidos en las últimas décadas, las confianzas puestas en entredicho cuestionarían los idearios colectivos, conformándose un escenario para una sociedad donde sus miembros experimentan su existencia en forma aislada. Ante la erosión del sentido social de pertenencia la gente confiaría sólo en círculos muy reducidos de parientes y conocidos, evidenciando el deterioro y precariedad de las confianzas sociales. Ni la “hibridación cultural”, ni el “ethos latinoamericano”, que pregonan antropólogos y sociólogos de renombre, nos protegerían ante la avasalladora racionalidad instrumental moderna; más aun, estos cambios agudizarían los vacíos morales que tienen, entre otras expresiones, las reiteradas violaciones de los derechos de sus ciudadanos y un excesivo nivel de desconfianza entre las personas.

Desde nuestra observación constatamos cómo estas descripciones, tanto a nivel global como regional y local, coinciden en evaluar negativamente sus formas dominantes, denunciando cómo el individualismo y la indiferencia debilitan los intereses colectivos. Estas tendencias se explican aludiendo a las actitudes pragmáticas que refuerza el modelo de modernización vigente, el cual minimiza las construcciones colectivas y prefigura una sociedad que pierde referentes que apuntalen las actitudes comunitarias. Por ello, sus miembros terminan coordinándose por indiferencia.

En términos más específicos, para los observadores de la realidad chilena, mientras el país empieza a identificarse con una modernidad avanzada del tipo

liberal estadounidense, su convivencia se caracteriza por ser cada vez más egoísta, individualista, agresiva y moralmente menos sana. El repliegue del Estado y una debilitada sociedad civil dejarían a los individuos anclados, en el mejor de los casos, en sus familias nucleares. Los ciudadanos percibirían la construcción de un nuevo orden alejado de sus posibilidades de participación, donde la economía y la política se perciben como realidades ajenas e impenetrables.

Los chilenos habrían internalizado que su éxito o fracaso depende de lo que cada uno haga sin ayuda de agentes externos y, frente a sus inseguridades, se instituiría un imaginario de mercado ajeno a las motivaciones colectivas, debilitado de vínculos como la afectividad y la amistad y pleno de asalariados disciplinados y consumistas. Completando el cuadro, las personas no podrían incidir sobre sus contextos, pues desvinculados y volcados hacia el par “éxito-igual-dinero” buscarían su seguridad desconectándose de los demás. Como el consumismo pasaría a colocarse en el centro de la cotidianidad, sería un factor decisivo en la construcción de la subjetividad comunitaria, por eso los concurridos centros comerciales serían los anónimos espacios para el encuentro social. Paralelamente, la inseguridad pasa a ser el tema central de la agenda pública, simbolizándose en la delincuencia la ausencia de lazos y normas morales y cuya exposición mediática potenciaría la imagen de los otros como probables agresores, reforzando la retracción de la sociabilidad al espacio privado. Este retraimiento se compensaría, en parte, con el consumo televisivo, configurando un tipo de conectividad social basado en espectadores pasivos y aislados.

Las condiciones descritas no parecen ser escenarios propicios para vinculaciones sociales que presuponen formas de reciprocidad basadas en la confianza y la cooperación. En consecuencia, la asociatividad no podría sino que estar en un franco declive.

Desde nuestra perspectiva, estas populares explicaciones de la contemporaneidad están mediadas por racionalidades muy estrechas y una visión muy colectivista de las vinculaciones sociales colaborativas. Así, sus comunicaciones pesimistas parecen estar hechas para facilitar las síntesis ideológicamente previstas y, en esta dimensión, se autoafirman en su propagación. Sin embargo, lo anterior no es obstáculo para que desde ellas emerjan las demandas para fortalecer los vínculos colaborativos.

Obviamente, lo anterior pasa por dismantelar la antinomia entre el individualismo y la colaboración, dado que se identifican el surgimiento de señales

que revelan la necesidad de una sociedad más humana y acogedora, que invite al éxito, pero que proteja ante el fracaso y el aislamiento. Estas indicaciones tratan, desde nuestras interpretaciones, de aspiraciones que tienen por trasfondo la unidad, aparentemente escindida, entre la instrumentalidad y la solidaridad comunitaria.

De partida, aunque no se destaque en las descripciones de la contemporaneidad, pueden identificarse numerosas comunicaciones que se refieren al incremento de las expresiones de vinculaciones sociales colaborativas en sociedades definidas como el punto de llegada del individualismo y el aislamiento social. Parte importante de ellas se centra en el voluntariado, actividad que alcanza un porcentaje significativo de la fuerza de trabajo de muchos países. Incluso, informes confiables al respecto, como la Encuesta Mundial de Valores, destacan una importante densidad asociativa instalada en Chile. A lo anterior se agregan investigaciones más recientes, que indican que de cada 100 personas 28 desarrollan algún tipo de actividad voluntaria.

Desde una perspectiva evolutiva, la sociedad encuentra su origen en las relaciones filiales, por lo tanto tiene por principio dominante la cooperación entre sus componentes. Estas ideas reforzarían las lúcidas observaciones de los padres de la antropología, quienes identificaron la reciprocidad y el intercambio como los pilares de las sociedades humanas y cuyos supuestos se proyectan actualmente en la noción de redes sociales, cuyo campo de aplicación es la identificación de los recursos disponibles para el bienestar y fortalecimiento de los capitales sociales que facilitan la obtención de ventajas mutuas sobre la base de la cooperación y la reciprocidad. Desde estas miradas se infiere que las vinculaciones colaborativas no solamente serían necesarias, sino además estarían presentes en tanto exista sociedad. Entonces, el problema radica en identificar sus expresiones en un contexto pleno de individualismo y competencia. Pero, ¿cómo se producen lazos colaborativos en sociedades como la nuestra, caracterizadas por una creciente apatía social?

Desde una mirada más reflexiva y teórica, lo que aparentemente es contradictorio y excluyente resulta ser parte de una misma forma. No extraña, en consecuencia, que la modernización con todos sus efectos no elimina las vinculaciones sociales colaborativas y casi, a la luz de su diversificación, se podría suponer lo contrario. Cómo se tratan estos temas en la comunicación cotidiana nos concentrará en lo que sigue.

El Discurso de los Observadores Participantes

El análisis de los registros de las comunicaciones de quienes observan sus propias experiencias colaborativas nos conduce a precisar cómo y desde dónde éstas se construyen. Siendo nuestro objetivo explicar por qué una sociedad se describe como individualista y, a la vez, demanda lazos comunitarios. Para ello es necesario dar cuenta con mayor precisión del campo de lo que se entiende por colaboración en la sociedad contemporánea.

Para llevar a cabo esta indagación, se diferenció el concepto de colaboración de otras nociones que generalmente se le asocian o entrelazan, y que son destacadas en la literatura de instituciones académicas, estatales y organizaciones de la sociedad civil, como vinculaciones sociales contestatarias a las tendencias individualistas contemporáneas.

Los resultados preliminares de esta fase del estudio indican la heterogeneidad de las expresiones colaborativas, pero también dan lugar al reconocimiento de sus tendencias y rasgos comunes. Por ejemplo las acciones colectivas se asocian a iniciativas que se expresan en acciones grupales que vinculan por intereses comunes donde, no obstante el contacto entre los participantes, estos no necesariamente se involucran mutuamente. En cuanto a su valoración, estas relaciones se describen como un factor importante para la democracia, pero su connotación puede ser negativa como positiva, dependiendo del tipo de acción que se emprenda colectivamente. La caridad, por el contrario, no presenta este carácter ambivalente, su descripción gatilla descripciones valóricamente orientadas en torno a las nociones de desigualdad y asistencialismo. Atributos que la diferencian de la solidaridad, ya que no suponen la búsqueda de justicia ni de igualdad, así como tampoco del empoderamiento de quien se beneficia de esta acción. Así, se asocia como un beneficio para el que la ejerce en tanto aplaca su conciencia y más bien se la concibe como aquello que perfeccionaría a la justicia, asignándole un carácter religioso y valórico.

La donación se vincula a una entrega fundamentalmente económica para un propósito de bien común. Respecto de su valoración, se la considera necesaria pero insuficiente, pues no implica un compromiso más allá de lo material, separándola así del voluntariado donde la entrega personal de tiempo y trabajo es decisiva. Por lo demás, implicaría una vinculación con un carácter jerárquico, lo cual la acerca a la caridad en tanto comparten un denominador común: la desigualdad. La filantropía es vista como un concepto laico que

significaría amor al género humano y, por ello, su práctica nos haría más humanos, pero aparece como algo lejano, ajeno, necesario pero no suficiente ya que no implicaría mayor compromiso del que la ejerce. Mientras que la responsabilidad social es vista como un concepto moderno y que “la lleva”, pero que no implica solidaridad en el sentido más puro de la palabra.

Sin duda, la idea que rápidamente aparece para caracterizar las vinculaciones colaborativas se engloba en la solidaridad, la cual implica asumir las necesidades del otro. Sus expresiones se vincularían con la conducta de ayudar y compartir en un marco de igualdad vinculado a la búsqueda de las mismas oportunidades para todos. De este modo, se la asocia a la búsqueda de justicia y cambio social. Tan relevantes aparecen estas ideas que sus acciones son valoradas negativamente cuando se tornan paternalistas y no generadoras de equidad. Por último, si bien la solidaridad históricamente se ha asociado al ámbito religioso, hoy se sitúa más bien en un sentimiento de comunidad, como algo propio de lo humano, en su versión moderna. El voluntariado sería una clara representación de una persona solidaria que se involucra con el dolor y las necesidades de otros. Implicaría un importante sentido de compromiso y de amor, sin lo cual no sería realmente un voluntariado. El trabajo voluntario sería un modo de hacer un cambio social, de protestar y de demostrar que se puede hacer algo diferente: “un espacio revolucionario en el mercado”.

La colaboración abarca a los demás conceptos pues representa los distintos tipos de vinculaciones: “...la colaboración, yo creo que todo esto es colaboración, yo lo habría puesto con mayúsculas acá arriba, la responsabilidad social es colaboración, la donación, el voluntariado, la solidaridad, la filantropía, la caridad, la cooperación, la reciprocidad, la acción colectiva, la acción social, ya, en todo eso hay colaboración”; “...yo creo que las invitaciones más importantes que hacemos nosotros siempre son a colaborar, y se nos suma mucha gente, porque las personas están ávidas de compartir con las demás, uno tiene que saber cómo llegar, pero están ávidas todas las personas, los estudiantes están ávidos, los adultos están ávidos...”. Estas valoraciones son concordantes respecto a que no produce un impacto motivacional, dada su falta de sentido trascendente y utópico pero, no obstante, la colaboración afirma su carácter explicativo de los vínculos sociales en el contexto de modernidad, pues da más claramente cuenta de los beneficios que se obtienen al vincularse socialmente. En este sentido reviste de mayor capacidad explicativa de las vinculaciones sociales en el marco de la sociedad contemporánea.

Se desprende de nuestros análisis que la noción de colaboración, pasa a ser la forma de observación de las vinculaciones sociales que cumple en mayor medida con los parámetros que se imponen en la modernización. A diferencia de la solidaridad, que aparece relacionada a ideologías colectivistas que contradicen el proceso de individualización, la colaboración facilita las actitudes comunitarias, en tanto se asuman como relaciones de beneficio mutuo, transitorias y circunstanciales y para lograr objetivos no definidos desde los presupuestos del consenso o de las síntesis de los conflictos, sino pragmáticamente desde los propios agentes asumiendo su diversidad, individualidad y contingencia. En este sentido, tampoco está ajena a los procesos de fragmentación individualista de la sociedad, en tanto sus adherentes tienen objetivos circunscritos y los guía una ética secular de responsabilidad.

De la Solidaridad a la Colaboración

A partir de lo anterior podemos volver nuestra mirada a las descripciones con que iniciamos nuestra exposición e intentar explicar sus “puntos ciegos”. Efectivamente, podría experimentarse una radical declinación de las vinculaciones sociales en la sociedad contemporánea si nos concentramos en las descritas como solidarias.

La forma solidaria predomina en las sociedades diferenciadas en base a principios segmentarios, es decir por unidades de parentesco o domésticas, también lo es en las sociedades estratificadas, donde se promueven las solidaridades corporativas o de clase, pero ha cedido ante el creciente predominio de los tipos funcionales de diferenciación, cuyos presupuestos meritocráticos son altamente exigentes y no son del todo compatibles con la solidaridad. Así, el tan mentado enfriamiento e impersonalidad de las relaciones humanas contemporáneas no contradeciría la alta tasa de asociatividad voluntaria que acontece tanto en las sociedades post-industriales como en las en desarrollo, sino que refiere a un nuevo estadio de la evolución societal.

La sociedad, tal como la entendemos, no puede excluir las vinculaciones sociales que son su fundamento y medio de reproducción, pero mientras se va transformando modifica sus estructuras. En este punto nuestra hipótesis declara que las vinculaciones colaborativas, tomando como prueba su extensión, resultan ser las formas más acoplables a la complejidad de la modernidad, pero al debilitarse del sentido de la solidaridad quedan “ciegas” para las observaciones de la sociedad contemporánea que no se han acompasado a estos cambios.

Finalmente, si acaso la modalidad colaborativa de vinculaciones sociales que se empieza a imponer cumple con los requisitos que se definen desde las ideologías críticas o integristas es objeto de otra indagación, no menos interesante, pero escapa a nuestros propósitos. Es interesante, sin embargo, encontrar razones, más allá de la nostalgia o de sus dificultades paradigmáticas, para entender por qué la intelectualidad invisibiliza las nuevas formas de vinculación social en las descripciones que hace sobre la sociedad contemporánea.

Por último, ahora es atendible indagar qué se ha perdido o ganado con las nuevas formas de vinculación social, cuáles serán sus proyecciones hacia la sociedad y los individuos y qué tanto podremos intervenir en mitigar sus efectos no deseados en un país como el nuestro, que difícilmente podrá seleccionar los contenidos que se imponen en su modernización e integración global. El distanciamiento irónico y la negación de estos procesos no constituyen un buen principio para lo que se requiere de nuestros intelectuales y científicos sociales.

Muchas gracias por su atención.

Bibliografía

Arnold, Marcelo

2003. "Fundamentos del Constructivismo Sociopoiético." Cinta de Moebio N° 18. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Chile.
<http://www.moebio.uchile.cl/18/index.htm>

Ministerio Secretaría General de Gobierno

2001. "Confianza Social en Chile. Desafíos y Proyecciones." Unidad de Investigación y Desarrollo. División de Organizaciones Sociales. Ministerio Secretaría General de Gobierno.

2002a. "Voluntariados en Chile: lo Plural y lo Diverso". Programa de Fomento al Voluntariado, División de Organizaciones Sociales. LOM Ediciones, Santiago de Chile.

2002b. "Generación de Conocimientos sobre la situación del Voluntariado en Chile y en el exterior". Realizado por Alcalá consultores asociados Ltda. Propiedad intelectual N° 143492.

2002c. "Gobernar los cambios. Chile, más allá de la crisis". Lom Ediciones.

2004. "Investigación sobre la conversación social y opinión pública acerca del voluntariado en Chile", realizado por FLACSO, MORI y CERC. Propiedad intelectual N° 143492.

PNUD

1995. "Gobernabilidad y Desarrollo Democrático en América Latina y el Caribe". Disponible en <http://desarrollohumano.cl/informes>

1998. "Las Paradojas de la Modernización". Disponible en <http://desarrollohumano.cl/informes>

2000. "Más Sociedad para Gobernar el Futuro". Disponible en <http://desarrollohumano.cl/informes>

2002. Nosotros los Chilenos: Un Desafío Cultural. Disponible en <http://desarrollohumano.cl/informes>

Torrejón, M. Meersohn, C y Urquiza, A.

2005. "Imaginario Social de la Colaboración: voluntariado y solidaridad". En Revista MAD número 13, septiembre 2005. Disponible en <http://www.revistamad.uchile.cl/13/index.html>

Worldwatch Institute

2000. "Encuesta Mundial de Valores". Disponible en <http://www.worldwatch.org/>

Identidades, Comunidad y Desarrollo como Posibilidad Interpretativa: El Patrimonio de Valparaíso

Gabriel Guajardo*

Introducción

En esta ponencia presentaré parte de los resultados de un estudio solicitado a FLACSO-Chile por CORFO de la V Región el año 2004. Me pareció interesante poder discutir una experiencia de investigación cualitativa aplicada, orientada a proporcionar información para tomar decisiones de políticas públicas en esta relación entre identidad, comunidad y desarrollo.

La proposición identidad-comunidad, y podríamos sumar desarrollo, hay una manera de resolverla y de alguna manera es pensar las identidades homogéneas y unitarias que permiten relacionar a agentes públicos y privados. Y en esa medida la conversación sobre la identidad nos permite fluir en las decisiones y en las acciones sin asumir un contexto crecientemente complejo, heterogéneo y desigual, que un conjunto de investigaciones indica que hoy día en nuestro país ese es el escenario que estamos enfrentando.

Si ese es el escenario, planteamos que las comunidades –como categoría interpretativa de lo social– se configuran a partir de una reflexividad de la experiencia y en donde las identidades colectivas corresponden a posiciones de identidad.

Crecientemente, en términos de opinión pública y ciudadanía es difícil representar identidades colectivas unitarias y homogéneas, esas identidades estables, por los procesos y contextos en que nos encontramos, como también, las formas en que se despliegan las subjetividades hoy en día. En ese sentido, concebimos los procesos de opinión pública como procesos de conversación,

* Investigador Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO-Chile

conversación pública en los cuales los sujetos intervienen a partir de sus discursos. Son esos discursos públicos los que van posibilitando esta forma de representación de la identidad.

¿Cómo poder investigar estas construcciones? Y en ese sentido el objetivo de la mesa es abordar las experiencias metodológicas cualitativas.

Hay una forma de entender los diseños cualitativos en términos de diseños abiertos o emergentes (Egon e Yvonna, 2000). En ese contexto, nos abrimos a procesos reflexivos que construyen las comunidades y los colectivos, donde la conversación es una relación social, que en el fondo nos interpela a escuchar al otro y no solamente tener de alguna manera prefigurada su respuesta.

Pensar que en Valparaíso –y es el estudio que les voy a mostrar brevemente– hay un ser porteño, un nosotros porteño en donde, de alguna manera, voy a fundar una política pública, nos vamos a encontrar con esa identidad colectiva nítida y clara, estable en el tiempo y que se ha hecho cargo del desarrollo de la ciudad.

Objetivos y metodología

Los objetivos de la investigación del año 2004 eran, por un lado la reconstrucción del sentido del tema del uso del patrimonio cultural en la conversación pública con los residentes de la ciudad de Valparaíso y como segundo objetivo conocer las interpretaciones de posibles medidas futuras de instituciones públicas respecto del patrimonio cultural de Valparaíso con fines productivos.

Ver cómo la población y la ciudadanía definía el uso productivo del patrimonio en el cual ellos habitaban, sus casas, sus calles, sus plazas. Mirarlas en tanto territorio susceptible de un uso productivo y una valoración en términos de patrimonio.

Se realizaron cuatro grupos de discusión (Canales y Peinado, 1999; Ibáñez, 1985) de residentes, hombres y mujeres, de diversos años de residencias, propietarios y arrendatarios, sectores medios y bajos. Hubo diez entrevistas individuales a líderes de opinión y directivos en el área del patrimonio, Presidente de la Bolsa de Comercio de Valparaíso, a directivos de las universidades, como también a encargados del turismo y específicamente del patrimonio.

El estímulo inicial de la conversación fue “hablemos de Valparaíso en la actualidad”.

Resultados

Frente al tema “Valparaíso en la actualidad”¹² el consenso fue que Valparaíso era definida por la ciudadanía como una “ciudad única”, distinta a otras, tanto en el país como en el extranjero. Dos nociones acompañaban esta proposición de Valparaíso ciudad única: una era su recuperación; otra, la ruina del patrimonio.

Era posible la recuperación en tanto existía una caída, una ruina que requería ser recuperada. Ciudad única que está en proceso de recuperación posible o en curso, pero es posible porque hay un deterioro. Este fue el consenso entre los cuatro grupos de discusión.

Hay un ser porteño y otros ajenos a la ciudad. Hay una apropiación de la experiencia, por una parte, y un proyecto desde afuera.

Los residentes antiguos hacen de la ciudad una geografía habitable y espacios comunitarios de intereses. Así se entendía en una primera versión lo que era recuperación, pero esta misma noción también estaba acompañada con un proyecto diseñado e implementado desde afuera de Valparaíso y en particular, una idea proveniente desde el Estado central y desde Santiago.

El tópico Valparaíso tenía una tensión, la recuperación de Valparaíso convoca a una apropiación de una experiencia urbana de un territorio habitable o una idea que está pensada por otros afuera.

Una cita de las verbalizaciones de los grupos: “se está planificando mal a veces las cosas y tal vez vaya por ahí el sentido de las partes que logran tener un porqué. A esto está abocado el turismo, uno hermosea la ciudad para uno mismo, porque es bonito, porque también está abocada al turismo toda esta cuestión”. “Tú lo ves en Santiago, se están haciendo proyectos grandes, todo esto se está planificando pero a largo plazo, manteniendo ciertas normas, acá como que son puros parches, eso es lo que uno percibe a veces”.

“Exactamente somos muy buenos para criticar, pero en el fondo siempre combinas lo bueno, pero siempre que preguntas por Valparaíso: que es sucio, que roban, pero son muy pocas las personas que se encargan de difundir lo

¹² Esta provocación del discurso buscaba reconstruir la contemporaneidad de la ciudad y no instalar directamente el significado que tendría el uso productivo del patrimonio de Valparaíso, objeto de investigación.

bueno, y cuando tú tratas de decir “mira, anda al ascensor Polanco, que está construido en la roca”, no, que la Av. Argentina, que es la feria, que está sucia; sólo es una mentalidad lamentable de nosotros, negativa”.

La segunda noción que convoca este consenso de Valparaíso-ciudad única es la noción de su caída histórica, que posibilita esa misma acción de recuperación; es decir, no es posible recuperar Valparaíso si es que no hay una caída, no hay una ruina, esta última emerge como algo de sentido común y sin mayores cuestionamientos; es una imagen latente. Elementos: basura en las calles, malos olores, la delincuencia, los perros vagabundos, maltrato al turista, carencias en capacitación y profesionalismo.

Hay una identidad individual y crítica, si Uds. se fijan en las citas, hay una invocación al tú y desde el yo miro esa realidad; esa invocación de identidad individual y crítica se relaciona con un ser porteño colectivo. El ser porteño colectivo también incluye este maltrato a su propia ciudad, a su propia identidad.

Y aparece la noción de la ciudad del otro. Una cita de los grupos de discusión: “sucio, sucio, es algo bueno en realidad, siempre ha sido así, como porteño viendo que sobre tanta arquitectura bonita, sobre todo en los cerros, en el plan, en los mismos edificios, las construcciones, qué sucio, esto está todo sucio”. Es interesante notar lo que nos presentaba la ponencia anterior, la noción de ciudad limpia, que estaría radicada en Santiago, y así tenemos una construcción de Valparaíso ciudad sucia y Santiago ciudad limpia.

“Hay otros lugares mucho más maravillosos que tienen para atraer al turista en Chile, sin embargo Valparaíso tiene una magia, así se hace un trabajo pero no para ahora, se hace un trabajo muy para largo plazo para esta gente, aparece la categoría gente como otra identidad colectiva”.

Entonces, nos encontramos que hay un sentido colectivo que se refiere a una deuda, se reconoce la detención del tiempo histórico, que hay imágenes de Valparaíso que no corresponden a su realidad; esas imágenes gubernamentales y mediáticas prescinden del sujeto porteño como realidad existente, y se ha generado una imagen fija de Valparaíso adecuada a otros, en que no se reconoce el aporte a la Nación, Chile.

En síntesis, el consenso y las variantes discursivas, plantean la noción de la identidad como posición y no como una identidad fija, esencial o estable. Encontramos que es en el consenso que se construye de Valparaíso como ciu-

dad única donde estarían las nociones de recuperación y su ruina, donde se despliegan tres grandes posiciones de identidad.

Por una parte, está un nosotros porteño que es distinto a un otro o a otros, y desde un yo que reflexiona, un yo que tiene la capacidad de narrar; entonces ese nosotros porteño es un conocedor de la ciudad y que cuida sin ensuciar, que observa a ese otro y que no ve las cualidades que se diferencian a Valparaíso, es decir, Chile, o el extranjero u otros, no reconocen esa diferencia, que es evidente para el porteño, ese otro aporta una mirada externa al nosotros, esos otros son el extranjero, los chilenos, la autoridad metropolitana de Santiago, que miran al nosotros porteño, la gente de Valparaíso que ensucia y no sabe del patrimonio como recurso turístico; la última categoría de la gente está incluida en el nosotros, entonces desde la propia identidad colectiva existe un componente que de alguna manera estaría atentando a esa posibilidad de futuro de Valparaíso.

La posición testigo en el discurso genera una tercera posición ante esa tensión; es desde un yo, y por lo tanto aparece la identidad individual en el discurso, y que critica a la gente porteña como colectivo.

Consideraciones finales

Finalmente, en esta presentación queremos invitar a considerar la posibilidad de construir política pública desde una posición de escucha de la opinión pública, en particular de las construcciones identitarias, más que pensar exclusivamente en el nosotros porteño con el cual se va a proyectar una imagen de la ciudad por algún proceso de participación; también se desarrollan tensiones internas en ese proceso de ser habitante de la ciudad.

Me parece relevante en el minuto que me queda, compartir con ustedes una pregunta de Marc Augé. En su texto “El viaje imposible” (1998) señala: ¿podemos imaginar la ciudad en la que vivimos y hacer de ella soporte de nuestros sueños y expectativas?

Plantea que hay tres grandes aproximaciones para la ciudad: la ciudad que entendemos como ciudad memoria, donde hay una narración histórica, colectiva e individual, que en Valparaíso de alguna manera podemos construir, con consenso y divergencia. También está la ciudad encuentro, que dice relación con la ciudad remitida a una experiencia intersubjetiva, es la ciudad que vivimos, que incluso no tenemos la facilidad de ponerla en discurso público. Y la

última, la ciudad ficción, tal vez la más contradictoria hoy día en términos de ciudadanía; es la ciudad que se instala en los medios de comunicación, la imagen mediática y la imagen institucional.

En definitiva, ¿que es Valparaíso hoy día?, ¿cuál es la posibilidad de recuperación?, y finalmente ¿cuál es esa diferencia que aporta a la nación? En el fondo hoy día ¿la ciudadanía puede construir la imágenes mediáticas?, ¿puede intervenir en ese espacio de las representaciones?

Bibliografía

Augé, M. (1998). El viaje imposible. El turismo y sus imágenes. Barcelona: Gedisa editorial.

Egon G. G. e Yvonna S. L. (2000). Paradigmas en competencia en la investigación cualitativa (pp. 113-145). En: C. A. Denman & J. Armando Haro (Eds). Por los rincones. Antología de métodos cualitativos en la investigación social. México: El Colegio de Sonora.

Canales, M. y Peinado, A. (1999) Grupo de discusión (pp. 287-316). En J. M. Delgado & J. Gutiérrez. Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales. Madrid: Síntesis.

Ibáñez, J. (1985). Análisis sociológico de textos o discursos. Revista Internacional de Sociología, 43 (1), 119-160.

La Lógica de la (Auto) Exclusión: Relaciones entre las Identidades de Lugar y la Construcción del Territorio en Santiago de Chile

Álvaro Canales C.*

Resumen

La siguiente es una exploración sobre los mecanismos identitarios evidenciados entre personas que habitan uno de los sectores más exclusivos de la ciudad de Santiago y que concentra una proporción de habitantes cuyos ingresos se cuentan entre los más altos del país. El trabajo ha sido concebido como un estudio de doble abordaje, sin embargo se trata de un único tema: explorar, recoger y describir discursos y testimonios acerca de la definición del propio barrio, identificándolo y poniéndolo en relación con otras áreas o territorios de la ciudad, en una muestra de mujeres mayores de edad que viven en el sector de La Dehesa. De esta manera se pretende explorar las distancias simbólicas y sociales establecidas por este grupo de personas relativas a otros sectores de la ciudad y qué atributos podrían asociarse a mayores o menores distancias. Por otro lado, se busca una fuente de información complementaria: los vendedores de propiedades del sector, a los cuales se les pide que reconstruyan las experiencias de las últimas cinco ventas exitosas que hayan ocurrido en un plazo no mayor a los tres meses. De esta forma se analizan los principales argumentos persuasivos, con la esperanza de que sean representativos del universo argumental de la decisión de habitar un sector definido, eso sí cada vez menos, alejado del centro histórico y de algunos hitos urbanos, arquitectónicos y/o naturales, símbolos de actividades que dan unión simbólica al territorio (Pza. de Armas, palacio de la Moneda, Tribunales de Justicia, cerro Santa Lucía, etc.).

La metodología responde básicamente a un diseño exploratorio descriptivo cualitativo, aun cuando una parte de la información haya sido tratada de manera cuantitativa; los instrumentos principales fueron la utilización de entrevistas semi-estructuradas, mapas cognitivos y entrevistas de eventos críticos.

* Profesor de Psicología Ambiental. Universidad de La República.

Introducción

¿Cómo se construye una ciudad? Específicamente, ¿cómo se construye la ciudad de Santiago de Chile? Esta es una pregunta que es infrecuente en el campo de la psicología, sin embargo una disciplina que estudia el comportamiento humano no puede estar ausente de un debate de esta naturaleza.

En palabras de Moyano (1991), el comportamiento y la experiencia urbana son un objeto de estudio “natural” para la psicología ambiental. Cualquier persona que conozca más de una ciudad, podrá notar diferencias más o menos profundas. Primero están las diferencias físicas, naturales y construidas, pero también son fácilmente perceptibles aquellas relacionadas con el comportamiento de los habitantes: algunas ciudades pueden ser más cuidadas o descuidadas, más rayadas, más limpias o más sucias; los habitantes pueden ser percibidos como más fríos y distantes con el extranjero y otros ser caracterizados como más amables, etc. Se han estudiado también, como patrones conductuales de los habitantes, las tasas de accidentabilidad, o criminalidad, la violencia política, por un lado y, por otro, conductas propias de la vida interna de los individuos, como las evaluaciones que hacen los habitantes de su lugar de vida (estudios de calidad residencial, percepción de seguridad, etc.) por nombrar sólo algunos ejemplos (Moyano, 1991).

Sin embargo, la literatura psicológica actual no incluye estudios a gran escala que exploren ciertos patrones conductuales como las relaciones de los habitantes con su territorio, las relaciones entre diversos grupos dentro de un territorio que están relativamente obligados a compartir y las evaluaciones y sentimientos que se derivan. En pequeña escala efectivamente es posible encontrar reportes, aunque son informes derivados de intervenciones o de investigaciones planteadas como investigación-acción, sin embargo su marcada localización y especialización dificultan la comprensión general del fenómeno. Sin pretender profundizar en las grandes discusiones epistemológicas del método, el presente artículo se posiciona desde una perspectiva que supone que el estudio de ciertos patrones generales de la conducta es posible y valioso además de compatible con el conocimiento aportado por la experiencia y reconstrucción de las realidades particulares.

El interés suscitado por el fenómeno de la expansión y crecimiento de la ciudad de Santiago y otras grandes ciudades latinoamericanas ha sido abordado por diferentes autores y disciplinas y es actualmente uno de los focos de

atención de urbanistas, arquitectos, sociólogos, antropólogos y, en algunos casos, psicólogos.

El patrón de crecimiento de Santiago de Chile en particular ha sido estudiado básicamente por sus consecuencias: los precios del suelo de la ciudad (Sabatini, F. y Arenas, F., 2000; Sabatini, F., 2000), las consecuencias desde la perspectiva del desarrollo sostenible (Ducci, 2002) y las consecuencias sociales (Ducci; 2000; Sabatini, 1998; Sabatini, 2000).

Puesto que es un fenómeno complejo, el patrón de crecimiento de la ciudad requiere ser caracterizado y estudiado desde múltiples puntos de vista y metodologías. El presente artículo expone los principales resultados de una investigación exploratoria entre dos muestras independientes. La primera es un grupo, lo más homogéneo posible, conformado por mujeres habitantes de un sector de la comuna de Lo Barnechea; la segunda está representada por un grupo de vendedores exitosos de viviendas, pertenecientes a tres corredoras de propiedades de las comunas de Lo Barnechea, Vitacura y Las Condes.

Desde la perspectiva de las relaciones simbólicas, concientes o no, de habitantes de la comuna de Lo Barnechea con su territorio, se pretendió explorar básicamente cuáles son los fundamentos de las personas que pueden hacerlo, relacionados con la toma de decisión de compra de una casa en uno de los barrios más exclusivos de nuestra ciudad.

¿Por qué interesarse en el estudio de las decisiones asociadas a la elección del lugar de vida de un cierto grupo social particular? Sabatini (2000) analiza las complejas relaciones entre políticas de urbanización (más reguladas por el Estado, cuyo límite histórico es el gobierno del Presidente Salvador Allende y, a partir de entonces, dejadas al desarrollo y dinámicas del mercado de suelos liberalizados) y las resonancias estructurales históricas del proceso de poblamiento y ocupación territorial de Santiago por parte de los diversos grupos sociales). De esta manera, Sabatini propone, en lo medular y a pesar de ciertos efectos positivos secundarios a la cercanía física y territorial de grupos sociales más adinerados con otros más pobres, que en Santiago se configura un proceso de espacialización de la pobreza:

“Las elites han tendido a concentrarse en una sola zona de la ciudad, la que se extiende desde el Centro hacia la periferia en una dirección geográfica definida –hacia el nororiente en Santiago–. Esta concentración espacial de

los grupos con mayor capacidad de pago ha permitido que los precios del suelo se mantengan bajos en el resto de la ciudad, al alcance de los pobres en amplias zonas. Aunque estos grupos han sido segregados hacia la periferia peor equipada y servida, han encontrado hasta ahora un lugar en la ciudad compacta (...).

“Justamente, un tercer factor que ha favorecido la aglomeración de la pobreza, además de los programas de vivienda social y las erradicaciones, ha sido la preferencia de los mismos invasores de tierras –por lo general, organizaciones de familias pobres apoyadas por partidos o grupos políticos de centro e izquierda– por suelos baratos con el fin de reducir el riesgo de la represión policial. Como es posible apreciar, la lógica común a estos tres factores es el sometimiento de las decisiones a los mercados de suelo”. (Sabatini y Arenas, 2000)

En suma, el progresivo aumento de la superficie de Santiago, fenómeno compartido con muchas otras ciudades de toda América (Ducci, 2000), se observa en buena medida asociado a la construcción de suburbios residenciales para las personas con mayor poder adquisitivo. Lo que se conoce es que estos fenómenos migratorios intra-urbanos se relacionan con las fluctuaciones (o regularidades) del precio del suelo, status y estigma en la ciudad o la localización de las personas y actividades. Lo que no se conoce es la lógica que sustenta internamente la valorización de un tipo y tipología de barrio sobre otro, en otras palabras, ¿cuáles son los fundamentos del discurso que promueve la construcción de la ciudad tal como hoy se hace?

La hipótesis subyacente supone que las relaciones simbólicas establecidas entre los diversos grupos sociales que comparten el territorio de la ciudad y las producciones culturales de estos grupos, configuran las necesidades a las que da respuesta el patrón de crecimiento de Santiago. Específicamente, en este caso, se trata de explorar en el conjunto de motivaciones en la base de ciertas decisiones –básicamente la elección del lugar de residencia– que se expresan en el fenómeno de la concentración espacial de los grupos con mayor capacidad de pago, segregando a los sectores más pobres en amplias zonas de Santiago y generando, al mismo tiempo, espacios que han sido reconocidos como espacios de borde por Sabatini (1998; 2000).

Algunas consecuencias de la ciudad excluyente:

Desde la sociología, la definición de usos y usuarios y/o la apropiación excluyente de un territorio, por grupos adolescentes, niños, hombres, etc., convierte a dicho espacio en un lugar socialmente estigmatizado al cual quienes no pertenecen deciden no acudir. La justificación para ello es encontrarlo "peligroso o inseguro". Si llevamos este ejemplo al límite, encontramos la génesis de la condición del gueto; las relaciones de este sector con la ciudad se cortan (Marcuse, 1997) y se convierte en un territorio en que sólo es posible una gama restringida de interacciones y de usuarios.

Esta condición de desconexión con la ciudad provocada por la apropiación del suelo por finalidades o grupos sociales excluyentes ha sido estudiada por algunos sociólogos, específicamente desde la perspectiva de las consecuencias sobre la construcción del sentimiento de seguridad. Por ejemplo, estudios sobre espacios sociales como el mall, lugar excluyentemente dedicado al consumo, o los barrios enrejados, destinados a la habitación de un grupo social homogéneo (Salcedo, 2002), en la medida en que dificulta la superposición de funciones en el territorio, aumenta la percepción de inseguridad a nivel del conjunto de la ciudad.

En la actualidad, en muchas ciudades existe una clara tendencia al predominio de una asociación negativa entre espacio público ciudadano (decreciente) y sensación de inseguridad difusa y exclusión social (creciente). Una paradoja: a la "agorafobia o paranoia" que teme los espacios públicos abiertos hay que oponer más espacios públicos, más lugares abiertos de intercambio entre diferentes (Borja, 2003).

Un ejemplo interesante de la "inseguridad comunitaria" se presenta en los barrios enrejados. En las argumentaciones de quienes deciden mudarse a este tipo de enclave muchas veces está presente el miedo al crimen, el que creen se reducirá por el fuerte control y vigilancia ejercidos pero además por el tipo de persona que habita el territorio (Salcedo, 2002). Sin embargo, en la práctica, si bien el crimen se reduce, el miedo y la ansiedad aumentan (Low, 2003).

Inversamente, esto puede entenderse como un argumento a favor de la superposición de funciones en el territorio, que tiene una larga presencia en el urbanismo contemporáneo. De hecho, ya en 1961 Jane Jacobs argumentaba que la mantención de la seguridad ciudadana (en un sentido material de evitar

el crimen) es más probable en espacios en que la diversidad de usos del territorio es mayor” (p. 14). Ello se debe a que, en realidad la seguridad no es “necesariamente mantenida por la policía, sino por una intrincada y casi inconsciente red de controles y estándares voluntarios mantenidos por la propia gente” (p. 32); los que serán más ajustables a diversos grupos sociales si todos estos grupos sociales participan, al menos inconscientemente, en la elaboración y mantención de las reglas. Esto mismo, es analógicamente aplicable a la dimensión simbólica de la seguridad ciudadana: es más seguro un espacio en que todos nos sentimos representados y a gusto. Así para Jacobs (1961), en coincidencia con el aun más clásico *Defensible Space*, de Oscar Newman, la seguridad está basada en la existencia de comercio y espacios públicos, de rutas que conducen hacia otras partes de la ciudad (no terminan abruptamente), y de gente diferente que utiliza dichos espacios y que puede mantener una “vigilancia” sobre el territorio.

Antecedentes psicológicos:

Más allá de las necesidades elementales (techo, calor, la seguridad material), ¿cuál es el carácter de las necesidades psicológicas? Los modelos actuales, producto de investigaciones empíricas, no sólo entregan una lista de necesidades bien definidas e independientes entre sí, sino que proponen esquemas que describen sus relaciones jerárquicas y las relaciones entre la satisfacción y la fuerza de las diferentes necesidades. Además, algunos trabajos han mostrado, conjugando el estudio diferencial con el estudio social, que ciertos grupos de individuos pueden presentar jerarquías de necesidades específicas que explican simultáneamente sus preferencias culturales, sus experiencias profesionales y su situación personal.

Según Lévy-Leboyer (1985), las necesidades de los futuros habitantes de un lugar suelen ser una de las preguntas que más frecuentemente realizan urbanistas y arquitectos a los psicólogos. Para responder, los psicólogos han debido perfilar el esquema de necesidades que subyace en las respuestas y justifica las opciones. Las encuestas clásicas proponen a las personas interrogadas una cierta cantidad de opciones “globales”, pero éstas pueden estar motivadas por necesidades muy diversas. Así, la decisión de vivir al margen de una gran aglomeración puede traducir la necesidad de acercarse a la naturaleza, el deseo de estar relativamente lejos de los vecinos, el anhelo de disponer de una

residencia espaciosa o de vivir en un lugar donde se domine un paisaje amplio. De igual forma, el deseo de vivir en la ciudad puede tener como antecedente una necesidad de comodidad, el anhelo de una vida social animada, por el interés de estar cerca de los medios de comunicación o de vivir cerca del lugar de trabajo, lo que podría contribuir al éxito profesional. En pocas palabras, *“cada ‘opción global’, ya sea como opinión expresada o como decisión aplicada, constituye la resultante de varias necesidades, más probablemente el resultado de una especie de equilibrio entre las ventajas y los inconvenientes”* (Lévy-Leboyer, 1985, p. 88).

En esta línea encontramos dos trabajos muy interesantes y clásicos de la literatura psicológica social-ambiental. En la primera, Lévy-Leboyer (1977) realiza un análisis multifactorial a las respuestas a más de cien preguntas realizadas a 1500 franceses de 17 a 24 años. De esta manera se destacaron siete necesidades independientes e identificables difícilmente sintetizables en tan poco espacio; el otro corresponde a un estudio de Carp y cols. (1976), quien presenta un análisis factorial de las respuestas a un cuestionario que permitió inferir veinte factores independientes que los autores agrupan en seis necesidades fundamentales: calma y ausencia de ruido, calidad estética del medio ambiente, relaciones de vecindad, seguridad, movilidad y protección contra las contaminaciones en general. Estos esquemas teóricos tienen el mérito de sobrepasar las necesidades primarias evidentes y de apelar a valores más sutiles, sin embargo no es evidente que exista un sistema de necesidades universales, igualmente perentorias para todos, cualquiera sea la edad, género, origen o responsabilidades.

(Algunas) Relaciones entre estructura urbana e identidad social (urbana)

¿Qué relación puede haber entre las necesidades psicológicas de un habitante o de conjuntos de habitantes, la ciudad que se construye para responder a estas necesidades, las identidades que surgen o que se mantienen en esta ciudad y los problemas derivados del peculiar funcionamiento de la ciudad?

Básicamente la hipótesis que sustenta este trabajo supone que las necesidades dependen del autoconcepto. Es decir, el individuo genera una estructura de necesidades en función de las creencias que tenga sobre sí mismo y es el punto en el cual se articula la relación del individuo con el resto de la ciudad y sus habitantes.

Por Identidad Social se entiende “aquella parte del autoconcepto de un individuo que se deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo o grupos sociales juntamente con el significado valorativo y emocional asociados a esta pertenencia” (Tajfel, 1981). Esta conciencia de pertenencia implicará la acentuación perceptiva de las semejanzas con el propio grupo y de las diferencias con los demás.

Conceptos como identidad social, simbolismo del espacio, identidad de lugar y otros afines, frecuentemente han sido elaborados de forma independiente entre ellos, sin prestar suficiente atención a la complejidad de sus vínculos e interconexiones. Además, generalmente las teorías de la Identidad Social enfatizan que resulta de la interacción entre individuos y grupos o entre grupos, y el medio en que se desarrolla la vida no es considerado o queda relegado a un segundo plano. Sin embargo, para muchos autores, el espacio no es un simple escenario sino un elemento activo más en la interacción, transmite a las personas determinados significados elaborados socialmente que ellos interpretan y reelaboran, y forma parte del proceso de la categorización social (Stockols, 1990).

Como se ha descrito ampliamente en la literatura psicosocial, es a través de nuestra afiliación a determinadas categorías sociales (características relevantes con las que nos identificamos) que llegamos a definir quiénes somos, configurando así nuestra identidad social. Las proposiciones explicativas ponen énfasis en aspectos distintos, sea a partir de la interacción social, a partir de sistemas simbólicos socialmente creados, o a partir de la comparación social y la identificación con grupos de referencia y sus universos simbólicos. Pero la identidad social también puede derivarse del sentimiento de pertenencia o afiliación a un entorno concreto significativo.

Proshansky, Fabian y Kaminoff (1983) desarrollan el concepto de Identidad de Lugar (*Place Identity*). Definen la identidad de lugar como una subestructura básica de la imagen del yo (*self*), resultante de una construcción personal que es el fruto de la percepción que tenemos de nosotros mismos en relación con nuestro entorno.

Esto quiere decir que el individuo, a partir de sus experiencias directas en los escenarios físicos concretos en los que se desarrolla su vida, elabora y remodela las estructuras cognitivas y afectivas que definen su propia identidad de lugar. En esta elaboración están implicados los valores, las actitudes y las normas sociales, asimiladas por la persona, relacionados con el lugar, así como

las conceptualizaciones, usos y creencias que los demás individuos significativos para la persona tengan del lugar; estamos hablando entonces de las definiciones sociales de estos espacios. Resumiendo, la identidad de lugar es un conjunto de cogniciones referentes a los lugares o espacios en función de las cuales puede establecer vínculos emocionales y de pertenencia a determinados entornos que se expresan a través de las actividades, las relaciones interpersonales y las funciones y roles del grupo.

Por su parte, Lalli (1988; 1992) plantea el concepto de Identidad Urbana (*Urban Identity*) con el cual enfatiza la dimensión social al basarse en un proceso de diferenciación y de identificación con unidades urbanas que actúan al modo de categorías sociales.

Pertenecer (o querer pertenecer) a un grupo, incluye también el sentido de pertenencia a determinados entornos urbanos particulares para dicho grupo. Así, el entorno es más que un escenario, es un producto social fruto de la interacción (simbólica) entre los integrantes del aglomerado social. Sentirse y definirse como residente de una determinada área (pueblo, barrio, ciudad) implica también diferenciarse en contraste con todos quienes no viven allí. Aquí estaría la clave para conferir a los atributos del lugar un valor de cualidades casi psicológicas para las personas asociadas a la zona (Lalli, 1988). Es decir, la identidad urbana permite internalizar las características espaciales del posible asentamiento, basadas en un conjunto de atribuciones que configuran una determinada imagen de este.

Por su parte, Hunter entiende la identificación comunitaria a partir de la construcción social del significado de las comunidades. La construcción social de una identidad comunitaria surgiría de las interacciones que los miembros de un territorio local tienen con los de fuera y que sirven para definir la propia comunidad. En este proceso la toponimia adquiere especial relevancia como sistema de clasificación y de categorización: permite establecer los límites que definen la comunidad propia en comparación con las otras y las evaluaciones que la comunidad hace de las demás. Las relaciones entre comunidades, con significados socialmente elaborados, configuran identidades asociadas a un entorno y definen comunidades simbólicas (Hunter, 1987).

Lo importante es que el simple hecho de categorizar a los demás entre “semejantes” a uno mismo (aunque sea sobre aspectos de importancia muy relativa) y “distintos” a uno mismo basta para engendrar *comportamientos discriminatorios* acerca de los “demás”.

Consecuencias sociales de la categorización

Dejando de lado tanto los aspectos referentes a las sobre-inclusiones y sobre-exclusiones que dependen del valor social atribuido a las categorías, así como los aspectos discriminatorios inducidos por la mera categorización, y dejando de lado, también, las consecuencias de las categorizaciones erróneas (resistencia a la recepción correcta de la información) quedan sin embargo muchos fenómenos sociales que pueden conectarse con la teoría de la acentuación (Tajfel, 1959) y con el mecanismo de la categorización. A título indicativo, se pueden señalar, entre otros, los siguientes:

- La inclusión de una persona o de un objeto dentro de una “categoría” sobre la base de un atributo particular propio del elemento categorizado y de la categoría que lo captura promueve una tendencia a atribuir a esa persona u objeto todos los atributos que definen dicha categoría y a actuar con esa persona u objeto como si tuviese efectivamente esos atributos aunque no se tenga información al respecto.
- Se tenderá a distorsionar la percepción de las características propias de una persona u objeto de manera que no aparezcan contradicciones entre esas características y las características subjetivamente (o internamente) constitutivas de la categoría de pertenencia.
- Dos personas u objetos que sean percibidos como diferentes con relación a un atributo que permitiría incluirlos en categorías distintas, tenderán a ser percibidas como diferentes también en relación con los restantes atributos que diferencian a las dos categorías de inclusión.
- Se tenderá a minimizar las diferencias existentes entre los miembros de un mismo grupo (ya sea étnico, político, etc.) en relación con todos aquellos atributos que caracterizan subjetivamente a este grupo (acentuación de la similitud intra-clase).
- Recíprocamente se tenderá a acentuar las diferencias existentes entre los miembros de grupos diferentes.
- La pertenencia de una persona a una determinada categoría (social, étnica, etc.) influirá más sobre la impresión que nos formemos de ella si la encontramos en compañía de otras personas pertenecientes a otras categorías, que si la encontramos sola.

- La impresión que nos causa una persona estará tanto menos influenciada por su pertenencia a una categoría social cuanto mejor conozcamos a distintos miembros de esa categoría.

Los estudios y proposiciones mencionados muestran cómo se amplía progresivamente el contenido del concepto de medio ambiente. Ahora bien, lo que queda por desarrollar es la relación entre categorización y la percepción de la lejanía.

El estudio de la percepción de la lejanía, estimada por un observador fijo frente a un paisaje estático (o representado por una maqueta), permite analizar los mecanismos sensoriales y cognitivos de la percepción: cómo se desarrollan, cómo se integran y se apoyan en la experiencia individual. Analizar la distancia y los factores que explican la sobreestima o la subestima de la distancia es una tarea diferente. No se trata ya, para el sujeto, de calcular la distancia en que se encuentra un objeto de su campo visual, sino de imaginar el espacio que tendría que recorrer para ir de un punto a otro, de una ciudad a otra, por ejemplo. Esta evaluación de la distancia está profundamente determinada por factores afectivos, más concretamente por esa relación de pertenencia que forman el hábito y la familiaridad (Lévy-Leboyer, 1985).

Si seguimos a Lundberg (1972), la distancia subjetiva tiene también consecuencias afectivas: ella determina las respuestas emotivas frente a los sucesos que se producen en otras partes: a medida que la distancia entre su territorio y otro se perciba como notable, el individuo se siente menos afectado por los hechos que allá ocurran. "Percibir la lejanía es percibir la distancia relativa de un escenario fijo; evaluar la distancia es percibir un entorno dinámico; describir la vecindad es expresar la pertenencia emocional y social" (Lévy-Leboyer, 1985, p. 68), por lo tanto, es expresar también los límites y las definiciones de quienes quedan fuera de esa identidad.

Hipótesis Estructural:

De esta revisión se desprenden entonces algunas nociones para las dos experiencias que se exponen a continuación. En primer lugar, la jerarquía del prejuicio: hay elementos, objetos y grupos sociales percibidos como más lejanos y otros más cercanos. Segundo, la sola acción de definirse a sí mismo, define la distancia social con otros grupos y sus elementos y objetos asocia-

dos. Tercero, la distancia social debe ser mayor cuando la motivación para diferenciarse del otro es mayor. Al mismo tiempo, esta diferencia, mantenida por diversos mecanismos, debiera expresarse al menos en un doble proceso de auto-diferenciación y exclusión del otro manifestados en la categorización simplista y la evitación del contacto con el o los grupos excluidos.

En términos operacionales, el modelo hipotético sugiere que:

- a. A mayor distancia social percibida entre los miembros de un grupo con otro(s), se reconocerá menor cantidad y calidad de atributos comunes entre los grupos, es decir, se percibirán como progresivamente distintos.
- b. Esto quiere decir que si hay grupos sociales y/o áreas territoriales diferentes en la ciudad, algunas serán percibidas como socialmente más extrañas y otras más cercanas a la caracterización del propio grupo de referencia, siendo su indicador, la cantidad y calidad de atributos compartidos entre el grupo y territorio de referencia y los demás grupos y territorios, por lo tanto;
- c. A mayor cantidad y calidad de atributos comunes, menor es la distancia social y territorial percibida por los miembros de un grupo social que nos sirva de referencia.
- d. La mayor distancia social coviará positivamente con la evaluación de la distancia territorial.

La última hipótesis debiera quedar restringida, eso sí, a los casos en que las distancias sean superiores a un cierto límite: no es posible esperar que un habitante de Lo Barnechea declare que está más cerca de un conocido en cualquier sector bien evaluado, que un habitante vecino más pobre y a pasos de los muros fronterizos de su condominio, por mucha distancia social percibida que haya.

Primer estudio:

Estudio exploratorio de la distancia calculada entre dos puntos equidistantes a una referencia local y conocida.

Este estudio supone que la distancia estimada entre dos puntos, además de depender de la familiaridad, la cantidad de hitos que demarcan el trayecto, velocidad del recorrido, maduración y aprendizaje del sujeto que aprehende, etc., también depende de la distancia social percibida. Es decir, muy simplemente, a mayor diferencia social establecida por el individuo, mayor distancia

física estimada y menor cantidad y calidad de atributos compartidos con el grupo y territorio de referencia.

Muestra:

Se trabajó con un grupo de 14 mujeres residentes del sector de La Dehesa de la comuna de Lo Barnechea, mayores de edad, de dos condiciones ocupacionales diferentes: dueñas de casa ($n = 7$) y profesionales en ejercicio activo de su profesión ($n = 7$). El rango de edad varía entre los 26 y los 54 años con un promedio de 36. Independientemente de la condición ocupacional, la totalidad de las entrevistadas poseía permiso para conducir, poseía automóvil y efectivamente realizaban desplazamientos fuera de su comuna y por su cuenta al menos 5 veces por semana. El nivel de escolaridad más bajo encontrado fue universitario incompleto. La forma de contacto inicial fue una ayudante del grupo investigador quien presenta a la primera participante del estudio. Ella a su vez realiza las gestiones para entrevistar a otras dos conocidas y así sucesivamente hasta completar un total de 19 entrevistadas. Con el fin de realizar el análisis, se retira la información entregada por 5 participantes por el relativo grado de cercanía con el grupo investigador y/o por haber manejado algún nivel de conocimiento de los objetivos de la investigación al momento de la entrevista. Se excluyó intencionadamente de la muestra a dos participantes de profesión arquitecto por el carácter técnico de sus dibujos.

Procedimiento:

Se ubican dos puntos en la ciudad de Santiago que en el mapa aparecen razonablemente equidistantes de un punto conocido por la mayoría si no todos los habitantes del sector de La Dehesa: su mall. Es importante que los puntos ubicados debían estar en zonas de diferente significado *a priori*, por lo tanto, se escogieron puntos de referencia de las comunas de Providencia, Santiago, Peñalolén, Ñuñoa y Recoleta. Otro aspecto que se consideró necesario incluir fue que los puntos de referencia debían poder ser reconocidos como existentes, por lo tanto, se excluyeron puntos de referencia relativamente novedosos o cruces de calles, útiles para quienes conocen el sector aunque generalmente inútiles para quien no frecuenta el lugar. Específicamente para el caso de Peñalolén, se excluyó del listado inicial de puntos de referencia al aeródromo, por la frecuente asociación de este tipo de instalaciones con espacios abiertos y alejados de la ciudad.

Una vez ubicados los puntos, se procede a realizar una serie de viajes en automóvil para registrar los tiempos de demora durante dos semanas entre los meses de junio y julio de 2003, al menos 5 viajes entre las 8:00 y 10:00; 5 viajes entre las 18:00 y las 20:00 y tres viajes entre las 14:00 y 16:00 de días hábiles. Se consideró como tiempos iguales para el desplazamiento si la diferencia de los promedios para las 2 primeras franjas horarias era inferior a 10 minutos.

De esta forma, se obtienen dos puntos referenciales de la ciudad de Santiago ubicados en Santiago (P1: Parque Forestal/ ref: Mac Iver esq. Ismael Valdés, distancia aproximada de 16 km. recorridos) y Peñalolén (P2: sector de la Toma de Peñalolén/ ref: Arrieta esq. Tobalaba, distancia aproximada 15 km. recorridos).

Para obtener los datos, se realiza una pequeña encuesta que permite recoger datos socio-demográficos y presentar el instrumento.

El instrumento son dos mapas cognitivos que la participante debe realizar en papel blanco de formato 35x55 cm. con lápices de colores que van cambiando a medida que realiza el dibujo. En el primero debe dibujar su propia comuna y en el segundo dibuja un plano general de la ciudad de Santiago. La consigna es "dibuje como si tuviese que presentarle su comuna/ciudad a un visitante que no la conoce; coloque, por favor, los elementos más importantes que esta persona debiera visitar y aquellos que le sirvan de referencia para ubicarse en la comuna/ciudad". Antes de empezar, se le da la instrucción que cambie cada cierto tiempo de colores para registrar el orden de colocación de los elementos en el plano. El entrevistador lleva un segundo set de lápices, de tal forma que registra el orden de los colores utilizados por la participante.

En el caso que la participante, una vez realizado el mapa, no haya incluido los puntos de referencia para la investigación, se le pide que los ubique con lápiz negro. Luego se le pide que defina una unidad de la escala por ella utilizada para confeccionar el plano. Con estas medidas, se calcula la distancia en línea recta entre los puntos de referencia utilizando la escala subjetiva de cada participante.

En segundo lugar, se indaga en la percepción-imagen y evaluación del lugar. Para tal efecto se utiliza un Diferencial Semántico y de Evaluación de Lugares referido a tres áreas: descripción del lugar o conjunto habitacional general, evaluación de la satisfacción de estar en ese lugar y, tercero, una descripción evaluativa de los espacios intermedios de los lugares (calles, plazas).

Para describir el nivel socioeconómico, se utilizó la escala de Graffar (1969, adaptada por Álvarez y cols., 1985), que permite distinguir cuatro niveles socioeconómicos jerarquizados: Alto, Medio, Bajo y Miseria.

Segundo estudio:

Motivaciones para vivir en La Dehesa: análisis de los argumentos de venta de los agentes inmobiliarios.

Uno de los aspectos más descritos de la configuración social y espacial de Santiago es el grado de homogeneidad interna de sus diferentes sectores y de heterogeneidad intersectores. Es así como este fenómeno ha sido estudiado desde hace ya bastantes años por una creciente cantidad de investigadores nacionales, entre quienes destacan Sabatini (1998; 2000), que analiza el fenómeno desde la perspectiva de la “dialéctica de la inclusión/exclusión residencial”, y Ducci, para quien Santiago es una ciudad segregada al punto que es posible comprenderla como una superposición de diferentes ciudades agregadas y no mezcladas (Ducci, 2000).

Muestra: se contó con la participación de 8 empleados de 3 agencias corredoras de propiedades especializadas en la venta de unidades habitacionales en las comunas de Lo Barnechea, Vitacura y Las Condes, cuya última transacción exitosa haya ocurrido en un período menor a tres meses de la fecha de la entrevista. Orientadas a la atención de un público definido por ellos mismos como “de alto nivel”, el volumen de negocios de estas agencias se concentra en un 70% en los negocios que realizan en las tres comunas recién mencionadas.

Procedimiento: se trata de una entrevista semi estructurada destinada a reconstruir los eventos críticos de las ventas exitosas. Para tal efecto, se les pide a los participantes que describan la experiencia de una atención normal a un cliente que llega a preguntar por un bien, tanto para la compra como para el arriendo. Luego se le pide que describa la experiencia de la última venta exitosa, exponiendo con el mayor detalle posible las preguntas realizadas por los eventuales compradores y los argumentos que los vendedores reconocen como claves para el éxito de la operación. Estas entrevistas fueron grabadas con el consentimiento de los participantes.

Se espera que este método de recolección entregue información válida en la medida en que son 8 fuentes independientes entre sí que relatan experiencias particulares que ocurrieron en un tiempo cercano.

Este estudio explora en los motivos que pueden tener algunos de los habitantes de Santiago para auto-excluirse de la ciudad. Es una exclusión voluntaria y excluyente, donde se vive entre iguales aunque no es necesario conocer al vecino.

Resultados:

Desde el punto de vista de la dimensión habitante, tenemos que la composición de las familias (Moda = 5) y su nivel socioeconómico (Alto) aparecen iguales o sin diferencias, al igual que su carácter de propietario(a)s de la vivienda.

En relación con la variable conveniencia de cambiarse a vivir al lugar actual de residencia, se observa que la totalidad considera que el cambio fue positivo y las razones entregadas refieren primeramente a las cualidades de los vecinos: no necesariamente son conocidos, aunque son reconocidos como iguales, personas “serias y trabajadoras”. Si bien ni la familia ni la mayoría de los amigos viven en el sector, no es considerado por ninguna de las entrevistadas como un factor que incida en la pérdida del contacto o las relaciones familiares y amistosas. En segundo lugar, aparecen menciones a la seguridad y la alta independencia con relación a los vecinos, estimando en alto grado la privacidad que afirman haber conseguido al vivir en el barrio. En tercer lugar aparecen las cualidades de disponibilidad y calidad de servicios médicos y comerciales y de facilidad de comunicación con el resto de la ciudad y en un similar nivel de satisfacción mencionan la calidad de la infraestructura, destacando el estado de jardines y plazas, la calidad arquitectónica y de las calles y funcionamiento del alcantarillado.

El diferencial semántico informa que las entrevistadas evalúan positivamente su comuna en los ítems Seguro, Limpio, Privado, Bonito, Bueno, Buena Relación con los Vecinos. Los ítems peor evaluados son Útil y Económico; aunque hay que destacar que todos los ítems fueron evaluados en el polo positivo del diferencial.

La totalidad de las participantes realiza un dibujo relativamente preciso del plano de su comuna, utilizando límites naturales y estructurales para definir el perímetro. Las posiciones relativas del Puente Canta Gallo, el río Mapocho y los cerros fueron utilizados para definir los límites. Con otra lógica aparecen elementos físicos correspondientes a servicios: el mall, servicios de clínicas

privadas, facilidades de colegios particulares y estaciones de servicio sirven para ubicar los nodos más sobresalientes del sector.

Del registro de construcción de los planos se observa que 9 de las participantes comienzan el dibujo ubicando uno de los puntos de referencia recién mencionados para finalizar describiendo los límites, específicamente de las zonas que bordean el río y con menor grado de precisión colocan cerros para definir los otros límites de la comuna. La estrategia de las restantes es inversa: ubican primero los límites para luego colocar algunos elementos específicos a partir de los cuales ubican vías que llevan al puente –elemento “natural” de acceso al sector– y que conectan con el Mall y el propio hogar. Una vez fijados estos puntos, se termina de ubicar algunos otros elementos, específicamente las canchas de deporte de un colegio y dos clínicas privadas. Aparecen difusamente dibujados y en calidad de frontera aquellos sectores ocupados por los habitantes tradicionales del sector (mención específica al Cerro 18), lo que sugiere que, si bien es considerado como parte de la comuna, claramente no es integrado como un elemento del barrio ni es fuente de satisfacción, pero más importante aun, es que no aparece como factor de insatisfacción, lo que sugiere que, al menos para las participantes, es una zona que no forma parte de su lugar de vida.

Por su parte, la realización del plano de Santiago muestra más diferencias relativas a su elaboración. Sin interesarnos en el nivel de abstracción del dibujo propiamente tal, se observa nuevamente dos grandes estrategias. La primera consiste en componer desde lo general a lo particular, dibujando algunos límites –preferentemente el límite norte del valle y el río Mapocho– elementos a partir de los cuales se introduce y estructura el resto de la información. La segunda estrategia consiste en realizar el dibujo haciendo aparecer algunas comunas entrelazadas para luego ubicar ciertos elementos de características monumentales (Cerros San Cristóbal y Manquehue, edificio de una compañía telefónica), lugares de servicios (específicamente un mall, parque natural, centros invernales. El cuadro 1.1 muestra el momento de aparición de los elementos en el plano.

Es interesante también observar que independientemente de la estrategia utilizada por las participantes, no aparecen elementos (en particular vías) que simbolizan a la ciudad como una red compleja de vías comunicantes. Por el contrario, la relativa simpleza de las redes viales sugiere la expresión de un integrado de elementos particulares que, una vez definidos, se unen trazando las vías.

Momento de aparición de elementos en el mapa

Elemento	Aparición promedio	Frecuencia
Cerro San Cristóbal/La Pirámide	1	100%
Río Mapocho	2	100%
Aeropuerto	3	92%
Cerro Manquehue	4	100%
Av. Kennedy	5	92%
Av. Providencia	6	85%
Av. A. Vespucio	7	92%
Cordillera de los Andes	8	100%
Santuario de la Naturaleza	9	57%
Centros Invernales	10	64%
La Moneda/Centro de Stgo.	11	85%
Museo Bellas Artes/Pqe. Forestal	12	71%
Av. Vitacura	13	57%

Con relación a la estimación de las distancias entre los puntos de referencia, se encuentra que la distancia entre el extremo poniente del Parque Forestal resulta minimizada mientras que resulta sobreestimada para el caso de la Toma de Peñalolén si son comparadas con la medición estandarizada (16 km. y 15 km. respectivamente), realizada como paso previo de la investigación. La diferencia promedio es de -3,65 km. para el primer caso, mientras que es de +4,75 km. para el segundo.

Mall – Parque Forestal	Mall – Toma Peñalolén
Distancia promedio: 12,35 km.	Distancia Promedio: 19,75 km.
Desviación estándar: 3,4 km	Desviación estándar: 4,1 km.
Diferencia promedio: -3,65 km.	Diferencia promedio: +4,75 km.

Al ser consultadas por los rasgos que caracterizarían a ambos sectores, las evaluaciones resultan dispares. Para el sector del Parque Forestal fueron utilizados preferentemente criterios arquitectónicos y paisajísticos de evaluación: tradicional, arquitectura cuidada, parque en buen estado, y en estos términos

fue evaluado como un aporte para el centro de Santiago. Los atributos negativos se refieren a la mala calidad del aire –generalizada para todo el centro de la ciudad–, la presencia de grupos de individuos indeseados, identificando gitanos, ladrones, jóvenes violentos, y la realización de actividades masivas por parte del gobierno.

Por su parte, los atributos asociados al sector de la Toma de Peñalolén fueron la presencia de delincuencia imposible de atribuir a grupos específicos, desempleo, urbanización deficiente y dificultad de comunicación con el resto de la ciudad. Como único aspecto positivo, mencionado por 8 de las participantes, aparece la calidad del aire, estimada como mejor que la del resto de la ciudad y peor que la de la comuna de residencia y sectores cercanos (Lo Barnechea, el Arrayán).

Estos resultados sugieren una espacialización de la distancia social. Aparentemente, mientras más deficitario es evaluado un entorno, más distante parece estar ubicado en el mapa cognitivo individual. Sin embargo, esta afirmación debiera ser contrastada con otras investigaciones metodológicamente diferentes.

Con relación a las entrevistas realizadas a los agentes de venta se encuentra en primer lugar que el cliente primeramente trata de definir las posibles ventajas de vivir en un sector definido. En este sentido, las entrevistas dan cuenta de una búsqueda preferente por una casa ubicada en un sector residencial cerrado, con puertas de entrada controladas. En segundo lugar y con igual cantidad de menciones, aparecen dos elementos necesarios para la toma de decisión: la existencia de espacios comunes, proveídos en estos conjuntos en la forma de *club-house*, y por la presencia de elementos de seguridad, proveídos en la forma de rejas, cámaras de vigilancia y guardias privados. Estos son los principales factores para elegir un tipo de lugar en el cual estará ubicada la residencia; claramente se trata aquí de motivaciones por encontrar seguridad para la vivienda y que además provea de espacios recreativos pensados preferentemente para el uso por parte de los hijos de los compradores, quienes esperan que sean utilizados por ellos y no tener que desplazarse por la ciudad para encontrar lugares de esparcimiento.

En tercer lugar, los compradores preguntan por las características paisajísticas del entorno mediato e inmediato a la vivienda. Estas preguntas hacen referencia a la posibilidad –real o imaginaria– de encontrarse en un entorno debidamente urbanizado pero con características que le acerquen a la naturaleza y

que le alejen del “aire sucio, contaminado de Santiago”. Tales elementos son proveídos en forma de amplios jardines y terrenos exclusivamente destinados a la presencia de parques comunes –*club-house*, pequeñas canchas de golf, etc.

En cuarto lugar, se presentan las inquietudes asociadas al resguardo de la intimidad. Los compradores, al mismo tiempo que evalúan los argumentos anteriormente citados, enfatizan en la necesidad de privacidad, manifestada en las preguntas sobre los ruidos que generan los eventuales futuros vecinos y si estos ruidos son audibles desde la casa objeto de negociación. Si bien fue mencionada una sola vez, la necesidad de privacidad visual parece ser una motivación importante para la toma de decisión: uno de los casos de venta exitosa necesitó de cambiar la oferta puesto que la casa inicial estaba suficientemente cerca de tal forma que se podía ver a los vecinos cenando.

Por su parte, los argumentos de venta valorizan tres grandes conjuntos de atributos ordenados según la siguiente jerarquía: la exclusividad, la seguridad y el prestigio. Tal como era posible esperar, para este tipo de oferta, la calidad constructiva no es un argumento diferenciador.

La exclusividad está expuesta por argumentos que enfatizan la dificultad de acceso a tal tipo de vivienda: “mucha gente quisiera vivir acá, pero esto está reservado para nuestros mejores clientes”; “esto es lo mejor de Santiago, sin tener que salir de Santiago, es como estar en una parcela en la ciudad”; o bien enfatizando la distancia de oferta comparable en comunas periféricas: “(...) en Huechuraba podrías encontrar algo parecido, pero queda demasiado lejos”. Al mismo tiempo, la exclusividad hace referencia a vivir en un lugar “limpio, con aire limpio”, evento al cual no tendría acceso la mayor parte de los habitantes de Santiago. En el hecho, parece ser que el acceso a aire no contaminado no es un derecho sino un bien exclusivo para quienes pueden pagarlo.

La seguridad está expuesta por argumentos que enfatizan la existencia de sistemas de seguridad, cámaras, accesos controlados y guardias. Sin embargo, 5 de los entrevistados agregan que el barrio y/o la comuna son seguros por la dificultad de acceso sin automóvil. Llama la atención que ninguno de los argumentos expuestos mencione a los sistemas públicos de seguridad, ya sean estatales o comunales.

El prestigio ha sido diferenciado de la exclusividad en la medida que parece ser una consecuencia de ésta. Los argumentos señalan principalmente el tipo

de mensaje que se le envía a conocidos y familiares cuando se vive en la comuna/sector que se puede resumir en términos de estar viviendo en un sector donde vive gente tradicional y exitosa, mucho más que el promedio.

Resulta curioso el hecho de que en dos casos, ofertas comparables en Huechuraba fueron desechadas por los compradores aduciendo los rangos de valores de las viviendas vecinas: prefirieron comprar en el condominio de mayor precio promedio incluso a costa de menor metraje, tanto de terreno como de construcción. Con la cantidad de información con la que contamos, sin poder acceder a la fuente primaria, sólo es posible plantear hipótesis: a) los eventuales vecinos son mejor estimados dado su mayor poder de consumo; b) la calidad constructiva del entorno no era satisfactoria para los compradores.

A modo de discusión:

Los resultados muestran que las participantes del estudio evalúan positivamente su lugar de residencia en un nivel general en la medida en que no integran algunos elementos propios de la comuna. Tales elementos son las poblaciones de menores ingresos cercanas al lugar de residencia, lo que sugiere un ejercicio inconsciente de mantención de la identidad. Este fenómeno se puede interpretar desde la teoría de la disonancia cognitiva (Festinger, 1958): como las participantes no pueden modificar el objeto, es decir no pueden alejarse físicamente de estos asentamientos, modifican las actitudes frente al objeto al no integrarlos al mapa del propio territorio. En este sentido, la ubicación de los hogares en barrios enrejados y protegidos puede ser interpretada como un factor facilitador de este proceso. Sin embargo sí son reconocidos como parte de la cercanía otros elementos como el mall del sector, instalaciones de colegios, estaciones de servicio y clínicas privadas, elementos familiares en la representación del espacio de las participantes.

Ahora bien, cabe preguntarse lo que hay de afectivo en la noción de “familiaridad”. Algunas investigaciones clásicas sugieren que la valencia de los objetos afecta al modo de percepción, por ejemplo, Bruner (1947) demostró que los niños pobres sobreestiman el tamaño de las monedas; y el clásico estudio de Beloff (1961) en que las caras se perciben más próximas en las fotografías cuando se trata de personas queridas y familiares. Sin haber medido la valencia en este estudio, sí es posible discutir la inclusión o exclusión de algunos elementos desde esta perspectiva. En este caso, claramente se deja fuera del ám-

bito de la familiaridad a un sector de la comuna que no comparte los atributos necesarios para ser incluidos en el mundo representacional de las participantes cuando tienen que describir el propio lugar de vida. Analizando los mapas, no es posible afirmar nada relativo al conjunto de las relaciones sociales. Sin embargo sí es posible afirmar que aparecen, y claramente delimitados, los conceptos de vecindad homogénea (individuos que pertenecen al mismo grupo y que viven del mismo modo que el sujeto interrogado) y la unidad de vecindad, concepto próximo al que el urbanista designa como “barrio”. De este modo podemos constatar cómo cada una de las participantes se siente incluida en la comunidad: definen a quiénes consideran sus pares, al mismo tiempo a quiénes no lo son, y qué necesidades satisface el lugar de vida.

El análisis de la estimación de la distancia entre dos puntos de referencia en la ciudad respecto de otro fijo, cercano y conocido, indica que, tal como había sido previsto, se estima como más lejano el punto de la ciudad peor evaluado y más cercano el mejor evaluado. Lo interesante es que uno de los factores que inciden en la estimación de la distancia entre dos puntos cuando no se conocen datos objetivos es la familiaridad con el trayecto. Si bien las participantes logran ubicar de manera razonablemente correcta la ubicación de la Toma de Peñalolén y del Parque Forestal, efectivamente trazan las vías que conectan al parque con el mall y no es el caso para la toma. Este dato no sólo señalaría la menor familiaridad con el primer sector y mayor con el segundo (Canter, 1977), además sugiere que las participantes gradúan el nivel de proximidad en función de la cantidad y calidad de atributos compartidos por los lugares y sus habitantes.

Ya sea explicado por un proceso cognitivo, actitudinal o por simple familiaridad, lo que se observa en el grupo investigado es que la distancia social percibida se manifiesta tanto en la distorsión de la distancia física como en el modo de simbolizar la ciudad, como un agregado de centros distribuidos en un territorio y no como una estructura continua. Aparentemente entonces, es posible interpretar la “agorafobia”, el fenómeno de limitar los desplazamientos, como el hecho de sentirse socialmente distante. No es necesario profundizar demasiado para contestarse ¿a quién frecuento? Sencillamente a quienes nos vemos obligados a ver (por razones laborales por ejemplo) y a quienes nos interesa ver (por razones amistosas, por ejemplo).

Este argumento encuentra sustento en un estudio de Orleans (1973), que comparó las representaciones de Los Ángeles elaboradas por sujetos pertene-

cientes a distintos grupos sociales y demostró que los sujetos que tienen contactos sociales más amplios son capaces de representarse toda la región de Los Ángeles. En cambio, los que tienen una vida social más restringida, sólo gozan de la visión clara de una parte limitada de esa megalópolis. Dados los datos disponibles, en este caso es posible inferir que uno de los modos de inclusión de las participantes en su vida comunitaria es a través del acceso a los servicios y el comercio, que, si seguimos los datos entregados por Orleans, parecen ser satisfechos en el propio sector de vida. Sin embargo, habría sido interesante explorar los viajes asociados a actividades informales (reuniones familiares, amistosas) para explicar la relativa simpleza para representar las vías principales de los mapas de la ciudad.

Si asociamos atributos con estimación de distancia, el principal motivo que explicaría la distancia es la inseguridad asociada a los lugares, factor reconocido como atributo estable y permanente (Toma de Peñalolén) o accidental, asociado a la presencia de sujetos indeseables (Parque Forestal). En este caso, además, probablemente este conocimiento acerca de los lugares sea conocimiento estereotipado que sirve para mantener la coherencia identitaria (“yo vivo entre iguales”) situando en otros sectores de la ciudad aquellos atributos indeseados y que no forman parte de tal identidad. En general, lo que se puede afirmar es que a más cantidad de atributos compartidos, menor es la distancia percibida y viceversa. Un estudio mayor permitiría realizar un análisis factorial de los atributos de tal forma de discriminar aquellos atributos más asociados a la percepción de lejanía y cercanía, tanto social como física.

En este sentido, los resultados obtenidos del análisis de los argumentos de venta y elección reproducidos por los empleados entrevistados de tres agencias inmobiliarias resultan coherentes con la hipótesis de la coherencia identitaria en la medida en que se busca la diferenciación del otro mediante la elección de un lugar de vida cuyo simbolismo a priori permite el doble proceso de identificación y diferenciación social sin necesidad de interactuar con un otro. Esto que sugiere la existencia de una comunidad simbólica cuya identidad se basa en ciertos valores compartidos que promueven la posibilidad de excluir al otro económicamente (precio del bien), físicamente (barreras y seguridad privadas) y diferenciarse del otro dado el acceso a bienes no compartidos (aire limpio, ambiente “natural” en la ciudad”).

Dados los resultados, no es posible concebir los espacios de borde como posibilitadores de integración (Bhabba, 1994; Sabatini, 2000). Al menos para

el grupo de participantes, los espacios que limitan con zonas o sectores más pobres y postergados aparecen como límites difusos y asociados al sector no integrado en la propia imagen de la comuna. Si fuese posible hablar de espacios de borde, necesariamente tendría que ser en otras circunstancias. Una explicación es el tamaño limitado de la muestra y su relativa homogeneidad interna. Otra explicación para la ausencia de espacios de borde en los mapas es que la integración se realiza entre otros grupos sociales, probablemente individuos más jóvenes. Una tercera alternativa es la elección de la comuna estudiada: hay comunas social y espacialmente mucho más complejas en las que los espacios de borde serían mucho más numerosos, por ejemplo La Florida, lo que implicaría mayores probabilidades de integración.

Así, los resultados sugieren la comprensión del fenómeno del espacio de borde como un espacio utilitario para la coherencia identitaria de los individuos. En este caso, en que la segregación espacial es tan notoria, no es necesario un espacio que delimite el territorio propio del territorio del otro. En otros casos, es posible que la densidad o cercanía física obligada requiera de la construcción –real o simbólica– de espacios de transición en los cuales se dé el intercambio social sin necesidad de integración; para eso está la frontera.

Ahora bien, si el encontrado fuera el patrón valórico y relacional típico para los habitantes de Santiago, estaríamos ante el caso de una ciudad que se extiende infinitamente en cuanto las condiciones económicas lo permiten: grupos de personas que construyen sus lugares de vida alejándose de los otros todo lo posible, siempre y cuando el mercado siga operando libremente. Dado que en sociedades desiguales el mercado tiende a demandas desiguales y segrega estas demandas en los espacios, se crean guetos de ricos, de pobres, áreas funcionales, parques tecnológicos, etc. (Borja, 2003); y operando a largo plazo desde esta lógica, terminará de corroer el tejido social de la ciudad.

Finalmente queda lugar para una reflexión. Preguntarse por los sitios escogidos para instalar la propia residencia y por el proceso evaluativo y perceptivo asociado, no es exactamente lo mismo que preguntarse por aquellos sitios de los cuales tal elección se aleja. Específicamente se trata de proponer una línea complementaria de investigación cuyas resonancias académicas y pragmáticas son evidentes desde la perspectiva de la identidad y que será expuesta a continuación.

Es perfectamente sostenible que existen ciertos hitos arquitectónicos asociados simbólicamente a la construcción de la nación chilena: la Plaza de Armas,

el palacio de la Moneda, el palacio de Tribunales, el cerro Santa Lucía y sus intervenciones, las casas centrales de las universidades de Chile y Católica, además de otros que constituyen barrios completos (Concha y Toro o el centro de la ciudad en general, por nombrar sólo algunos). En otras palabras, la pregunta elemental y simple es ¿de qué se alejan los habitantes de la ciudad (quienes tienen la real posibilidad de optar, más allá de la mejor oportunidad representada por los diferentes subsidios)? Aparentemente, la dirección indica una tendencia al alejamiento de aquellos elementos que relacionan a la ciudad con su historia, por lo tanto con la posibilidad de construir una identidad común al santiaguino, promoviendo el desarrollo de sub-identidades extremadamente localizadas.

Si se verifica esta tendencia, entonces estaríamos frente a un proceso particularmente desafiante para los encargados de la gestión territorial. Por mencionar un solo ejemplo, las campañas de sensibilización y comunicación con el fin de promover acciones y conductas pro-ambientales en la ciudad, tendrían que responder a tal lógica, por lo tanto, no se podría hablar de acciones para proteger el estado de la ciudad sino más bien el del barrio o, en el caso más extenso, el de la comuna. Sin embargo este es un problema que falta identificar y estudiar con precisión.

Bibliografía

Álvarez, M., Muzzo, S., Ivanovic, D. (1985). "Escala para medición del nivel socioeconómico en el área de la salud". *Revista Médica de Chile*, 113, pp. 243-249.

Bhabha, Homi, (1994). *The Location of Culture*. Londres: Routledge.

Blumer, H. (1969). *Symbolic Interactionism. Perspective and method*. Englewood Cliffs, Prentice Hall.

Borja, J. (2003). *La Ciudad Conquistada*. Alianza Editorial. Barcelona.

Bruner, J. S. y Goodman C. C. (1947). Value and need as organizing factor in perception, *J. of Social Psychology*, núm. 27, pp. 203-208.

Ducci, María Elena (2000). Santiago: territorios, anhelos y temores. Efectos sociales y espaciales de la expansión urbana. *EURE (Santiago)*, vol. 26, no. 79, p. 5-24. ISSN 0250-7161.

(2002). Área urbana de Santiago 1991-2000: expansión de la industria y la vivienda. EURE (Santiago), vol. 28, no. 85, p. 187-207. ISSN 0250-7161.

García, I., Giuliani, F. y Weinsfeld, E. (1994). El lugar de la teoría en Psicología Social Comunitaria: Comunidad y Sentido de Comunidad. En M. Montero (coord.). Psicología Social Comunitaria. México. Universidad de Guadalajara (75-102).

Hunter, A. (1987). The Symbolic ecology of suburbia. En Altman y Waserman (Eds.). Neighborhood and community environments. Human Behavior and Environment, vol. 9. New York; Plenum Press (191-219).

Jacobs, J. (1992). The Death and Life of Great American Cities. New York: Vintage Books [1961].

Lalli, M. (1988). Urban Identity. En Canter, D. (eds.). Environmental Social Psychology. NATO ASI Series, Behavioral and Social Sciences. Países Bajos.

(1992). Urban related Identity: Tehory, measurement and empirical findings. Journal of Environmental Psychology (285-303).

Lévy-Leboyer, C. (1985). Psicología y Medio Ambiente. Ediciones Morata, Madrid.

Low, S. (2003). Behind the Gates: life, security, and the pursuit of happiness in Fortress America. New York: Routledge.

Marcuse, P. (1997). "The Ghetto of Exclusion and the Fortified Enclave: New Patterns in the United States". American Behavioral Scientist special issue, "The New Spatial Order of Cities" 41(3): 311-326.

Montero, M. (1994) (coord.). Psicología Social Comunitaria. Universidad de Guadalajara.

Moreno, E. y Pol, E. (1999). Nociones Psicosociales para la Intervención y Gestión Ambiental. Monografías socioambientales Universidad de Barcelona. Vol. 14. ISBN 84-475-2295-4.

Moyano, E. (1991). Calidad Ambiental en Santiago: acerca de la necesidad de una aproximación psicosocial e integrativa. Psicología y Ciencias Humanas, vol.1, 42-53- Universidad Central de Chile.

Proshansky, H. M., Fabian y Kaminoff (1982). Place Identity: Physical world socialization of the self. Journal of Environmental Psychology 3 (57-83).

Sabatini, Francisco (1998). "Transformación urbana y dialéctica entre integración y exclusión social; Reflexiones sobre las ciudades latinoamericanas y notas sobre Santiago de Chile". Documento del Instituto de Estudios Urbanos, N°19. P. Universidad Católica de Chile.

(1999). "Tendencias de la segregación residencial urbana en Latinoamérica: Reflexiones a partir del caso de Santiago de Chile". Documento del Instituto de Estudios Urbanos, N° 29. P. Universidad Católica de Chile.

(2000). "Reforma de los mercados de suelo en Santiago, Chile: efectos sobre los precios de la tierra y la segregación residencial", en *Eure* Vol. XXVI, 77.

Salcedo, R. (2002). "El espacio público en el debate actual: Una reflexión crítica sobre el urbanismo post-moderno". *EURE* (Santiago), vol. 28, no. 84, p. 5-19. ISSN 0250-7161.

Tajfel, H. y Wilkes, A. L. (1963). Quantitative judgment in social perception, *British J. of Psychology*, núm. 50, pp. 16-29.

Tajfel, H., Flament, C. et al. (1971). Social categorization and intergroup behavior, *European J. of Social Psychology*, núm. 1, pp. 149-178.

Tajfel, H. y Wilkes, A. L. (1963). Classification and quantitative judgment, *British J. of Psychology*, núm. 54, pp. 101-114.

TERCER CAPÍTULO

IDENTIDAD Y REALIDAD SOCIAL

Trauma Psicosocial: Algunas Reflexiones

Elizabeth Lira*

Introducción

En el puente Manuel Rodríguez del río Mapocho, en la ciudad de Santiago, hay un mural formado por placas de cerámica con los rostros de cientos de detenidos desaparecidos. Esas imágenes de mujeres y hombres dejaron en un momento del tiempo sus ojos y su sonrisa antes de haber sido hechos desaparecer. Son los rostros que sus familiares han conservado y los han acompañado en todas las manifestaciones públicas preguntando incansablemente: ¿Dónde Están? Búsqueda infructuosa. Pregunta sin respuesta. Aunque las imágenes se harán borrosas, la pregunta se ha instalado en la sociedad y en los tribunales de Justicia hasta que sea respondida. Esos rostros conservan en ese muro un pedazo de la memoria de Chile¹³.

Los detenidos desaparecidos permanecen desaparecidos en su mayoría hasta hoy. Inicialmente negados como detenidos y después tratados ambigualmente como presuntos desaparecidos, hoy se ha configurado judicialmente que fueron detenidos sin orden judicial y hechos desaparecer después de ser asesinados. Las personas que los amaban vivieron por décadas temiendo que estuvieran con vida sufriendo en condiciones terribles y con la angustia infinita de que, con el paso del tiempo, ya no era posible sino esperar su muerte. Los detenidos desaparecidos constituyen y simbolizan el trauma político de la sociedad chilena.

La Comisión de Verdad y Reconciliación en 1991 los identificó por sus nombres y entregó en muchos casos las circunstancias en las que desaparecieron. Sin embargo, se han mantenido anónimos por décadas. Las autoridades res-

* Presidenta del Consejo Superior de FONDECYT (2005) y Docente Universidad Alberto Hurtado

¹³ El "Muro de la Memoria" fue inaugurado en el puente Bulnes en Santiago, en julio de 2001. Fue confeccionado por los fotógrafos Claudio Pérez y Rodrigo Gómez mediante placas de cerámica cocida y emulsionadas, grabadas fotográficamente con las imágenes de 930 de los desaparecidos detenidos durante el régimen militar.

ponsables de la detención negaron haberlos secuestrado; enterraron sus cuerpos y los removieron años después para que no pudieran ser encontrados; los dinamitaron y confundieron para que no pudieran ser identificados. Ocultaron sus restos y la información acerca de su paradero final ha sido confusa. El informe de las Fuerzas Armadas acerca del paradero de 200 detenidos desaparecidos entregado en enero de 2001, confirmó la responsabilidad de agentes del Estado en su secuestro y asesinato. Indicó que muchos de ellos fueron lanzados al mar, pero los errores del informe mantuvieron a las familias en la incertidumbre y la desconfianza, reactivando la angustia y el temor experimentados durante tantos años (Lira y Loveman 2005). Sus familiares y los organismos de derechos humanos han exigido conocer su paradero y su destino final, exigiendo también la identificación de los restos encontrados, para poder finalmente darles sepultura. Pero la identificación de más de 40 desaparecidos entre cerca de 200 entregados a sus familiares para ser sepultados, fue cuestionada en 2006 y con ello se reabrió la incertidumbre y la angustia de todos, como si la pesadilla volviera a empezar¹⁴. Sin embargo, decir “desaparecer” es casi un eufemismo. Fue un asesinato que pretendió ser un crimen perfecto, sin evidencias y sin huellas y, paradójicamente, ha mantenido la huella del terror hasta el presente. En la desaparición ha quedado expuesta de manera dramática la imposibilidad de cerrar privadamente una historia cuyo origen político era innegable y cuyas consecuencias eran además de políticas, muy personales, para hijos, padres, parejas, hermanos, amigos y compañeros.

La existencia de miles de desaparecidos es una tragedia que compartimos con muchos países en América Latina y que se ha prolongado por décadas. Es el resultado de la guerra sucia en el marco de la guerra fría. En ese contexto, los conflictos políticos caracterizados por la existencia de visiones distintas y en muchos casos antagónicas sobre el proyecto de sociedad y sobre el bien común generaron una polarización ideológica y política extrema, agudizada por las condiciones económicas y políticas de exclusión de las mayorías. En el marco ideológico de la guerra fría se demonizó a la izquierda política y se

¹⁴ Se trata de los detenidos desaparecidos sepultados en el patio 29 como NN. Muchos de ellos, identificados desde 1991, fueron entregados a sus familiares y fueron sepultados. Un informe del Servicio Médico Legal cuestionó esas identificaciones, generando una crisis del servicio, el que fue intervenido para su reorganización (mayo 2006). Se estableció que la identificación de los detenidos desaparecidos tenía requisitos científicos y tecnológicos del más alto nivel y se nombró una delegada de la Presidenta de la República, Michelle Bachelet, para garantizar esas condiciones en el proceso de identificación de los detenidos desaparecidos en el futuro.

instaló la represión despiadada de sus partidarios para eliminar sus ideas. La tortura, las ejecuciones, asesinatos y desapariciones fueron los métodos habituales de los regímenes dictatoriales. En Chile, la ruptura se produjo en 1973 con el golpe militar que derrocó al gobierno constitucional de Salvador Allende. Se declaró el estado de guerra mediante el decreto ley N° 5. El conflicto social se definió como una guerra y se reprimió mediante una política sistemática de violación de los derechos humanos. Decenas de miles de personas fueron torturadas. Más de cuatro mil fueron ejecutadas o desaparecieron. El exilio de miles fue un relato abierto de la tragedia del país más allá de sus fronteras.

La polarización ideológica de los años 70' era el resultado de las identificaciones políticas, sociales y emocionales con las ideologías y los valores que parecían mover las raíces del conflicto, así como con las prácticas cotidianas que construían sentidos y vínculos entre sus participantes. ¿Qué pasó con todo ello? La identificación con un proyecto político entendido como un proyecto de "bien común", especialmente entre los jóvenes, derivó durante la dictadura en la constatación permanente de que la participación política tenía como contraparte el riesgo de muerte, de desaparición y de tortura. Durante la supresión represiva de las ideas (sustentada entre otras cosas por la extensa censura de los medios de comunicación) la actividad política se redujo a un mínimo. Se hizo clandestina durante casi una década. Para algunos continuaba como un compromiso con una "causa" que daba sentido a la vida, configuraba su proyecto vital y tenía tal significación que las personas estaban dispuestas a dar la vida por aquello en lo que creían. El régimen militar etiquetaba esta opción política como "ideas foráneas", como "la causa del comunismo internacional", y del "marxismo". La represión ejercida se justificaba como una "guerra justa" contra los enemigos internos de la patria, legitimando el poder de matar (eliminar, asesinar, exiliar, hacer desaparecer) a esos enemigos en nombre de la seguridad nacional. Las contraposiciones valóricas, las identificaciones emocionales y el discurso político de unos y otros, mantenía la noción de que la vida de unos dependía de la muerte de los otros en forma simbólica o literal, sin que necesariamente la resistencia política se identificara únicamente con la vía armada, sostenida por algunos grupos.

Las secuelas del miedo

Las dictaduras en América Latina generaron impactos variados sobre la sociedad, que afectaron no solamente al sector considerado directamente como

“enemigo”. La vivencia de miedo e inseguridad se fue extendiendo a distintos grupos. La suspensión de los derechos y garantías de las personas bajo diversos estados de excepción reforzaba esta inseguridad.

Ese largo período de temores e incertidumbres llegó a su fin. Al término de la dictadura se iniciaron los llamados a la reconciliación política desde diversos sectores políticos. Se promovían grandes acuerdos sobre propuestas más o menos ambiguas que promovían el olvido y la supresión del pasado, indicando tácita o expresamente que la paz social requería dar por superado el conflicto. Según esos planteamientos, la gobernabilidad dependía de que los crímenes fueran amnistiados quedando en la impunidad. Estas demandas eran resistidas (y siguen siendo resistidas) por los sectores que han creído y han trabajado por la verdad y la justicia como condiciones de la paz social. Esta controversia no ha terminado. La detención de Augusto Pinochet en 1998, en Londres, hizo emerger la polarización y la conflictividad que parecía haber desaparecido en la sociedad chilena. Fue el resultado de la resistencia a la impunidad. Las reacciones de todos los sectores hicieron muy visible la división del país en relación con los crímenes del pasado y respecto a las condiciones de la convivencia democrática del futuro.

Es importante recordar que los estados de excepción constitucional permiten la suspensión de los derechos de las personas en un contexto de medidas represivas perentorias y castigos inmediatos. La indefensión legal generó miedo e inseguridad. La expansión del miedo se producía ante la percepción de que no había sanción para quien transgredió la ley y violó los derechos de las personas en nombre del Estado (por lo menos no había sanción inmediata y no parecía haberla en el futuro, ya que muchos de los responsables fueron premiados y ascendidos) y los individuos se percibían a sí mismos en total indefensión, quedando a merced de una autoridad arbitraria que no se regía en esos asuntos por la ley.

Al decretarse el estado de sitio como estado de guerra (guerra civil, guerra sucia) el 11 de septiembre de 1973 la impunidad de los responsables se amparaba en la justificación de sus actos en nombre de la salvación de la patria, aunque los actos cometidos fueran transgresiones a los convenios internacionales suscritos desde 1951 que establecían el respeto a la vida y garantizaban los derechos de los prisioneros “enemigos” (Convenios de Ginebra). Por lo mismo, sufrir la tortura y la muerte parecía depender de circunstancias arbitrarias y azarosas.

El miedo se sustentaba en la percepción de que cualquiera podía ser una víctima. Sin embargo, si se analizan los informes de las comisiones de Verdad y Reconciliación (90-91) y de Prisión Política y Tortura (2003-2005), la descripción de quienes fueron las víctimas deja en claro que se procedió de manera selectiva apuntando a los dirigentes políticos, sociales y sindicales de todo el país y que no puede afirmarse que la represión política fue arbitraria sino que se llevó a cabo de acuerdo a criterios establecidos previamente que empezaron a operar el mismo 11 de septiembre de 1973 en todo el país.

Los opositores experimentaban temor ante la vulnerabilidad ilimitada que provenía de su condición eventual de “enemigo”. Como se ha observado, la categoría “enemigo” se podía expandir hasta incluir a cualquiera. Eran sospechosos de ser enemigos los jóvenes porque eran jóvenes o por su apariencia; los pobres por sus carencias, su modo de vestir y hablar..., pero cualquiera podría ser calificado como colaborador o cómplice del enemigo en un momento determinado, sin más elementos que la sospecha que motivaba una decisión de alguien revestido de autoridad.

En cierta forma se pueden describir capas distintas de vulnerabilidad, tal como mencionara Bertold Brecht al identificar las distintas categorías de enemigos perseguidos, indicando que siempre eran “otros”, lo que dejaba indiferentes a los que no se sentían incluidos en ellas, hasta que llegaron “a mí”. Esa expansión mantiene el miedo, generando incertidumbre sobre el futuro y sobre el control de la propia vida; al mismo tiempo, debilita la capacidad de identificar las amenazas, produciendo grados crecientes de inseguridad. Es lo que se puede observar en los resultados de las encuestas de opinión pública que se hicieron en Chile desde el año 88, en las que se empieza a tomar en cuenta el factor del miedo y su influencia en la conducta de las personas, expresándose además como temor al cambio. Esta realidad facilitaba que el solo intento de cambio pudiera ser definido como “subversión contra el régimen vigente”, o que el cambio por sí mismo fuese identificado con el riesgo de “caos”, apelando a la irracionalidad. El miedo se mantuvo de manera activa o latente; percibido por algunos sectores de la sociedad o por todos en distintos momentos (Lira y Castillo, 1991). Desde entonces hasta el tiempo presente la “inseguridad” ciudadana se superpone como una nueva capa geológica a las vulnerabilidades e inseguridades del pasado situadas en la agresión intempestiva y en la violencia.

Identidad, pertenencia, exclusiones e inclusiones

Aspectos esenciales de la propia identidad –valores, sentidos y proyectos– fueron arrasados durante la dictadura; los compromisos sociales y políticos plurales no tenían lugar, menos aún si su horizonte era el cambio social. Los componentes de la identidad nacional fueron redefinidos de manera excluyente en relación con las mayorías. La nacionalidad entendida como la pertenencia a la nación, inherente a la condición de nacer en el territorio nacional y de vivir en él no es cuestionada ni reflexionada hasta el momento en que está en riesgo. Parece un “derecho natural”. No obstante, la Junta militar entre 1975 y 1977 privó de la nacionalidad a 9 chilenos considerándolos una amenaza para la seguridad nacional; impidió el ingreso al territorio nacional a miles que estaban en un listado (letra L en el pasaporte). La autoridad podía definir como no chileno y enemigo a cualquier ciudadano, que luego podía ser transformado en objetivo de represión, como ocurrió con el ex canciller Orlando Letelier, privado de la nacionalidad chilena poco antes de ser asesinado en Washington en 1976 (Lira y Loveman, 2005). Precisamente por ello, esta pertenencia se pudo vivir como una vulnerabilidad crítica cuando se puso en cuestión. Si la pertenencia podía ser arrebatada arbitrariamente a algunos bajo la forma de pérdida de nacionalidad y para miles como prohibición de ingreso o expulsión del país, ¿cuántos más podrían ser afectados? Simultáneamente la nación chilena estaba dividida, fragmentada no solamente por causas políticas sino por las profundas diferencias sociales y económicas.

¿Qué significa ser chileno, ser chilena? ¿Ser ciudadana o ciudadano? ¿Quiénes eran y son los excluidos? La inclusión política masiva se verificó en la inscripción en los registros electorales y en la participación mayoritaria en el plebiscito de 1988, oportunidad en la que se produjo la mayor inscripción y la abstención electoral más baja en comparación con las elecciones posteriores. Sin embargo, la inclusión es precisamente uno de los temas complejos de la transición, no solamente en relación con la participación electoral sino con la participación social y política efectiva. Es importante subrayar que en Chile no hubo una guerra civil en 1973. Tampoco hubo un movimiento guerrillero como en El Salvador o en Guatemala. Hubo una resistencia política que permitió configurar diversas formas de oposición, inicialmente derivadas de la coalición derrocada para finalmente formar la alianza política que ha gobernado hasta hoy.

No obstante, como se dijo anteriormente, del mismo modo como ocurrió en el pasado remoto con los conflictos políticos, se iniciaron llamados a la reconciliación al fin de la dictadura (Loveman y Lira, 2002). Y como en el pasado remoto y en el pasado cercano, se pudo observar una tendencia a simetrizar y homologar las situaciones de unos y otros (víctimas y victimarios) como si todos fueran igualmente víctimas del conflicto, diluyendo las responsabilidades individuales morales y políticas, y buscando alguna recomposición de la convivencia política. Las amnistías generales para todos los involucrados, como se hacía en el pasado, ha sido pregonada una y otra vez, como condición de paz social. Se ha señalado que esa paz depende de congelar el conflicto y decretar la impunidad para todos.

El exorcismo basado en la impunidad “equitativa” podría reducir la percepción de la fractura de la pertenencia y garantizar alguna forma de inclusión de los vencidos. Pero, al mismo tiempo, cabe hacerse la pregunta: ¿No será ésta una falsa percepción? La inclusión de los vencidos en el pasado dependía de la impunidad completa de todos. Sin embargo, aunque las exclusiones ideológicas son transversales en la sociedad, las consecuencias de estas se manifestaron, entre otras cosas, en la imposibilidad de continuar y terminar los estudios, en la pérdida del empleo y de los derechos previsionales, en la marginalidad laboral y social, así como en el acceso a la vivienda, es decir en una pérdida económico-social que tuvo efectos devastadores en los sectores más pobres, destruyendo principalmente las redes sociales que constituían un soporte fundamental para su inserción social y laboral. Teniendo presente estos antecedentes, ¿qué significa en esta sociedad “estar en casa”, “sentirse en casa”, pertenecer? Constatamos dificultades culturales para la inclusión de todos, especialmente de quienes son diferentes, cualquiera sea esa diferencia. Pero también limitaciones estructurales que condicionan las formas de inclusión. Es un tema abierto a la reflexión desde los sujetos que se sienten excluidos y desde las políticas sociales que se proponen incluirlos.

Trauma Psicosocial

Al enmarcar lo que se ha dicho hasta aquí en la caracterización de trauma psicosocial que hizo Ignacio Martín Baró s.j. a fines de los 80' (Martín Baró, 1990), es importante recordar una de sus observaciones más relevantes para este análisis. Subrayaba que el impacto de los conflictos y de la represión

política es diferenciado dentro de la sociedad, no solamente desde la perspectiva de las víctimas y los victimarios. Esta diferencia se hace evidente en las consecuencias concretas y en los juicios que las personas se forman sobre la situación. Confirmando esa apreciación, se puede constatar por ejemplo cómo para algunos el régimen militar fue y es sinónimo de tranquilidad, de una vida relajada y positiva; para otros era y es sinónimo de inseguridad, de desempleo, de persecución y muerte. Cada cual fundamenta su juicio y su actitud ante el pasado conflictivo de acuerdo a su exposición y participación en el conflicto. Las experiencias son diversas y los juicios expresan nítidamente la polarización experimentada durante el conflicto, concluyéndose que no se ha alcanzado una visión común y compartida sobre ese pasado, no solamente por diferencias ideológicas, sino también porque estamos cruzados por distintas formas de fragmentación desde entonces y, para muchos, aun desde antes. Esta percepción confirma la persistencia de la rigidización de las relaciones sociales que estuvo en el origen de la fragmentación y la desconfianza. Estas, a su vez, se refuerzan por las exclusiones sociales y económicas que se atribuyen finalmente al mercado.

En el año 1998, el estudio hecho por el PNUD sobre Desarrollo Humano puso énfasis en el tema de la seguridad humana, observándose una acumulación de miedos y su peso en la historia y en la memoria de los chilenos. Apareció el miedo a la política, caracterizada como un cataclismo que destruye los sacrificios de años (PNUD Informe Desarrollo Humano en Chile, 1998). Entonces cabe preguntarse: Si la educación no logra ser una herramienta para la inclusión; si el empleo se hace inestable y deja de tener la función de inclusión social; ¿qué está ocurriendo? ¿Se trata de una sociedad que excluye de manera diferenciada y permanente a grupos importantes de la sociedad y sin embargo, no sólo tiene un discurso, sino que tiene prácticas institucionales destinadas a la inclusión efectiva que son todavía insuficientes para algunos sectores?

Pablo [Valdivieso] lo decía antes. La dificultad de los jóvenes para sentirse parte de esta sociedad, que se manifiesta en que no se inscriben en los registros electorales y mantienen su exclusión, al menos electoral. Y la pregunta subyacente que parece explicar su conducta es: ¿para qué tendrían que participar electoralmente? ¿Qué se les ofrece desde la sociedad para participar en ella?

Comentarios Finales

Creo que es necesario investigar las interrelaciones entre el contexto político y social, la institucionalidad y las disposiciones legales existentes que han construido y reflejado a la vez una cultura de exclusión y una cultura de impunidad. Las consecuencias actuales que se han descrito no solamente pertenecen a los efectos de la dictadura; se inscriben en una historia de casi 200 años. En Chile desde 1810, más precisamente desde 1814, hemos intentado resolver los conflictos políticos por la vía de la impunidad equitativa; es decir, se otorgaba perdón político, jurídico, a veces moral (incluyendo el olvido jurídico, aunque no siempre social), que permitía tener una historia oficial compartida, que soslayaba volver sobre las responsabilidades en el conflicto y en las salidas políticas implementadas. Los conflictos no suelen ser analizados en la historia que estudiamos desde la perspectiva de las responsabilidades en las modalidades de resolución, aunque ello constituya la columna vertebral de la estabilidad y de la vida política del país.

La historia reciente tiene, sin embargo, una gran diferencia con el pasado histórico. Las víctimas de la represión política del régimen militar han sostenido batallas judiciales por más de treinta años buscando justicia por los crímenes y violaciones de los derechos humanos. Esta batalla judicial ha obligado a esta sociedad a enfrentar el conflicto del pasado sin poder instalar la modalidad histórica de “borrón y cuenta nueva”. Sin embargo, el peso del pasado y de la modalidad de “impunidad equitativa” se expresa con frecuencia en argumentos tales como: “cerremos los juicios, no sigamos buscando culpables. Nos importa el futuro. Volver al pasado sólo sirve para despertar las odiosidades”, apelando una vez más a la impunidad como fundamento de la paz social.

La psicología ha contribuido a señalar que “echarle tierra” a los problemas, “correr el velo del olvido”, como describía José Donoso en sus novelas, es emocionalmente inútil y los problemas continúan pesando sobre la vida de las personas y de las familias (Donoso, 1978). Por eso nos parece indispensable reconocer el pasado político como algo sucedido y propio, dando lugar a un cierre en términos legales, históricos y políticos cuando el proceso haya sido elaborado en todas sus dimensiones. Pero, a diferencia del pasado, se trata de un cierre que no puede ser decretado por la autoridad. Cuando el Presidente Lagos habló hace quince días diciendo que era importante empezar a cerrar “este tiempo gris y oscuro”, expresó lo que muchos otros políticos antes que

él, desde 1814 en adelante, deseaban y realizaban del mismo modo que él proponía (BBC News, 2005). Todos buscaron cerrar la conflictividad mediante impunidades equitativas bajo la forma de amnistías e indultos aprobados por el Congreso o como resultado de la facultad presidencial de indultar (Loveman y Lira, 1999; Loveman y Lira, 2000).

El peso de esa cultura política es mucho más fuerte de lo que se supone como se puede observar. Tanto en la persistencia de los problemas como en las formas de resolverlos. Todos queremos cerrar los “tiempos grises y oscuros”, pero en un proceso efectivamente democrático se requiere sustentar la elaboración política de este pasado conflictivo en el reconocimiento de los derechos de las víctimas. Se requiere asumir que en una sociedad como la chilena este proceso incluye muchos niveles de elaboración psicológica, cultural y política que ya no dependen únicamente de la voluntad de un presidente ni de las leyes que dicta el Congreso.

Esta sociedad ha construido con mucha dificultad el reconocimiento de los hechos como reales y sucedidos, desde las primeras denuncias ante los tribunales hasta las sentencias judiciales. Desde el registro y denuncia de los organismos de derechos humanos hasta las Comisiones de la verdad sobre las violaciones de derechos humanos. Este consenso político y social sobre la existencia de los hechos ha sido la base para trabajar el significado múltiple y diverso de ese pasado que ha quedado plasmado en la persistencia de la búsqueda de los detenidos desaparecidos. No solamente por el esfuerzo de sus familiares, que sostuvieron su búsqueda a pesar de la negación sistemática de las autoridades del régimen militar indicando que nunca estuvieron detenidos e incluso respondiendo con operaciones comunicacionales, como quedó demostrado con el caso de los 119 (Sepúlveda, 2005). Reconocer que esto efectivamente respondió a la política del régimen militar se hizo recién en el 2001, cuando en el informe de las Fuerzas Armadas al Presidente de la República, en virtud del acuerdo de la Mesa de Diálogo, se hizo el reconocimiento de haber lanzado al mar a 180 detenidos desaparecidos. Este reconocimiento constituye un elemento fundamental para reconstruir la verdad de lo sucedido y es a la vez la confirmación de la realidad para las víctimas. La designación de jueces especiales permitió que el Poder Judicial estableciera que esas acciones fueron delitos; que desaparecer a una persona es un crimen y que hay que reparar a las víctimas y castigar a los culpables. Este ha sido un largo camino, recorrido paso a paso por familiares, víctimas, abogados, periodistas, trabajadores de

derechos humanos y muchos otros, porfiadamente, con limitaciones y tropiezos, hasta lograr que se procesara y sancionara a los responsables de acuerdo a las leyes penales vigentes. En estas acciones se ha buscado de manera práctica y permanente que el orden político y social garantice los derechos de todos, sin exclusiones ni privilegios. Pero estamos todavía lejos de haber completado la elaboración cultural y política del pasado.

Bibliografía

- “Chile recuerda su propio 11-S”. (BBC News). BBCMundo.com, 11 sep. 2005.
- Donoso, José. Casa de Campo, Barcelona, Seix Barral, 1978.
- Informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación. Edición de la Corporación de Reparación y Reconciliación, Santiago, 1996.
- Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, Ministerio del Interior, Comisión Nacional de Prisión Política y Tortura, Santiago, La Nación, 2005.
- Lira Elizabeth y María Isabel Castillo. Psicología de la Amenaza Política y del Miedo. Santiago, Ediciones Chile América CESOC/ILAS, 1991.
- Lira Elizabeth y Brian Loveman. Políticas de Reparación. Chile 1990- 2004. Santiago, LOM, DIBAM, Universidad Alberto Hurtado, 2005.
- Loveman Brian y Elizabeth Lira. Las suaves cenizas del olvido. La vía chilena de reconciliación política 1814-1932: Santiago, LOM, DIBAM, 1999.
- Loveman Brian y Elizabeth Lira. Las ardientes cenizas del olvido. La vía chilena de reconciliación política 1932-1994. Santiago, LOM, DIBAM, 2000.
- Loveman Brian y Elizabeth Lira. El Espejismo de la Reconciliación Política. Chile 1990-2002. Santiago, LOM DIBAM, Universidad Alberto Hurtado, 2002.
- Martín Baró Ignacio. Psicología social de la guerra: trauma y terapia (compilación de textos). San Salvador: UCA editores, 1990.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Las Paradojas de la Modernización. Informe Desarrollo Humano en Chile, 1998.
- Sepúlveda Ruiz, Lucía. 119 de nosotros, Santiago, LOM, 2005.

Televisión e Identidades en el Espacio Público

Víctor Martínez Ravanal*

La TV como principal medio de integración simbólica

En este breve ensayo me propongo analizar el efecto de construcción que ejerce la televisión sobre las identidades de las personas y las comunidades. Me apoyaré para ello en los resultados y datos empíricos producidos por 4 estudios realizados recientemente en Chile¹⁵.

Este análisis del impacto de la televisión sobre las identidades permitirá a su vez ir develando la identidad de la propia televisión como empresa humana.

La TV juega un rol de primera importancia en el proceso de producción de identidades en el espacio social y ello debido a que junto con la escuela, constituye uno de los medios principales de integración simbólica en las sociedades contemporáneas.

Encarnadas en símbolos, nuestras identidades se nutren de material simbólico.

“Para la sociedad y sus miembros –como lo señala Thompson– es cada día más central recurrir progresivamente a los materiales simbólicos transmitidos a través de los medios para formar una identidad coherente sobre ellos mismos” (Souza, Catalán, 1999).

A través de la TV nos informamos sobre los múltiples mundos existentes, los conocemos a través de las imágenes que nos distribuye, e impregnamos así nuestras subjetividades de modelos de comportamiento, de normas y valores, de paisajes y contextos que tal vez nunca viviremos, de puntos de vistas de otras culturas y de otros medios socio-económicos, de objetos de consumo,

* Académico Magíster Psicología Comunitaria. Universidad de Chile.

¹⁵ Estos estudios son: “Identidad y televisión”, María Dolores Souza y Carlos Catalán. www.cntv.cl; “Encuesta nacional de televisión 2005. Principales resultados. Consejo nacional de televisión. Adimark Comunicaciones. www.cntv.cl; “La Pobreza es noticia. Hogar de Cristo, Facultad de Comunicaciones y Letras de la Universidad Diego Portales y la Fundación para la superación de la pobreza”. Noviembre 2005; “Los pobres y la televisión. Una consulta participativa”. Hogar de Cristo y la Fundación para la Superación de la Pobreza. Noviembre 2004.

fantasías, mitos, fábulas, relatos, emociones, sufrimientos, pasiones, creencias, prejuicios y estereotipos, identidades, discursos y representaciones de otros grupos, países, pueblos, comunidades y etnias.

Nuestras subjetividades se pueblan de otros mundos subjetivos objetivados bajo la forma de imágenes, colores y movimientos que descentran nuestras identidades de nuestro entorno local, regional y nacional: nuestras identidades tienen ahora referentes planetarios. Lo que somos ahora debemos serlo en un mundo globalizado.

Esta 'integración blanda' (Hopenhaym, 2005) que practica la TV cala hondo y termina por moldear la estructura de nuestros deseos y pulsiones.

Que la TV sea uno de los principales medios de integración simbólica significa que en esta integración blanda estamos en Chile tanto ricos como pobres, tanto el joven de las comunas populares (donde falla la 'integración dura' o material) como el joven de los barrios altos (donde la 'integración dura' no falla).

¿Cuál es la importancia que tiene la TV en la vida cotidiana de los chilenos?

Destacaremos en este punto dos aspectos. En primer lugar, los chilenos han integrado la TV a sus vidas cotidianas y, en segundo lugar, en los últimos decenios han ido gradualmente mostrando una clara preferencia por los programas nacionales.

Veamos a propósito los datos que nos entrega la encuesta trianual que realiza el CNTV.

Según esta encuesta hecha el 2005, la TV está integrada al mundo cotidiano de los chilenos: el número promedio de televisores en los hogares urbanos es de 2,3. El 79,1% de las personas entrevistadas consume diariamente alrededor de 3 horas de televisión. Estos consumidores miran sobre todos noticieros (56,8%) y telenovelas nacionales (37,8%) (ENTV, 2005).

Para los chilenos, la televisión es mucho más que un medio de comunicación. Según los datos arrojados por esta misma encuesta, si bien para 86,4% de los entrevistados representa la fuente principal de información, el 72,4% percibe la televisión como una fuente de compañía, el 69,4% como fuente de entretenimiento y el 40% como fuente de cultura (ENTV, 2005).

En los últimos decenios se asiste a un crecimiento del consumo de producciones nacionales, lo que se refleja por supuesto en la programación de los canales de televisión abierta:

En 1998, el porcentaje de programación de contenido nacional en las más de 50 mil horas que transmiten las señales abiertas, supera el 60%. Pero este protagonismo que asume la producción nacional es más significativo cuando se analiza el horario prime time. De acuerdo a estadísticas del Consejo Nacional de Televisión durante algunos meses de 1998, en la programación en este horario –cuando están encendidos más del 70% de los televisores– el 81% de los programas transmitidos eran totalmente de producción y contenido nacional (Souza, Catalán, 1999).

Los géneros preferidos son los noticieros, las teleseries, los reportajes, los programas de conversación o los shows nacionales.

Los estudios de audiencia están mostrando la influencia creciente que tiene la programación de la TV en las conversaciones cotidianas de la gente. Así por ejemplo, los profesores de enseñanza básica y media reportan que para entender y participar en los juegos y conversaciones de sus alumnos es necesario conocer lo que está transmitiendo la televisión¹⁶.

A la luz de estos antecedentes Souza y Catalán concluyen que:

“Debemos reconocer que si bien la programación global y extranjera –con su nueva lógica temática y de segmentación– penetra distintos segmentos y mercados de nicho, la televisión nacional se potencia y consolida con una programación que apela a contenidos locales e identitarios masivos de extensa e intensa convocatoria (Souza, Catalán, 1999)”.

Estos mismos autores postulan en su artículo que históricamente la TV ha tenido una influencia decisiva en la conformación de las identidades nacionales. Según ellos, el advenimiento de la televisión ha alterado radicalmente los procesos de construcción de sentido, identidad y pertenencia de los miembros de una sociedad.

“Este rol ha sido particularmente importante en América Latina, donde el cine, la radio y la misma televisión se han constituido en agentes centrales a través de los cuales las personas se representan y se viven a sí mismas como miembros de una comunidad nacional. Aun más: si uno recurre a la literatura especializada que trata de este fenómeno en Latinoamérica, prevalece la opi-

¹⁶ Reporte entregado por profesores que participan en el programa de TV educativa Novasur, del CNTV.

nión que estos medios le habrían proporcionado a los habitantes de distintas regiones y provincias, la primera experiencia masiva y cotidiana de nación, y habrían convertido la idea política de la nación en experiencia y sentimiento" (Souza, Catalán, 1999).

TV y distribución de capital simbólico

Hasta aquí todo bien: la TV ha contribuido y sigue contribuyendo a conformar nuestra identidad como chilenos. Pero la historia no termina aquí sobre esta feliz comunión: al interior de esta identidad compartida (y exponiéndola casi al borde de su debilitamiento) la TV dibuja / refleja un paisaje menos amable de identidades fragmentadas, segmentadas y distanciadas entre sí por una irreducible brecha simbólica. La TV chilena, especialmente la televisión abierta, hace estallar la cálida comunión en torno a la chilenidad (el acogedor y armonioso equilibrio de los mundos compartidos) para dejar al descubierto en su reflejo / construcción de nuestra sociedad un frío ordenamiento desigual y discriminatorio de identidades y alteridades que conviven a duras penas en el espacio social. La TV nos presenta simbólicamente como una sociedad fracturada y fracturadora de identidades y pertenencias.

Es decir, a la desigual distribución de capital económico en la sociedad chilena, la TV le agrega una desigual distribución de capital simbólico. Confirma así simbólicamente la desigualdad socioeconómica.

Veamos ahora lo que nos dicen al respecto los resultados de la encuesta 2005 del CNTV (ENTV, 2005). Examinemos por ejemplo las respuestas que dan los entrevistados al siguiente conjunto de preguntas:

¿Cuáles actores cree usted que reciben demasiado tiempo en la televisión?
¿Y cuáles reciben muy poco?

¿Cuáles actores cree usted que son mostrados mejor de lo que son (favorecidos)? ¿Y cuáles, peor de lo que son (desfavorecidos)?

Los siguientes gráficos ilustran las respuestas de los entrevistados (ENTV, 2005)¹⁷.

¹⁷ La encuesta es aplicada a una muestra de 2.770 casos, hombres y mujeres, ente 16 y 80 años, residentes en los principales centros urbanos del país (Gran Santiago, Antofagasta, Coquimbo, La Serena, Valparaíso, Viña del Mar, Concepción/Talcahuano, Temuco).

Gráfico N°1

Actores que reciben demasiado tiempo en la TV

Mencionados sobre 2%. Base: total muestra, 2770 casos

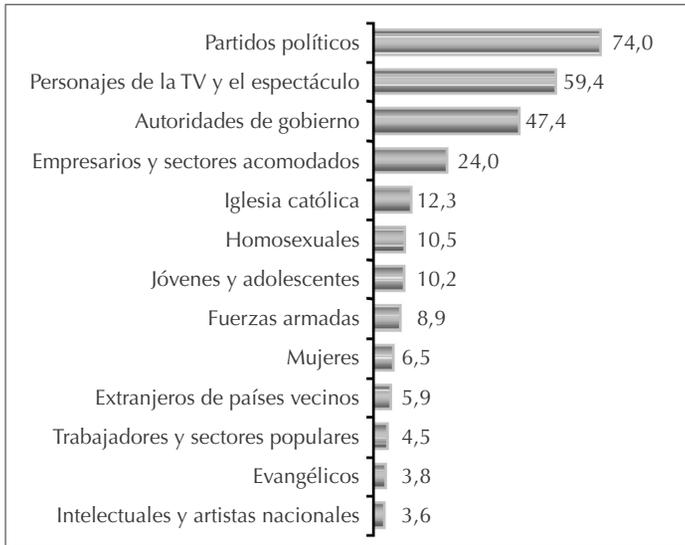


Gráfico N°2

Actores que reciben poco tiempo en la TV

Menciones sobre 2%. Base: total muestra, 2770 casos



Gráfico N°3

Actores favorecidos (mostrados "mejor de lo que son") por la TV

Mencionados sobre 2%. Base: total muestra, 2770 casos

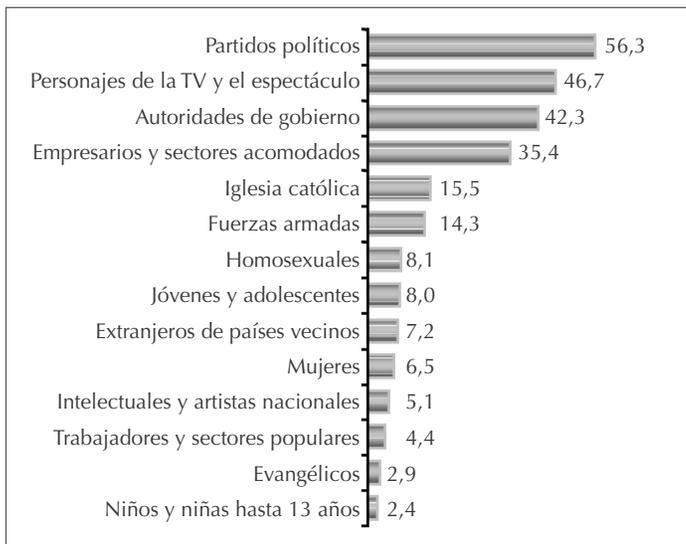
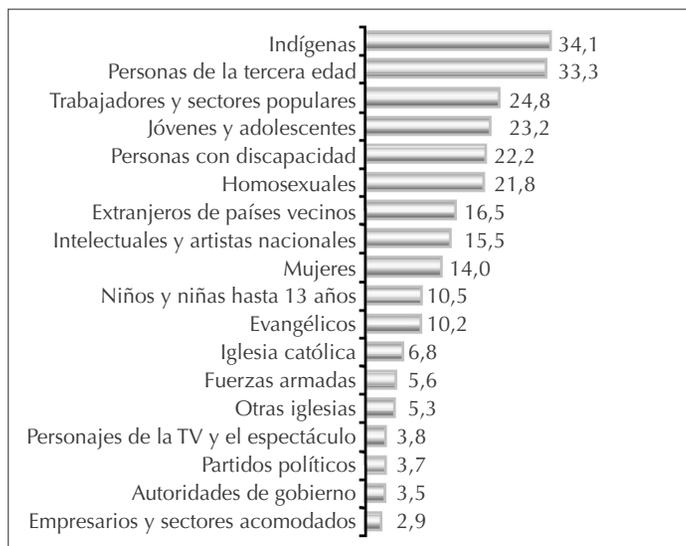


Gráfico N°4

Actores desfavorecidos (mostrados "peor de lo que son") por la TV

Menciones sobre 2%. Base: total muestra, 2770 casos



Según la percepción de los entrevistados los personajes de la TV y el espectáculo (la “farándula”), los partidos políticos, las autoridades de gobierno y los empresarios y sectores acomodados son, por un lado, los actores que tienen demasiado tiempo en la televisión y, por otro, los que son presentados ‘mejor de lo que son’.

Para estos mismos entrevistados, la TV dedica poco tiempo a las personas de la tercera edad, los indígenas, las personas con discapacidad, los trabajadores y sectores populares, al mismo tiempo que los presenta ‘peor de lo que son’¹⁸.

Luego, para situar estos resultados en el registro que hemos venido utilizando en este ensayo, por un lado, la TV construye, fortalece y mejora el capital simbólico de aquellos actores que ya poseen un fuerte volumen de capital global¹⁹ en el espacio social. Este ‘agregado’ de capital simbólico les permite a estas personas desenvolverse aun mejor en este espacio social.

Por otro lado, la TV disminuye drásticamente el capital simbólico de aquellas personas que ya poseen un débil volumen de capital global en el espacio social, lo que contribuye a complicarle aún más las cosas en el plano de su inclusión social.

En otras palabras, por lo menos en el plano simbólico, la TV contribuye a reproducir el estado de cosas existente.

¿Qué pasa con la pobreza y las personas que viven en situación de pobreza?
¿Cómo las trata la televisión?

Patricia Politzer²⁰ a propósito de los resultados de un estudio reciente sobre la pobreza en los noticieros chilenos (HDC, UDP, FSP, 2005) afirma lo siguiente:

“en la mayoría de las informaciones la pobreza se muestra vinculada a la delincuencia, la droga, los desastres naturales o las fallas de una política habitacional que no controla eficientemente la calidad. Son pocas las ocasiones en que la pobreza se asocia a las múltiples iniciativas destinadas a superarla, al emprendimiento y al esfuerzo protagonizados por miles de personas en todo el país” (HDC, UDP, FSP, 2005).

¹⁸ Según la misma encuesta del CNTV, tenemos también otro grupo de actores ‘castigados’ en su imagen por la TV que exhiben porcentajes no despreciables (superiores al 10%): extranjeros de países vecinos (16,5%), intelectuales y artistas nacionales (15,5%), mujeres (14%), niños y niñas (10,5%) y evangélicos (10,2%).

¹⁹ Empleo aquí la noción de capital global en el sentido que la da Pierre Bourdieu en su texto *Raison pratiques. Points. Essais*. Editions du Seuil 1994: la acumulación de capital económico y cultural.

²⁰ Presidente del CNTV.

El estudio diferencia entre noticias centradas en la pobreza y aquellas asociadas a la pobreza, señalando que ambas modalidades contribuyen de forma significativa a moldear representaciones socioculturales en los consumidores de noticiarios.

La mayoría de los hechos de “alto impacto humano” que aparecen en los noticieros de la televisión chilena (tragedias, desastres naturales, delincuencia, narcotráfico) tienen habitualmente como telón de fondo a la pobreza. Los temas predominantes que los noticieros asocian a la pobreza, todos de encuadre negativo, fueron Vivienda (problemas) con un 27,4%, accidentes, tragedias, desastres naturales con un 24%, delincuencia con un 16,1%. El tema con menor presencia fue cultura con un 0,4% (HDC, UDP, FSP, 2005).

La figura predominante del pobre en los noticieros es la del ‘poblador’ con un 59,2%. El poblador es la persona que habita lugares de estrato socioeconómico bajo, es decir, espacios con muy bajo capital simbólico, o más precisamente, de capital simbólico negativo. La asociación entre personas y lugar que habitan es directa, y lo más probable es que las transferencias simbólicas entre ambos sean muy fuertes. Las personas que habitan estos contextos son mostradas además como entes pasivos, meramente receptivos de ayudas (60%), necesitados de apoyo, el prototipo ideal que precisan las políticas asistencialistas y miserabilistas para justificarse a sí mismas. Vistas así, estas personas constituyen la antítesis misma del emprendedor, de los sujetos proactivos que precisa el modelo económico-social imperante.

Pero aquí cabe preguntarse: ¿por qué la televisión incorpora de manera tan profusa la pobreza en su programación destinada al gran público, a la gran comunidad que entra en comunión todas las tardes de 9 a 10 frente al noticiero central?

Una posible respuesta es la siguiente: porque el uso de la pobreza (o mejor dicho, esta forma de usar la pobreza) tiene un valor agregado para la construcción de comunidad. La comunidad ‘integrada’ o ‘incluida’ (prototipo de consumidor que maneja la televisión) aprecia en alto grado este espectáculo de contramundos (con la pobreza como recurrente trasfondo contextual) que le ofrece día a día y de manera sabiamente dosificada la televisión (y en general todos los dispositivos productores de relatos), pues le genera un agradable ‘pavor benéfico’ que la reconstruye y cohesiona en torno a sus valores de orden, emprendimiento, moral, buenas costumbres, tranquilidad, seguridad, estabilidad. Esto que para este tipo de consumidor es una necesidad comunitaria, para la TV es una oportunidad de negocio:

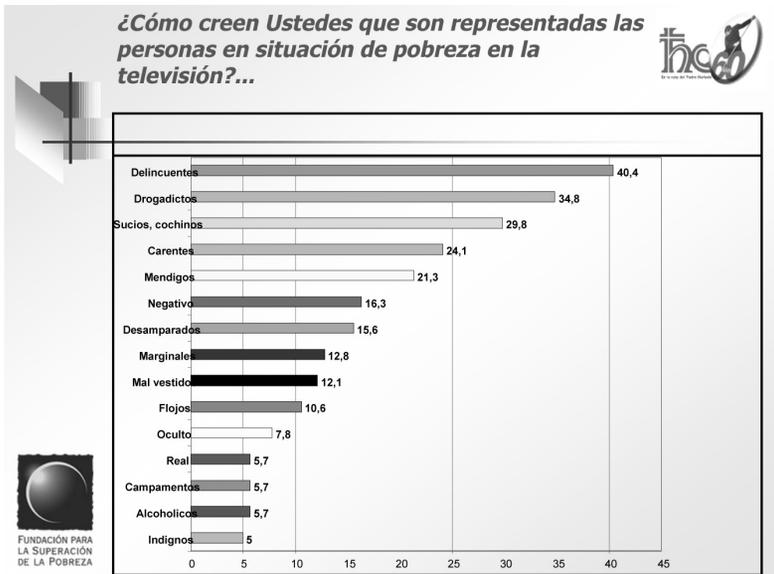
“la TV muestra lo peor de los pobres para vender en sus programas” (HDC, UDP, FSP, 2005).

Las personas pobres son así presentadas arquetípica y estereotipadamente como portadoras de contraidentidades.

Estas contraidentidades arquetípicas que construye la televisión para las personas pobres (que también son espectadoras y consumidoras de programas televisivos) son vivenciadas existencialmente por ellas como exoidentidades que atacan violentamente su capital simbólico (ya bastante disminuido) y les complican enormemente su proceso de inclusión social y por supuesto, la apreciación de su propia subjetividad.

¿Por qué exoidentidades? Porque son identidades que les son impuestas desde fuera y frente a cuya fuerza y coacción sienten una gran impotencia²¹.

Otro estudio sobre el mismo tema realizado a nivel nacional por el Hogar de Cristo y la Fundación para la Superación de la Pobreza²² arroja, entre otros, los siguientes resultados.



²¹ Pero algunos de ellos las asumen como tales y las despliegan incluso con energías inusitadas y sorprendentes: estas personas y grupos afichan su marginalidad, la viven, la despliegan y la publican en toda su compleja positividad. Ver a propósito Martín Hopenhayn. América Latina desigual y descentrada. Grupo editorial Norma. 2005.

²² Los pobres y la televisión. Una consulta participativa. Hogar de Cristo y la Fundación para la Superación de la Pobreza. Noviembre 2004.

Las conclusiones de este estudio establecen que:

- La televisión vincula a las personas pobres con categorías sociales estigmatizadas (delincuentes, drogadictos, marginales).
- Los asocia a sujetos que están en condiciones precarias de presentación y apariencia personal (sucios/cochinos, mal vestidos) y que se encuentran en situación de carencia (necesitados).
- Y los presenta como personas que tienen atributos psicológicos, relacionales y existenciales deficitarios (desamparados, abandonados, flojos, irresponsables, incapaces).

En definitiva, la televisión muestra solamente lo negativo de la pobreza.

El estudio deja también de manifiesto 'los propósitos comerciales' que maneja la TV (rating e incremento de ventas), buscando el sensacionalismo y la morbosidad a través del 'uso sistemático de lo peor de la vida de los pobres' (HC, FSP, 2004).

Para el filósofo francés Michel Serres, en su afán ultramoderno de capturar audiencias la televisión retrotrae el imaginario de la comunidad humana a una era precristiana, a la de las religiones arcaicas que giraban en torno a los dioses sedientos de sangre y los sacrificios humanos, desplegando día a día asesinatos y cadáveres frente a millones de telespectadores. Según este autor, la violencia es lo esencial de la imagen y los mensajes mediáticos: "sin la llama del terror y la piedad la televisión no atraería a nadie" (Serres, 2003).

Todo parece indicar que para la TV chilena la pobreza ofrece una reserva inagotable de recursos simbólicos para construir relatos e imágenes que infundan el terror y la piedad a sus sedientas audiencias.

TV y mecanismos de producción de identidades

¿Cómo construye la televisión sus imágenes y narraciones sobre la pobreza y los actores segregados de la sociedad chilena?

Es posible imaginar muchas respuestas a esta compleja pregunta. En este ensayo he optado por elaborar una a partir de la visión de Michel Serres (Serres, 2003).

Lo que hace la televisión es básicamente una operación de reducción: confunde las pertenencias con la identidad, más precisamente, reduce la identi-

dad de las personas a sus pertenencias, más precisamente aún, a algunas de sus pertenencias (las que son más útiles para sus propósitos). ¿Y ello por qué? Porque la TV, como todos los grandes dispositivos productores de relatos, necesita funcionar con arquetipos y estereotipos para conquistar sus audiencias.

Como lo hemos visto en los estudios analizados, la TV clausura la identidad de las personas y comunidades en torno a su pertenencia territorial o en torno a su pertenencia a contextos de pobreza.

Al construir estas identidades duras (fijas, inmutables) contribuye simbólicamente a la fragmentación y segregación de las personas en situación de pobreza y de los actores excluidos o segregados, bloqueando el cambio, obstaculizando su inclusión social.

Todos y cada uno de nosotros pertenecemos a colectivos externos: a la categoría de personas pobres, al grupo de personas que habitan un determinado sector desfavorecido de la ciudad, al grupo de la tercera edad, al colectivo de trabajadores, de indígenas, a una determinada clase social; somos ciudadanos o campesinos, heterosexuales u homosexuales, casados, solteros o separados, consumidores de internet, de izquierda o de derecha, partidarios o detractores del golpe militar, etc.

Pertenecer a un colectivo (sector geográfico de una ciudad por ejemplo) no es lo mismo que pertenecer a una comunidad. En relación a esta última desarrollamos sentidos y sentimientos de comunidad y pertenencia. Las pertenencias entonces vienen desde fuera, nos fijan a colectivos externos, objetivos, y penetran nuestra subjetividad con su carga simbólica.

Pero la identidad no se reduce a las pertenencias. El yo de las personas fluye entre las pertenencias externas que intentan atraparlo y fijarlo. Se construye de todas ellas, pero no se reduce a ninguna de ellas en especial. Las pertenencias nos hacen compartir una identidad común, pero como seres humanos siempre podemos en nuestra identidad sobrepasarlas, trascenderlas, sin que ello signifique necesariamente abandonarlas.

Vivir es pertenecer, pero también es navegar entre pertenencias sucesivas y simultáneas.

La identidad humana es más bien sinónimo de vacuidad plástica de la que surge todo llenado posible (Serres, 2003). Es un proceso, no un estado, y en su devenir permanente siempre está abierta a nuevos relatos. Nuestra identidad

tiene que ver con nuestra modificabilidad cognitiva, con la capacidad de transformarnos: estamos universalmente dotados para el aprendizaje permanente. La identidad está permanentemente penetrada por la alteridad, siempre dispuesta a aceptar nuevas significaciones, toda vez que el espacio público y comunitario le abra las oportunidades para hacerlo.

Construida de esta manera, la identidad, por un lado, refuerza las singularidades y por otro, conecta con lo universal.

Parfraseando a Sartre, la identidad de las personas “es lo que no es y no es lo que es”.

“Es lo que no es”: se nutre de pertenencias externas, efectivas, pero no necesariamente afectivas; objetivas, pero no necesariamente subjetivadas.

“No es lo que es”: la identidad de las personas va más allá de sus pertenencias contingentes: es un punto de intersección en esta trama de pertenencias, una guía virtual de navegación en una red de narraciones significativas desplegadas en los tiempos personales y colectivos de las personas y comunidades.

La identidad es un proyecto abierto que sólo la muerte clausura.

Paradójicamente, la televisión por un lado contribuye a enriquecer las identidades, pero por otro, como lo hemos visto a través de los resultados arrojados por los estudios analizados, las empequeñece reduciéndola a algunas pertenencias útiles para sus propósitos.

La TV necesita manejar y construir arquetipos para darle más eficacia a sus narraciones. Mientras más simples y reduccionistas sean estos arquetipos, mayor es su eficacia. Está lógica de la TV, especialmente de la televisión abierta, genera mucha rabia en la gente. Son los mismos entrevistados de los estudios citados que se ven reducidos a arquetípicos y estereotipos, los que se perciben como víctimas de la exoidentificación.

Así por ejemplo, en la ENTV el juicio mayoritario de que las personas de la tercera edad tienen poco tiempo en la TV es emitido precisamente por personas pertenecientes a esta categoría (56,3%); este mismo grupo es el que sostiene mayoritariamente que las personas de la tercera edad son desfavorecidas por la TV (48,4%).

Son precisamente las personas de nivel socio-económico bajo (D, E) los que consideran que la TV muestra ‘peor de lo que son’ a los trabajadores y los sectores populares (26,5%).

La opinión de que las mujeres disponen de poco tiempo destaca en los niveles socioeconómicos y educacionales bajos (16,9% y 17,5%, respectivamente), entre las mismas mujeres (19,9%). Son especialmente las mujeres las que consideran que son desfavorecidas por la TV (16,9%) (ENTV, 2005).

Las personas que precisamente consideran que la televisión vincula a las personas pobres con categorías sociales estigmatizadas (delincuentes, drogadictos, marginales) son las propias personas afectadas (adultos mayores, personas de la calle, jóvenes en riesgo social, pobladores de campamentos) (HC, FSP, 2004).

Hacia una nueva identidad de la TV

La TV enriquece ya nuestras subjetividades a través de sus múltiples géneros (películas, telenovelas, reportajes, documentales, programas educativos, noticieros, etc.), le da mayor plasticidad a las identidades, conecta con nuevos relatos, con narraciones que provienen y nos llevan a otros mundos donde es posible ser otro, donde podemos impregnarnos de alteridades que nos interpelean y abran nuevas posibilidades de conocimiento y aprendizaje.

¿Qué es posible esperar de nuestra televisión?

Que no refuerce las alteridades clausuradas en el espacio social. Que contribuya a liberarlas y a lograr que conversen entre ellas. Que no encierre a las personas y comunidades en sus pertenencias. Que en el plano simbólico abra oportunidades para el despliegue de sus identidades. Esperamos que la TV contribuya a multiplicar las pertenencias de las personas para diversificar las identidades. Que apoye a las personas a trascender sus pertenencias básicas para abrir nuevas oportunidades de desarrollo; apuntar al aprendizaje permanente, al despliegue de nuevas competencias que abran para ellas un abanico de nuevas pertenencias.

La identidad es un devenir plástico y sucede con la TV lo que con las personas y las comunidades: no tiene una identidad única, fija e inmutable, sino una identidad caleidoscópica, con la posibilidad siempre abierta de ser otra, distinta y mejor de lo que actualmente es: más humana, democrática, pluralista, respetuosa de la diversidad, más ciudadana. Lo que en definitiva le pedimos es que no se cierre ni se reduzca a sí misma como telebasura.

Bibliografía

Bordieu, Pierre. *Raisons pratiques. Points. Essais.* Editions du Seuil 1994.

Consejo Nacional de Televisión. Adimark Comunicaciones. Encuesta nacional de televisión 2005. Principales resultados. www.cntv.cl

Hogar de Cristo y la Fundación para la Superación de la Pobreza. *Los pobres y la televisión. Una consulta participativa.* Noviembre 2004.

Hogar de Cristo, Facultad de Comunicaciones y Letras de la Universidad Diego Portales y la Fundación para la Superación de la Pobreza. *La Pobreza es noticia.* Noviembre 2005.

Serres, Michel. *L'incandescent. Essais.* Editios Le Pommier. 2003.

Souza María Dolores, Catalán Carlos. *Calidad, Identidad y televisión. Las Transformaciones de la Televisión Chilena y sus efectos en la Identidad.* Ponencia presentada en el Encuentro Lationoamericano sobre Televisión y Calidad, realizado en Sao Paulo, Brasil, 4 al 6 de agosto 1999. www.cntv.cl

Percepción Urbana del Desarrollo Local en Santiago de Chile

Yolanda Acevedo Godoy*

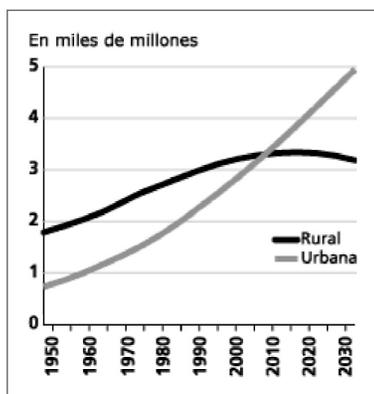
¿Por qué la identidad cultural bajo una reflexión urbana?

La población mundial se está duplicando y la población urbana se está triplicando en todo el mundo²³. En los próximos años más de la mitad de la población del planeta vivirá en áreas urbanas (ver el Gráfico N° 1).

Gráfico N°1

Población urbana y rural, 1950-2030

Fuente: Naciones Unidas, World Urbanization Prospects: The 2003 Revision (2004).



El nivel y crecimiento de la urbanización difiere considerablemente según la región (ver el Gráfico 2). Los países latinoamericanos tienen la mayor proporción de su población en áreas urbanas, pero Asia Meridional y Oriental probablemente registrarán el más rápido crecimiento urbano en los próximos 30 años. Casi todo el crecimiento demográfico futuro tendrá lugar en las ciu-

* Departamento Identidad y Cultura Mideplan.

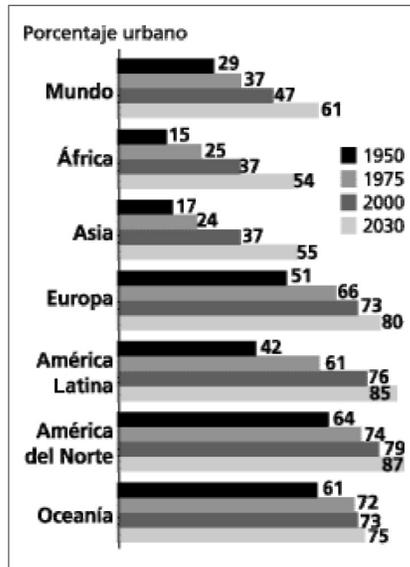
²³ Barbara Boyle Torrey es una escritora y consultora que forma parte del Consejo de Administración del PRB.

dades y en las capitales, por lo tanto el incremento de la población mundial como su redistribución afectan los sistemas naturales terrestres y la interacción entre la población y el medio ambiente urbano.

Gráfico 2

Población que vive en zonas urbanas

Fuente: Naciones Unidas, World Urbanization Prospects: The 2003 Revision (2004)



Las mejores cifras sobre las tendencias de urbanización mundial tienden a proceder de la División de Población de las Naciones Unidas y del Banco Mundial³, pero las Naciones Unidas advierten a los usuarios que los datos son generalmente inexactos debido a que la definición de “urbano” varía de un país a otro. Así por ejemplo para Argentina, población urbana es “la población empadronada el día del censo en centros poblados de 2.000 y más habitantes; para Brasil es aquella censada en las ciudades, villas y áreas urbanas aisladas conforme a la delimitación de las respectivas municipalidades vigente al 1 de septiembre de 1991 y 1 de agosto de 1996, respectivamente; para nosotros en Chile, la población urbana es aquella que vive en conjuntos de viviendas concentradas con más de 2.000 habitantes con un 50% o más de su población económicamente activa dedicada a actividades secundarias y/o terciarias.

Ahora bien,

Al abordar una percepción urbana quiero dar cuenta de las ideas que encauzan y orientan esta reflexión; algunas relevantes son aquellas aportadas por: **Patrick Geddes** (1854-1932).



“El verdadero plan, según él, es la resultante y la flor de toda civilización de una comunidad y de una época”.

Biólogo escocés, fue primero profesor de botánica, sociólogo y urbanista, vivamente interesado por las teorías de la educación y del conocimiento, las artes, las letras y la historia. En 1903, Geddes publicó el “Desarrollo Urbano”²⁴: estudio de parques, de jardines y de instituciones culturales, en relación con la fundación Carnegie de Dunfermline²⁵.

Geddes fue miembro de la Asociación británica para la promoción de la ciencia y asistió a congresos que tuvieron lugar entre los años 1880 y 1890; obtuvo así la convicción de que las artes, las letras y la ciencia son indisolubles y no deben ser estudiadas separadamente.

“La creación urbana para él se ubica en la continuidad histórica de una civilización dada”.

La ciudad debe ser hecha por hombres, de los cuales es necesario conocer sus necesidades y aspiraciones. En función de este objetivo propone el uso de

²⁴ Fue su primer trabajo importante en urbanismo, que contribuye a hacerlo conocido en el mundo de los arquitectos y de los urbanistas. Después de 1900, Geddes trabaja en Londres donde es el fundador de la Sociedad de Sociología y en 1911, muestra por primera vez su exposición titulada “Ciudades y Urbanismo”.

²⁵ Andrew Carnegie, 1835-1919, nació en Dumferline, Glasgow, Escocia. Nacionalizado estadounidense, se convirtió en un magnate del acero y la industria, lo que le permitió financiar la construcción de unas 2.500 bibliotecas públicas y académicas en países anglosajones.

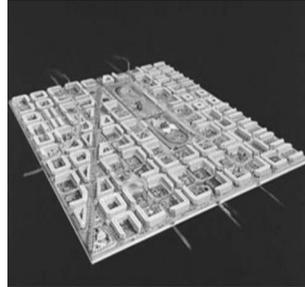
encuestas que cubren todos los aspectos de la realidad: geografía, antropología, historia, economía, sociología, estética. La información del conjunto de estos aspectos dará los datos necesarios para un programa adecuado de las necesidades de la ciudad. Realizó personalmente una serie de encuestas en lugares como Edimburgo, India y Palestina. Planteó resolver el acondicionamiento de las ciudades y de la creación de éstas a través de la descripción antropológica.

Geddes rechaza todo “modelo urbano”, sólo existen los casos particulares. El verdadero plan según él es la resultante y la flor de toda civilización de una comunidad y de una época.

Habla de la ciencia de las ciudades o “Polística”. En este concepto describe un tramo de la sociología que trata a las ciudades en sus orígenes, en su repartición, en su desarrollo y en su estructura, en su funcionamiento interno y externo, material y mental; en su evolución particular y general. Concretamente comprende los factores geográficos e históricos de la vida de las ciudades y es el primer estadio de la comprensión del presente. Geddes lo concibe como una etapa indispensable, para toda tentativa de previsión científica del futuro para evitar los peligros del utopismo.

Quiero dedicar también algunas líneas para destacar y rememorar otro pensador y realizador del urbanismo, más conocido por nosotros, como es Ildefonso Cerdà, ingeniero catalán autor del Primer Plan de transformación de Barcelona:

Ildefonso Cerdà, 1815-1876
Pionero del urbanismo moderno



Los principios esenciales que dieron cauce a la acción de Cerdà fueron aquellos como la libertad individual, la privacidad familiar, la ventilación, el asoleo y la iluminación natural en todas las viviendas, la voluntad igualitaria de calidad y servicios para todos los barrios, la ordenación de los flujos, como componentes esenciales en el uso del territorio, la conjunción de estos elementos daría lugar a la ciudad integral.

Las principales características de esa ciudad, en la “nueva civilización” resultante de la implantación del vapor, serían la movilidad y la comunicatividad. Esas ideas informaron el Proyecto de Ensanche de Barcelona de 1859 y constituyeron las bases de la Teoría General de la Urbanización de 1863.

“Su interés por la escala territorial o su preocupación por conseguir una *relación equilibrada entre edificación y espacio libre*, lo sitúa en la carta fundamental del urbanismo del siglo XXI. Cerdà se separa de la retórica de la gran composición, propia del eclecticismo, para buscar una estructura urbana sin jerarquías ni sometimientos, en la que todos los elementos tienen un valor equivalente. Lo que hoy me vincula fuertemente al pensamiento de Cerdà es su concepción de *la ciudad como proyecto capaz de definir un escenario para la vida humana acorde con la cultura de la época*.²⁶

²⁶ Cerdà: Un puente entre dos civilizaciones, por Carlos Martí Arís, en Ciudad y Territorio: Estudios Territoriales (119-120) 1999.

Reflexionemos entonces sobre *¿Cuál es el escenario que puede acoger la cultura actual? Y en consecuencia como definir nuestra cultura en nuestra época.*

Para Francisca Márquez²⁶ (2003}, “la ciudad como comunidad imaginada centrada en la noción de espacio público y en valores como la ciudadanía política e integración social, se ha debilitado. Ser de las Condes o Cerro Navia, del barrio alto o el barrio bajo son principios identitarios que levantan y refuerzan las fronteras internas de esta ciudad”²⁷.

“A la vieja segregación a gran escala (comunidades de y para pobres; comunas de y para ricos) heredada de los años sesenta y radicalizada en los ochenta, hoy se superpone la incipiente segregación a pequeña escala territorial, como es el caso de los modernos y enrejados condominios en comunas tradicionalmente populares. Ciudadelas de ricos y grupos medios en comunas tradicionalmente pobres abren una nueva perspectiva de abordaje del problema de la segregación urbana y por cierto, de la construcción de una identidad nacional.

Para Alfredo Rodríguez y Lucy Winchester²⁸ “la pobreza y la exclusión han sido pasadas por alto en parte debido al fuerte desempeño económico y al positivo conjunto de indicadores sociales que la ciudad exhibe”. La ciudad se ha vuelto más segregada, destacándose una fragmentación política con grandes diferencias entre las 34 municipalidades que conforman el gran Santiago en lo que concierne a calidad de la educación, niveles de ingreso y gasto de las autoridades municipales. También es posible apreciar la pérdida de espacio social y físico para la interacción pública y el crecimiento de una percepción de inseguridad. Para ellos tales problemas se relacionan en parte con una falta de estructuras democráticas en Santiago ya que la ciudad carece de un gobierno metropolitano representativo y además el poder, los recursos y la toma de decisiones permanecen en un plano nacional.

Las investigaciones de José Bengoa y Francisca Márquez, constituyen un importante inicio de sustento al enfoque urbano que ya desde fines del siglo diecinueve esbozaba Patrick Geddes en el sentido del necesario análisis único, y la carencia de sentido en la formulación de los modelos.

²⁶ Antropóloga; Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

²⁷ Simposio, transformaciones metropolitanas y planificación urbana en América latina

²⁸ Investigadores de SUR. Corporación de Estudios Sociales y Educación. E-mail: arsur@terra.cl en “Santiago de Chile. Metropolitización, globalización, desigualdad en EURE v.27 n180, mayo 2001

Sin duda, el escenario actual y la preocupación por el acondicionamiento del territorio a escala nacional, debe considerar las soluciones urbanas o espacios urbanos capaces de acoger las manifestaciones culturales de nuestros pueblos originarios, las ocho etnias que los conforman y que son:

N°	Etnia	Localización en región	0/0
1	Yámana	Santiago	33,0
2	Rapanui	Valparaíso	56,7
3	Quechua	Antofagasta	33,4
4	Mapuche	Araucanía	33,6
5	Colla	Atacama	54,3
6	Aymara	Tarapacá	84,4
7	Atacameño	Antofagasta	66,0
8	Alcalufe	Santiago	25,6

Fuente: Estadísticas Sociales de los Pueblos Indígenas en Chile Censo 2002

Para Elíseo Huencho, arquitecto, Director de la Primera Bienal de Arte y Cultura Indígena, el desafío cultura actual tiene que ver con la concepción de un espacio capaz de acoger “el deseo de ser protagonistas en la definición de nuestro entorno, desplegando todo el acervo de conocimiento heredado de nuestros ancestros, de vivencias de alegría y dolor que han marcado nuestra historia, y de sueños con los que construimos el ser indígena que queremos seguir siendo, todo ello plasmado en mil formas, colores, sonidos y gestos en las obras de nuestros creadores”...

Espacios y entornos que den lugar y acojan con naturalidad a “la entereza de pueblos que quieren ser vistos en su real magnitud a través de sus expresiones de arte, sin estereotipos ni etiquetas, con todo el sentido que está contenido en creaciones de raíces ancestral es que permanecen definiendo una estética en la que nos sentimos identificados quienes pertenecemos a alguno de los pueblos indígenas y también quienes pertenecen a una raíz distinta y descubren en los signos de nuestros antepasados los lazos de comunicación con las formas de vida que habitan este territorio”²⁹.

²⁹ El texto entre comillas corresponde a un estrado de la Presentación de Eliseo Huencho en el libro Memoria de la Primera Bienal de Arte y Cultura Indígena llevada a cabo en Santiago entre los días 17 y 22 de enero 2006.

Huencho es muy certero cuando advierte sobre los riesgos del desconocimiento al “no tener la capacidad de valorar, incluso conocer, aquello que es nuestro..., esta capacidad es un poder que se construye; acaso un primer paso sea reconocemos a nosotros mismos en toda nuestra diversidad social y cultural”.

Para Agustín Squella³⁰, algunos de los desafíos actuales concernientes a la Institucionalidad, y esto dice relación con los espacios del derecho, los espacios del ciudadano, en el área del patrimonio “representada por la Dirección de Archivos y Museos y el Consejo de Monumentos Nacionales, completen sus procesos internos de modernización y que pasen a formar parte del Consejo nacional de la Cultura y las Artes: CNCA y no dependan del Ministerio de Educación.

“Una sociedad decente, no es sólo una sociedad de libertades, sino una en la que han desaparecido las desigualdades injustas en las condiciones materiales de vida de las personas. La lucha contra la desigualdad no sólo favorece al propio valor de la igualdad, como es obvio, sino también a la libertad. La titularidad y ejercicio de las libertades puede resultar algo enteramente ilusorio y vacío para quien no tiene satisfechas sus necesidades materiales básicas. También necesitamos igualdad en la participación en la vida cultural del país y, desde luego en el acceso y goce de los bienes culturales. Por tanto, una de las principales políticas de la nueva institucionalidad cultural consiste, precisamente, en conseguir un desarrollo cultural más equitativo y armónico en el país desde el punto de vista territorial, pero también desde un punto de vista social”.³¹

Como urbanista quiero evocar a un urbanista francés Francois Ascher en su libro: “Les nouveaux principes de l’Urbanisme”, (2001), él formula interrogantes tales como:

¿Qué son para nosotros hoy día las nociones de distancia, continuidad, densidad, diversidad, mixtura?

³⁰ Arquitecto de la cultura en el gobierno del Presidente Lagos. Abogado, Dr. en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid, docente en la Universidad de Valparaíso

³¹ Extractos de una entrevista realizada por la periodista Vivían Lavín, publicada en Anuario de Chile 2005/2006, publicación de la Universidad de Chile.

¿Cómo planificar en una sociedad más abierta y en un universo más incierto? ¿Qué sentido tienen los esfuerzos prospectivos a veinte o treinta años?

¿Cómo decidir y cómo reaccionar por el bien de una colectividad hoy día que se proyecta cada vez más diversificada e individualizada?

Ciertamente, las respuestas y éstas y otras interrogantes pasan por la consideración y caracterización del más amplio conocimiento de nuestras comunidades identitarias en el diseño diverso de políticas sociales.

Veamos que es para nosotros urbano o mejor dicho población urbana desde el punto de vista de la institucionalidad del Estado.

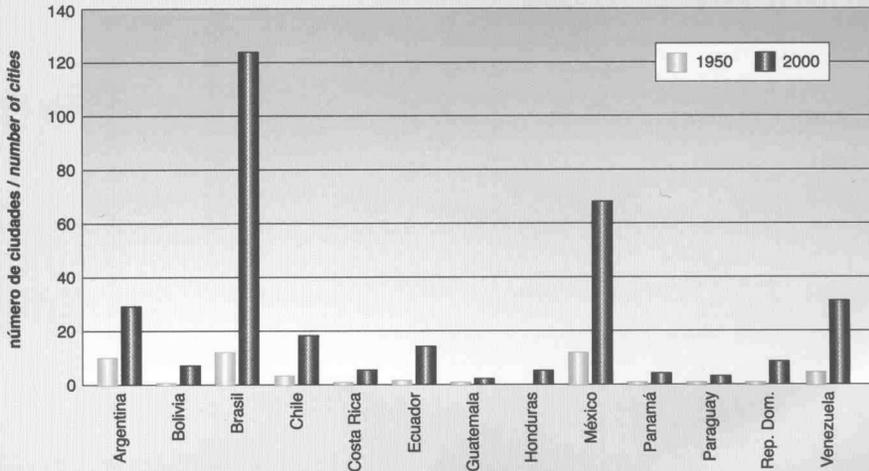
Como anotáramos en párrafos precedentes, se entiende como “entidad urbana” a un conjunto de viviendas concentradas, con más de 2.000 habitantes, o entre 1.001 y 2.000, con el 50% o más de su población económicamente activa dedicada a actividades secundarias y/o terciarias. Excepcionalmente los centros que cumplen funciones de turismo y recreación con más de 250 viviendas concentradas y que no alcanzan el requisito de población, se considerarán Entidades Urbanas. En consecuencia área urbana es el conjunto de entidades urbanas³².

Sin embargo es posible apreciar que una entidad urbana no es sinónimo de ciudad, veamos entonces que ocurre cuando queremos usar el concepto de ciudad.

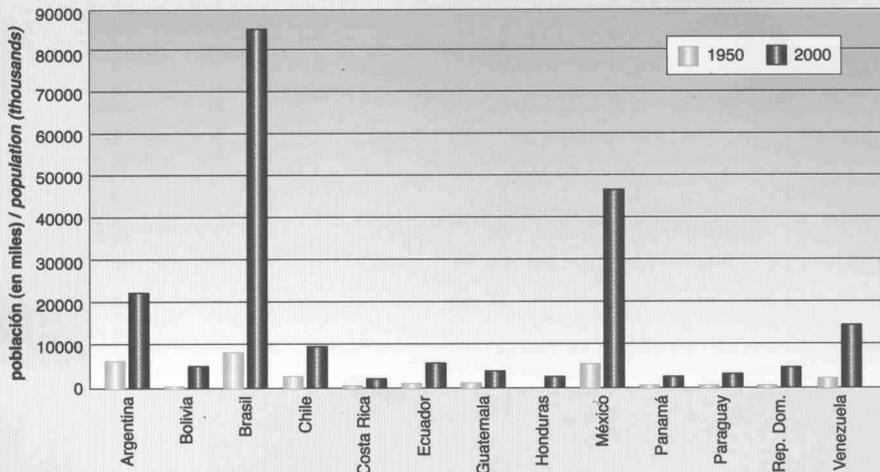
³² INE, Censo de Población y Vivienda de 2002, Glosario, estas definiciones son las mismas usadas en el Censo de 1992

Número de ciudades de cien mil habitantes y más por país

América del Sur y Mesoamérica: número de ciudades de 100 mil y más habitantes, por país. / South America and Meso-America: number of cities with of 100,000 or more inhabitants, by countries. 1950 - 2000



América del Sur y Mesoamérica: población en ciudades de 100 mil y más habitantes, por país. / South America and Meso-America: population in cities with of 100,000 or more inhabitants, by countries. 1950 - 2000



Fuente: Boletín Demográfico, Edición Especial: Urbanización y Evolución de la Población Urbana 1950-2000.

El lugar que tenía Chile en el conjunto de países de América del Sur y meso América, en el año 1950, se mantiene al año 2000, sin embargo, la distancia con Brasil se acrecienta en casi seis veces, le siguen México, Venezuela, Argentina; estamos en 5° lugar en relación al número de ciudades de 100.000 habitantes y más. En relación a la población en ciudades de 100.000 y más habitantes, la relación de orden se mantiene: Brasil, México, Argentina, Venezuela y Chile.

Veamos entonces cuál es la dinámica en Chile:

Diecisiete ciudades chilenas de 100.000 y más habitantes entre 1950-2002

Ciudad	1952	1960	1970	1982	1992	2002
Santiago	1.436.522	2.071.552	2.791.972	3.919.903	4.729.118	5.392.428
Valparaíso	344.802	437.882	529.780	655.804	750.713	815.325
Concepción	190.137	282.189	369.287	501.198	610.380	666.765
Serena-Coquimbo	67.283	85.993	115.606	145.469	220.172	302.131
Antofagasta	62.272	87.860	125.086	185.486	225.316	295.792
Temuco	55.963	73.924	110.578	157.634	210.587	266.225
Iquique	39.789	50.655	64.477	110.153	145.139	214.586
Rancagua	42.393	54.699	88.665	142.442	184.942	213.133
Arica	19.628	21.000	87.726	139.320	161.333	175.133
Chillán	52.576	65.112	87.555	118.163	145.759	166.842
Puerto Montt	30.998	44.454	64.900	88.947	110.139	155.895
Calama	37.646	51.559	68.359	98.575	119.692	136.600
Osorno	42.001	56.368	70.291	97.946	114.239	132.245
Valdivia	50.747	62.340	83.453	101.494	112.712	129.952
Copiapó	21.233	32.584	45.194	69.045	98.188	125.983
Los Ángeles	25.071	35.511	49.175	70.529	94.716	123.445
Punta Arenas	35.679	50.383	63.405	96.193	109.110	116.005

Finalmente, quiero concluir esta presentación recogiendo las palabras de nuestro Subsecretario y Coordinador de Políticas y Programas Indígenas Jaime Andrade Guenchocoy, quien señala que la realización de la reciente Bienal de Arte y Cultura Indígena dio cuenta un arraigo a las tradiciones milenarias, que contienen el sentido de formas propias de vivir y de relacionarse con el entorno. No sólo estuvo presente la tradición heredada, la permanencia y el rescate de manifestaciones ancestrales, sino que también estuvo presente la energía de los pueblos indígenas que no renuncian a seguir viviendo, factor que enriquece ciertamente la diversidad cultural del país. La política de nuevo trato hacia los pueblos indígenas debe ser parte de la política social del gobierno y de una política de ordenamiento urbano y territorial.

Bibliografía

Abou Sélim: *“L’Identité Culturelle”, Relations interethniques et problèmes d’Acculturation*. Ed Antrophos, 1981, 253 pages.

Ascher François : *“Les nouveaux principes de l’Urbanisme”*. ed. Láube, 2001.

Castells Manuel: *“La era de la Información”*. Vol. II: *El poder de la identidad* Ed. siglo XXI 1999, original en inglés 1997.

Choay Françoise: *“El urbanismo Utopías y realidades”*, ed. Lumen 1970, original en francés 1965.

Choay Françoise, Merlin Pièrre: *“Diccionario de L’Urbanisme et de l’aménagement de Territoire*

Harvey David: *“Social Justice and the city”* 1ª ed. original en inglés 1973, *“Urbanismo y Desigualdad Social”* 1ª ed. español 1977, 1992, 340 págs. INE: Cuadernos del Bicentenario: *“Cuánto y Cómo Cambiamos los Chilenos”*, Balance de una década 1992-2002, INE 2003.

Marquez Francisca: *Identidad y Fronteras urbanas en Santiago de Chile*, abril 2003.

Zunino Hugo Marcelo: *La Planificación urbana en el Chile de hoy: “Actores sociales estructurados” y la construcción de redes de gobernabilidad en Revista de Geografía Norte Grande PUC*, pág. 73 a 77.

Desarrollo Local e Identidad

Sadi Melo Moya*

A veces es bueno y necesario que uno salga de la monotonía de su trabajo y se coloque en un ámbito distinto, aun cuando el ejercicio de autoridad en la comuna de El Bosque en muchas ocasiones está lejos de la rutina y se requiere de una alta dosis de liderazgo y prudencia. Este “salirse” es un instante de reflexión y racionalidad a fin de tener una mirada más multidisciplinaria ante los asuntos sociales que nos competen cotidianamente.

Hoy, quisiera focalizar nuestra mirada hacia el tema de la identidad, de la intervención comunitaria y su relación con el desarrollo local desde el punto de vista de la participación ciudadana.

Identidad

Desde hace ya un tiempo, el tema de la identidad es objeto de numerosos estudios. Algunos de estos estudios plantean el tema partiendo de situaciones conflictivas específicas como son las relaciones entre las identidades locales y el Estado nacional, o bien en la oposición entre los fenómenos que conlleva la globalización sobre las identidades locales.

La identidad (sea regional o local) es una construcción social que a veces se manifiesta como resistencia a intervenciones exteriores, así como en ocasiones la noción de identidad representa una construcción mitificada de un pasado ya perdido. Lo cierto es que la identidad es un proceso cultural de enseñanza-aprendizaje por parte de una sociedad local. En un proceso que se ubica y se nutre de la tensión entre lo global y lo local. La identificación se logra o se facilita a partir de una oposición y el ideal perseguido. En oposición a la identidad como un proceso en permanente construcción, algunos análisis señalan que se suele considerar a la identidad como algo dado desde un tiempo inmemorial, a la que nada debería afectar o modificar bajo pena de alterarla.

* Alcalde I. Municipalidad de El Bosque.

En Chile el tema está relacionado, desde el punto de vista de la participación ciudadana, a las relaciones que tienen los actores sociales con los territorios⁴¹. Se argumenta que nuestro país no es de hecho esencialmente democrático, sin embargo hay una época en que nuestro país comienza a tener una emergencia bastante importante para el tema de la democratización. Sin duda, en los años setenta, se entra en una coyuntura de contradicción con el statu quo imperante. En ese tiempo tienen presencia significativa los movimientos sociales, actores sociales, fundamentalmente los pobres de la ciudad y el campo⁴². Es de destacar el peso social que tuvieron los movimientos de pobladores en la década de los sesenta⁴³. Esta situación tiene todo un arraigo histórico

⁴¹ En relación al tema de la Identidad, Bernardo Subercaseaux, en "Identidad Chilena", Revista Universum, Universidad de Talca, 2004, sostiene que son variadas las reflexiones sobre la temática; destaca la obra de Hernán Godoy sobre "El carácter chileno" (1977) y los escritos de Jorge Larraín –"Identidad Chilena"– son un aporte fundamental como un inventario, una clasificación y una descripción sistemática de los distintos discursos o versiones sobre la identidad chilena.

⁴² Francisca Marques, "Identidad y fronteras urbanas en Santiago de Chile" UAHC, 2003, sostiene que "en efecto, a la vieja segregación a gran escala (comunas de y para pobres; comunas de y para ricos) heredada de los años 60 y radicalizada en los ochenta, hoy se superpone la incipiente segregación a pequeña escala territorial, como es el caso de los modernos y enrejados condominios en comunas tradicionalmente populares. Ciudadelas de ricos y grupos medios en comunas tradicionalmente pobres abren una nueva perspectiva de abordaje del problema de la segregación urbana y por cierto, de la construcción de una identidad nacional.

El aumento y consolidación de las desigualdades sociales, la pérdida del control del territorio por parte del grupo de pertenencia, la crisis del Estado para garantizar la seguridad y protección de todos los ciudadanos, la inseguridad, el surgimiento de un modelo de ciudadanía privada basada en la "autorregulación" y la consecuente privatización de la vida social son algunos de los elementos más nombrados al analizar el surgimiento de estas ciudadelas amuralladas en la ciudad.

⁴³ Verónica Salas, "Rasgos históricos del movimiento de pobladores en los últimos 30 años" TAC, 1999, sostiene que en los años 60 "se construyen poblaciones en vastos sectores de la periferia de Santiago. Una muestra de ello es el sector sur-poniente donde "surgen las poblaciones "José María Caro", San Gregorio", "Lo Valledor norte y sur", "Lo Ferrer", "Robert Kennedy", "4 de Setiembre", "Santa Olga"... situadas una junto a la otra. En su conjunto, este sector llega a contar con 200.000 pobladores", los mismos que por sus características y por su ubicación geográfica en la ciudad, forman parte del nuevo mundo al que muchos dieron el nombre de "marginal", concepto que pasa a constituir una teoría que está a la base de una larga polémica.

Estos grandes conglomerados representan un desafío para Frei y su gobierno. El agrupamiento de miles de familias con innumerables necesidades no resueltas (viviendas a medio construir, dificultad de acceso a la salud, a la educación, bajos salarios, etc.) acarrea un peligro de desestabilización que es necesario prevenir.

En ese contexto el gobierno tiene contemplado el programa de Promoción Popular y a través de él, se implementa un tipo de organización que es funcional a sus necesidades.

"Es así como mediante la ley No 16.880, aprobada por la totalidad del parlamento (1968), durante el gobierno de Frei se crean 3.487 Juntas de Vecinos. Estos organismos de base territorial agrupan a los habitantes de un barrio, población o aldea rural o urbana, con la finalidad de promover el mejoramiento urbanístico y el equipamiento comunitario de la localidad.

desde fines del siglo XIX en los movimientos por la vivienda y todo lo que se llamó “la cuestión social”. Después de la Guerra del Pacífico, la explotación del caliche dinamiza la economía. Pese a lo anterior, las condiciones laborales y de vida de los sectores populares no alcanzan niveles satisfactorios. La expansión de las ciudades genera movimientos migratorios, lo cual agrava los problemas de hacinamiento, insalubridad, enfermedades, mortandad, alcoholismo y prostitución. Paralelamente surgen organizaciones populares de distinto tipo (mutuales, cooperativas, mancomunales, federaciones) dispuestas a denunciar las condiciones de vida de dichos sectores y a lidiar por sus derechos básicos.

La clase política, preocupada por las crecientes movilizaciones sociales, que percibe como “peligrosas” a la estabilidad política como a sus privilegios, reflexiona sobre el conjunto de problemas adscritos a la modernidad urbana de fines del siglo XIX y comienzos del XX, estableciendo diagnósticos y proponiendo algunas soluciones. Este conjunto de cuestionamientos es lo que se llamó “la cuestión social”.

En la actualidad uno puede entrar también en la definición de que muchos de estos actores sociales están mediados, digamos, a través de los actores políticos; los partidos políticos son los que gestan y prefiguran aquello. Ejemplo de ello son los casos de las poblaciones históricas y simbólicas de Santiago, de Concepción y de Valparaíso, que fue cuna del surgimiento de los movimientos de pobladores a inicios del siglo XX. El tejido político que se reconstruye en la época de los ochenta y apuesta a que los procesos identitarios dados por la lucha social de los pobladores y de todos estos movimientos, de alguna manera, deberían converger en una lucha de apropiación democrática con mucha fuerza. Junto con ello se hace un gran esfuerzo por parte de las instituciones que en esa época trabajamos, en especial las instituciones de iglesias, ONG y partidos políticos vinculados a la reconstrucción de ese tejido social.

La combinación de todo aquello trajo consigo la transición a la democracia, lo que se definió como transición a la democracia. En la transición democrática existió la apuesta de fortalecer una democracia de base; cuando se trabajó en la nueva arquitectura de dicho tejido social se sostuvo que era un tejido social construido, que existía una cierta sociedad civil construida y, por lo tanto, tenemos que apostar a que dicho tejido social se pueda poner en mar-

cha fortaleciendo los espacios institucionales que emergen en la década de los noventa.⁴⁴

Nuestra apuesta, como municipalistas, es potenciar con gran acento el rol clave que tiene que jugar el nuevo Municipio. Nuestra acción se ubica en la perspectiva de apostar al proceso de descentralización de la sociedad como método, como instrumento democratizador, y pensamos que también como canalizador de todo aquel tejido social que se supone que converge con mucha fuerza a partir de la década de los ochenta y que tiene de alguna manera asiento en la historia territorial de nuestro país, sea como movimiento de pobladores, los más pobres de la ciudad, entre otros.

Hacemos esa apuesta: la creación del nuevo Municipio. Tal acción es oportuna cuando asistimos a la reforma de la Ley Orgánica de Municipalidades. Deseamos que los municipios tengan más atribuciones reales y más recursos para satisfacer las demandas urbano-sociales que nos plantea la sociedad local. Está de más decir que el movimiento de municipalidades o el municipalismo en Chile emerge en la década de los ochenta, hoy se le da a este espacio institucional un empoderamiento distinto al que tuvo paradójicamente en la década de los sesenta y parte de la década de los setenta. Si se mira hacia el pasado reciente es cierto que los municipios tienen hoy más atribuciones, más competencias, más poder para trabajar en la perspectiva de poder democratizar el país.

Al principio de la década de los noventa, se hace una primera reforma electoral, que ha venido a través del tiempo perfeccionándose, que en el año 99-

⁴⁴ Philip Oxhorn, MacGill University, Canadá, "La paradoja del gobierno autoritario: organización de los sectores populares en los ochenta y promesa de inclusión", sostiene que "Una de las paradojas del gobierno autoritario en Chile se manifestó en la emergencia de los sectores populares como un nuevo actor social colectivo..."

El lado opuesto de esta paradoja es que la vuelta a la democracia en 1990 también hizo cada vez más difícil que los sectores populares continuaran constituyéndose como tal actor social autónomo dentro del sistema político. Aunque uno pudiera suponer que sería más fácil para estos sectores seguir interviniendo en acciones colectivas con el fin de defender sus intereses una vez acabada la represión política y con la Concertación de centro-izquierda en el poder, ése no ha sido el caso. El carácter de la transición y la dinámica de la nueva era democrática crearon retos a los que los sectores populares no pudieron hacer frente.

Aunque la antigua matriz sociopolítica no ha sido recreada y los partidos políticos parecen más dispuestos y más capaces de trabajar con varios actores de la sociedad civil sin absorberlos, aun así los sectores populares, al menos hasta ahora, no han logrado aprovechar las nuevas oportunidades abiertas por la vuelta a la democracia.

2000 hace que la elección de los alcaldes se haga en una elección directa; incluso es la única elección en este país que rompe el espíritu del sistema electoral binominal, puesto que hay una elección directa de las autoridades en el mundo municipal, separándola entre alcaldes y concejales.

¿Qué sucede con estos procesos a lo largo de estos casi catorce años de transición democrática? Se ha hecho un gran esfuerzo en ir desarrollando identidad en lo local, con mucha fuerza, poniendo apuestas en función de las políticas públicas y por supuesto de la voluntad política de los alcaldes. Creo que esto es también un tema muy importante, porque de los 344 alcaldes, hay distintas miradas de los territorios. Una de las limitaciones que existe hoy día, a nivel de las posibilidades y habilidades de desarrollo local, tiene que ver con que no hay hoy día una voluntad colectiva política del mundo municipal en términos de tener una prefiguración, una construcción efectivamente democrática.

Hoy día hay falta de un actor político a nivel del espacio local, esta es la constatación que hago. El espacio local, a pesar de tener un cierto liderazgo, que se ve expresado a través de los alcaldes, sin embargo no ha logrado constituirse —el mundo municipal a través de sus alcaldes y concejos municipales— en un actor político relevante para hacer las discusiones más de fondo y para que efectivamente exista una política pública más descentralizada. Que existan programas que sean efectivamente empoderados de la sociedad local y que otorgue una calidad a la democracia mayor de la que precisamos hasta lo que ahora se ha construido.

Sin embargo, desde lo cotidiano, uno visualiza que hay una base sobre la cual sí podemos aspirar y contribuir a la construcción de una democracia de mayor calidad; eso está presente en el tejido social que se ha logrado construir en estos últimos años. Hay un cierto procedimiento de capacidad propia, hay una cierta instalación de capital social que es muy importante y que está ahí puesto. Existe un espacio idóneo para articular políticas públicas con el Estado central. Deberíamos propiciar la instalación de un debate público que efectivamente construya una descentralización más efectiva en este contexto, que exija a las autoridades nacionales que tengan una propuesta descentralizadora mucho más efectiva, que implique que las políticas públicas tengan mayores componentes decisionales de base, en este caso representados a través de los propios municipios, y por supuesto con el concurso de los liderazgos que están presentes en el territorio. Hoy día hay campos idóneos para eso; sin embar-

go, falta la expresión y la voluntad de las elites políticas que son las que administran de alguna manera el poder.

Por otra parte, hay procesos de intervención social interesantes, como ejemplo están los Planes de Desarrollo Comunal (PLADECO), hay PLADECOS registrados en todas las municipalidades, en unos casos con más participación de la ciudadanía y en otros con menos, en unos más formales porque solamente hacen suyas las exigencias de la Ley, en este caso. En varias comunas los PLADECOS pasan a ser ritos formales y administrativos. Pero existen experiencias a considerar en las Regiones VIII, X y Metropolitana, hay experiencias de participación en el desarrollo local.

En algunas experiencias de PLADECO existen Mesas de Barrio que convocan y concertan a los vecinos en torno a planes de desarrollo vecinal. Existen programas como los pavimentos participativos en los años 90 que fueron muy interesantes. Existen un empoderamiento territorial pero que muchas veces es efímera, pues solo tiene como sentido la participación en aquello que otorga la satisfacción a necesidades muy concretas. Sin embargo, así como a las autoridades municipales, en este caso los alcaldes, les falta empoderamiento para luchar por mayor distribución del poder. La articulación de lo social a nivel del territorio local también tiene la misma dificultad, hay una reproducción de alguna manera vertical del poder que va reproduciendo exactamente los mismos problemas que tiene a nivel vertical de cómo se estructura el poder hoy.

Una última afirmación. Sin duda nuestro país ha cambiado, todo el discurso de la derecha más conservadora que dice que nuestro país no ha cambiado, que aquí no ha pasado nada, sin duda tiene un peso muy grande, pero el país ha cambiado. Ha cambiado desde el punto de vista de la urbe, desde el punto de vista del transporte, desde el punto de vista de los grandes proyectos, desde las apuestas en la educación y en la salud.

Los componentes que tiene hoy día la salud –más allá de la discusión en torno al tema de las garantías públicas– si nos aproximamos a los modelos comunitarios de salud que hoy existen, son impensables en nuestro país hace décadas. Son impensables, la salud familiar que en el caso de El Bosque tenemos Consultorios de Salud Familiar que son interesantes desde el punto de vista de la relación que se hace con la comunidad para que ellos se empoderen en una calidad de vida distinta a la que tienen hoy día, para prevenir enfermedades complejas y que requieren de recursos financieros que la sociedad debe garantizar.

La gente tiene la percepción de vivir en un ambiente de mayores oportunidades, tiene ganas de ser más y tener mejoras en sus condiciones de vida, esa es la percepción que tiene la gente y creo que eso tiene que ver con las grandes transformaciones que se han provocado en nuestro país. Pero, sin embargo, al mismo tiempo tiene la percepción que requiere satisfacer ciertas construcciones que tienen que ver fundamentalmente con como se socializa el poder, estas son las afirmaciones que se hacen en este estudio que es bastante interesante y que yo diría que de alguna manera uno lo puede trasladar a la dimensión de lo local, a la dimensión de lo regional, en la idea de un poco ir construyendo más democracia.

Desde el punto de vista de la percepción de la gente existen ciertos obstáculos que podrían dificultar este proceso de precisión de optimismo, esa es como la percepción que existe, hay una insuficiente percepción de socialización del poder, y hay una desigualdad, hay una desigual distribución del poder de la acción personal, es decir las personas sienten que tienen más oportunidades pero, sin embargo, tienen la percepción y la visión de que no se les otorga, digamos, efectivamente esas garantías para poder ser más.⁴⁵

La acción política es el nudo que hay que tratar de resolver, para que se provoque un proceso de mayor democracia, una calidad mejor de la democracia. La acción política ha aportado un esquema al ejercicio de la gobernabilidad, ha estado centrado en eso, fundamentalmente, y sin embargo ha sido insuficiente y precaria en la capacidad de producir más democracia, ahí hay una contradicción que necesitamos nosotros de alguna manera resolver. Ello tiene que ver fundamentalmente con que los esquemas que la elite de alguna manera ha venido construyendo el tejido democrático, ha sido acertada en los esquemas de concertación, en la búsqueda de acuerdos, pero pienso que tiene temores, el miedo a la posibilidad de abrirse a una democracia mucho más participativa.

⁴⁵ PNUD. Estudio de Desarrollo Humano 2004. "El Poder: ¿para qué y para quiénes? El quinto Informe sobre Desarrollo Humano en Chile tiene un mensaje único y claro: hoy las personas tienen ganas de ser más y mejores, y para ello quieren ser protagonistas de los proyectos personales y colectivos en los que se involucran, no meros espectadores o beneficiarios. El país ha creado un piso de oportunidades que hace posible esos proyectos. Y la gente lo percibe, creándose un ambiente de mayor optimismo. Se mantienen, sin embargo, ciertos obstáculos que podrían dificultar el aprovechamiento del momento de oportunidades. Los dos elementos comunes de esas dificultades son la insuficiente disposición de poder social y una desigual distribución del poder de acción personal.

A mí me hace mucho más fuerza lo que se ha señalado en el sentido que nuestra sociedad es una sociedad que culturalmente es autoritaria en su historia. Si Chile quiere transitar por un camino y en una definición distinta apostando al empoderamiento y a la socialización del poder, dicha apuesta debería estar centrada en generar un nuevo Pacto Social, un nuevo pacto social que contribuya a la creación de una nueva Constitución donde se establezca claramente la definición de los territorios y sus competencias. Los territorios en Chile han sido definidos arbitrariamente a través del tiempo, la misma creación de las nuevas comunas de la Región Metropolitana –como El Bosque que por ejemplo su territorio fue definido de acuerdo a los intereses de un personaje importante de San Bernardo, que con su influencia se hizo una demarcación y límites absolutamente arbitrarios, dejando a nuestra comuna y a Lo Espejo ajenos a la posibilidad de vincularse y de articularse con el tejido industrial que existe en la parte norte de San Bernardo.

Sin embargo, existen propuestas que pueden avanzar en la línea de poder procurar más desarrollo más sustentable a través del asociativismo municipal. Esa es una apuesta que debemos hacer más allá del régimen que hoy día existe concretamente en la definición de los territorios.

Resolviendo la ecuación entre apostar más a la gobernabilidad o apostar más a la calidad de la democracia, en definitiva vamos a poder concurrir a procesos de mayor democracia y de mayor democracia local.

CUARTO CAPÍTULO

POLÍTICA PÚBLICA, IDENTIDAD Y COMUNIDAD

Identidad y Experiencias de Desarrollo

Gustavo Rayo*

Mi intervención en cierto sentido va a tomar elementos de síntesis quizás. Yo quisiera partir la reflexión justamente haciendo referencia y homenaje a Juan Luis Issern, Obispo de Ancud, con quien tuve el privilegio de poder colaborar, ya varios años atrás en Chiloé, en relación a un programa y proyecto, que más que a un programa y proyecto respondía a una filosofía comprensiva del desarrollo; tenía que ver con la temática de justamente la identidad, la cultura y el desarrollo.

La propuesta de monseñor Issern, era justamente intentar mirar la historia, desde el concepto, yo diría que hoy, en términos mas modernos, de la historicidad en la sociedad, es decir, cómo los individuos son capaces de construir una historia; y justamente, parte de la metodología con la cual trabajábamos, tenía que ver con construir un cuaderno de historia.

Pero el cuaderno de la historia tenía una finalidad no necesariamente nostálgica de los artefactos culturales del pasado, sino que tenía por finalidad básica comprender el sentido del protagonismo de los antiguos, en momentos donde la realidad insular de Chiloé la restaba del impacto cultural del continente; en el fondo era decir, miren, no importa tanto cuánto era y qué impacto, qué eficiencia tenía en aquella época la tecnología productiva utilizada, para trabajar la tierra, para extraer los peces del mar o para desarrollar otras actividades productivas, lo importante era el sentido que le atribuía cada uno de los individuos y sujetos aquí actuantes. ¿Para qué? Fundamentalmente para que hoy en una sociedad sometida al impacto cultural, que comenzó a vivir muy fuertemente Chiloé en los años 60, a fines de 70 en particular, 80, las nuevas generaciones valorizaran el sentido y protagonismo social, en ese caso comunitario, como forma de visualizar desarrollo.

Pero una segunda enseñanza de Monseñor Juan Luis Issern, era que esta metodología debía estar presente en todas las dimensiones de la vida social. El

* Director Dirección Desarrollo Regional Mideplan

cuaderno de la historia se construía en base al diálogo de sus niños y sus abuelos, pero eran los niños los que preguntaban, con las preguntas de su tiempo, no era el adulto que dictaba un discurso respecto de lo que quería decir o lo que quería callar, era el niño con su categoría del hoy y el aquí, el que rescataba de alguna manera, el sentido de la acción de sus mayores, y eso finalmente se transformaba en un relato que era recogido y luego analizado, por un grupo más amplio, por una comunidad más amplia.

Eso se transformó en un material de apoyo, para los colegios y las escuelas; ¿con qué idea?, la idea era justamente ser capaces de aproximarse a conceptos abstractos, como propios de la matemática por ejemplo, a partir de elementos de realidad vivida, que podían ser la construcción de cálculos en relación a la construcción de embarcaciones, a la construcción de casas, a las tiraduras de bueyes, que de alguna manera reportaban a ese joven un sentido de realidad, sobre todo pensando en chicos de cuarto año básico, en escuelas unidocentes y docentes, comunidades muy pequeñas, muy micro, justamente en la perspectiva, digo, de poder aproximarse a un mundo más abstracto, a partir de elementos propios de su realidad vivida. La identidad, en este caso, se veía desde el punto de vista del opuesto del impacto cultural.

¿Qué es el impacto cultural? Justamente la alienación, por así decirlo, la alienación del sentido de protagonismo de los individuos y las comunidades. Lo opuesto a ello es reforzar un sentido de protagonismo, no para mirar con una forma desafiante los desafíos del mundo presente o las influencias de otras culturas, sino que para mirarlas con sentido de discernimiento para la acción; es decir, para rescatar un sentido de protagonismo, en donde un segundo elemento importante y gravitante en la filosofía de Monseñor Issern, era la comunicación como el vehículo de construcción de identidad, y ahí estaba entonces la capacidad de utilizar todos los medios de comunicación posibles que proporcionaba la propia tecnología.

El obispo Issern fue de los primeros que ideó un modelo de trabajo de todos los territorios insulares del sur del mundo, para que realidades insulares de la globalidad del universo hablaran o hablaran a través de tecnologías –que en ese momento eran inclusive visiones satelitales–, para hablar de su historia y de la forma como enfrentaban el impacto cultural desde la realidad insular. Y sin duda un tercer elemento viene ser el concepto de la descentralización como camino de viabilización del protagonismo de los individuos y las comunidades.

Una segunda línea de reflexión que les quería proponer en ese sentido y que recoge en gran medida la discusión que ha estado presente durante estos dos días, tiene que ver con el hecho de que en una sociedad, evidentemente, y creo que no era el propósito tampoco del encuentro, señalar como único concepto de unidad pertinente el de identidad nacional o el de la chilenidad; sin duda es un elemento importante de reforzar y fortalecer, pero sabemos que la identidad –así como se correlaciona con diferentes grupos y pertenencias sociales–, tenemos que asumir que la identidad es un proceso en construcción y en conflicto a la vez.

La identidad no es ajena a las realidades específicas de territorio –como bien planteaba Yolanda previamente–, y no es ajena a la constitución y desestructuración de movimientos sociales, que obviamente buscan, por así decirlo, imponer o disputar un concepto hegemónico de la identidad. Si nos recordamos o nos reportamos hacia el pasado –por lo menos cuando yo asistía a la escuela–, nos indicaban que Chile era una raza única y homogénea; esa era efectivamente una visión de una elite en nuestro país. Por cierto ese concepto hoy parece no solo anacrónico e injusto, sino tremendamente absurdo e ineficaz para conducir cualquier política pública.

Hoy se admite en definitiva el principio de la diversidad, como principio constitutivo del Chile posible hacia el futuro.

Si nosotros asumimos que en definitiva la historicidad, como la capacidad de individuos y grupos de construir su modelo de organización, de discernir sobre los valores pertinentes que guíen su acción colectiva, que dinamicen los procesos de cambios que interesan a sus particulares sentidos de pertenencia y de identidad, y lo hacen ya no a partir de modelos necesariamente pre-establecidos, no a través de leyes naturales, no a través de sentidos por así decirlo inmanentes de raza, etnia, sino que a partir de decisiones, de proyectos, de visiones de futuros posibles, entramos en un concepto de identidad mucho más rico, que no es un concepto necesariamente en un tiempo y espacio, sino que es un concepto en permanente construcción.

Ahora, desde ese punto de vista, yo creo que en nuestro país hemos hecho un progreso notable en los últimos tiempos, y sin caer necesariamente en una opción autocomplaciente creo que hay una evolución significativa, pero ubicado en lo que es la realidad de cualquier Estado; la preocupación del Estado es la unidad, es la cohesión, no es estimular necesariamente la diversidad,

justamente porque ya lo planteaban previamente, la preocupación, por ejemplo, por la gobernabilidad se transforma en el elemento absolutamente tensionante frente a cualquier expectativa de diversidad.

Hoy día Cataluña plantea su concepto de nación dentro del Estado español; la inmediata reacción del rey Juan Carlos, sí, pero sin amenazar la unidad del Estado español; obviamente hay una tensión, pero aun admitiendo ese carácter –como bien lo planteaba también Elizabeth Lira, profunda conocedora de la historia de nuestro país–, este país de una cultura tan fuertemente estatal, donde la sociedad en definitiva ha sido el producto mismo de ese Estado, donde en gran medida el Estado, como bien diría Góngora, ha moldeado la sociedad civil chilena.

El hecho que hoy nos planteemos conceptos, líneas transversales, destinadas a reconstruir un sentido de identidad a partir de la diversidad, es algo que debemos valorar; entre ellos, por ejemplo, como ejes transversales, la promoción de los derechos humanos, la promoción del derecho de los pueblos originarios a tener rango constitucional, como es el concepto de la sustentabilidad ambiental, como es el propio concepto de la territorialidad en la política pública, del crecimiento con equidad.

Creo que hay muchos elementos de política pública que se van orientando realmente en esa perspectiva; nosotros tendríamos que revisar en ese sentido, por ejemplo, que las políticas orientadas a la formulación de cursos de acción a partir de la base, yo no creo que necesariamente el concurso de proyectos sea una modalidad que disgregue; puede ser perfectamente –dependiendo de cómo se realizan, de quienes son los que seleccionan– una unidad profundamente integradora.

El Chile Solidario podría ser una opción tremendamente integradora, por ejemplo, si las propias dirigencias comunitarias fueran quienes seleccionaran o identificaran aquellas familias en condición de exclusión, y no el concepto burocrático, al cual hacía referencia Daniel, a partir de un concepto estadístico y una línea base; tendría mucho más sentido que las organizaciones comunitarias, que los observadores calificados del territorio, que los líderes sociales efectivamente dijeren: éstas son las familias que están más lejos de las posibilidades de la inclusión y la integración social, y a partir de ello no es un Estado solidario sino que es una sociedad solidaria, es un vecindario solidario; tendría mucha más potencia. Yo creo que las políticas orientadas a la promoción

cultural, al acceso y dominio de nuevas tecnologías de información, también son caminos destinados al mayor protagonismo de los grupos de identidades. Bien, lo dejo hasta aquí. Gracias.

Lo Social y la Identidad en las Políticas Sociales

Germán Rozas*

1. Evolución de las Políticas Sociales

En la historia de las políticas sociales en Chile frente a ciertos problemas sociales como la pobreza, entre otros, han existido a lo menos cuatro etapas dignas de destacarse. La primera a inicios del siglo pasado (1900), el desarrollo de propuestas vagas y difusas, pero centradas básicamente en la caridad, donde no existió un concepto profundo de lo social, de manera que lo social prácticamente no existió y más bien los problemas de la época fueron concebidos como realidades surgidas de modo ajeno a la sociedad, ajenas a sus estructuras. Por lo mismo lo que queda son sólo posibles iniciativas privadas que pudieran abocarse al tema, pero como una cuestión de voluntad propia. El Estado se mantiene al margen y es más bien la iglesia que acude a la ayuda de los pobres, pero como un gesto de caridad. También estuvieron presentes, aunque como iniciativas propias las autoayudas generadas por las organizaciones populares de la época como fueron las mancomunales y otras asociaciones de trabajadores, que actuaban como asociaciones de socorros mutuos.

Posteriormente surge el Estado de Bienestar (1930-1960) que pone el acento en la obligación del Estado de atender lo Social, pero ahora no como una cuestión de buena voluntad sino como una tarea del Estado. Lo social aquí surge como un derecho. Es un derecho de la población de disponer de atención a sus necesidades fundamentales; es así que se inicia en ese periodo la conformación de instituciones cuya misión es entregar beneficios sociales gratuitos, o de bajo costo, entendido todo ello como una obligación de la sociedad para con su población. Son los inicios de la enseñanza primaria gratuita en el ámbito educacional, como así mismo la creación del Servicio Nacional de Salud el año 1952, la creación de leyes y reglamentos que regulaban y vigilaban el buen ejercicio de los derechos laborales para los trabajadores, etc.

* Director Magíster en Psicología Comunitaria Universidad de Chile.

Desde el marco de discusión planteado aquí, lo social surge para el Estado y para toda la sociedad como un área de reconocimiento fundamental para el desarrollo del país, necesaria de ser atendida y permanentemente fortalecida. Ahora el tema aquí no es la metodología, que fue principalmente asistencialista, sino cómo fue acogido este ámbito, fue la legitimidad que adquirió. Por lo tanto lo que importa es que se dio inicio en el país a la construcción de un camino hacia un mejor desempeño del área social.

Una tercera fase fue aquella donde la política social se centra en lo social propiamente tal. En este periodo se profesionaliza el trabajo con lo social, surge la importancia de los indicadores sociales, que muestran los déficit de vivienda, de salud, de alimentación, de educación, de trabajo, de jubilación (1960-1970). Es decir son los avances hacia un abordaje serio, documentado, y técnico de lo social. Interesó aquí medir los problemas sociales, dimensionar con exactitud cuáles eran las carencias, los déficit, para actuar e intervenir. Habiéndose reconocido y legitimado la importancia de lo social, el Estado ahora debía desarrollar planes de trabajo, y destinar recursos, pero además, acorde con una evaluación técnica de los problemas sociales. No obstante, pese al avance y la importancia de lo técnico en este ámbito, igualmente lo social fue entendido y focalizado sobre las carencias.

Durante la dictadura (1973-1989), comprendida dentro de la tercera fase, se concibió lo social en relación a lo económico, pero generando un retroceso conceptual, señalando que los problemas sociales son una secuela del desarrollo económico. Se pone así en oposición las políticas económicas contra las políticas sociales, resultando privilegiado lo económico. Lo social cae dentro del concepto de Estado Subsidiario, cuyo rol sólo es complementar lo económico al buscar resolver los problemas sociales, pero concebidos como secuelas indeseables. Se actúa igualmente de modo técnico pero de manera parcial, lo social es secundario. Bajo el concepto de focalizar los recursos en problemas puntuales se generan instrumentos como la encuesta CAS, el mapa de la extrema pobreza, la red social y todo ello bajo la creación de Odeplan. Los problemas sociales no atendidos por el Estado se resolverían bajo el modelo de la Teoría del Chorreo, es decir el crecimiento de la economía permitiría un excedente que iría en ayuda de los sectores más desfavorecidos. Ello nunca ocurrió y durante la dictadura la pobreza alcanzó los más altos niveles de toda la historia del país.

Y finalmente, cuarta y última fase, en la cual la política social recoge una demanda presente en diferentes espacios como es la necesidad de incorporar la subjetividad (1990-2005). En esta fase se produce un periodo en que la lógica general de la tercera fase se mantiene, aunque se perfecciona. Se trata de continuar con la profesionalización del trabajo con lo social, pero no solamente generando mejores indicadores sino ahora perfeccionando las estrategias de intervención. Se pone el acento en la intervención. Estando claro que el Estado pone recursos para atender los problemas sociales, pero ahora se trata de cómo resolverlos más profundamente. La idea es llegar a quienes más lo necesitan pero, también, encontrar soluciones permanentes. Es decir se trata de tener éxito en las soluciones. A partir de esta nueva meta presente en el ideario de la acción pública, surgen un conjunto de programas que proponen diferentes modos de acción, abordando un gran abanico de variables y posibilidades.

A modo de ejemplo se trabaja con grupos vulnerables, se pone énfasis en la organización de la comunidad, se privilegia la capacidad productiva de sectores pobres, se busca aumentar la participación, se busca involucrar a los consejos directivos locales y regionales, se busca asociar la acción social a planes de desarrollo comunal, etc. Es un periodo de ensayo y de mejoramiento de la acción técnica y profesional de la intervención social. Paralelamente el Estado, más democrático, tiene mecanismos internos de crítica, la oposición exige constantemente probar la eficacia de los recursos invertidos lo que obliga al ejecutivo, constantemente, a diseñar instrumentos de evaluación que permitan dar cuenta de lo hecho y de los resultados. Adquiere importancia la evaluación costo-beneficio, la evaluación de resultados.

Bajo este periodo vale señalar que el concepto de lo social o más bien dicho de las políticas sociales va directamente ligado a las políticas económicas, al menos conceptualmente. El planteamiento es que el desarrollo debe entenderse de modo más amplio y de modo integral, es decir no hay desarrollo si sólo se fortalece lo económico. El desarrollo requiere articuladamente un desarrollo económico y social. No es casual que al inicio de esta fase se haya hecho mención como parte de esos nuevos conceptos de lo social al tema de la equidad y el desarrollo con equidad. El tema es que eso no se ha cumplido y la inequidad se mantiene.

Continuando con esta fase ha surgido, en este contexto por mejorar técnicamente la implementación de políticas sociales, un conjunto de nuevos proce-

sos que han generado un cambio significativo en la realidad social del país; hablemos de un cambio cualitativo. Esto está relacionado con varios hechos que en su conjunto van mostrando este tipo de cambio. Uno de ellos han sido los sucesivos informes del PNUD, que ponen el acento en el Desarrollo Humano; particularmente el año 1998 se da a conocer el informe sobre percepción de inseguridad de la población en la sociedad chilena, pese a los éxitos económicos del país. Este informe introduce el concepto de percepción, es decir un tema cognitivo y en definitiva un tema subjetivo.

Paralelamente el mismo Estado comienza a llevar a la práctica transformaciones institucionales de envergadura como son las Reformas de Educación, de Salud, de Justicia, que apunta a nuevos conceptos como son la satisfacción del usuario, la calidad de vida y la mayor eficacia en el servicio público.

También en el periodo surgen fenómenos como las barras bravas en el fútbol, y ciertos movimientos sociales contestatarios al gobierno como es el Foro social y nuevos referentes políticos.

Recientemente (2004-2005) se han realizado, por otro lado, evaluaciones de programas sociales emblemáticos del Estado como son Chile Barrio, el Programa Puente, Chile Solidario, y de estas evaluaciones que en general arrojan resultados positivos, surgen también críticas que apuntan a limitaciones en los conceptos de acción allí presentes. Los beneficiarios de estos programas son efectivamente beneficiarios, es decir objetos de la acción social y no sujetos de la acción social.

En estos ejemplos señalados surgen entonces nuevos fenómenos y procesos que apuntan a aspectos subjetivos, opiniones, evaluaciones, críticas de la población respecto de lo que se les plantea, como también la necesidad de participación como sujetos de política social y no como objetos. Lo que refiere a un tipo de participación más profunda y no como un simple slogan.

¿Por qué estas dificultades? Porque detrás de esto está el ámbito de la subjetividad, realidad todavía no suficientemente conocida. Y no sólo eso, además, se trata de que los cambios en las realidades subjetivas se concreten, se lleven a la práctica; se requiere que las posibles soluciones, la población particularmente las asuma como suyas.

Esto en el fondo tiene que ver con un cambio de paradigma. Punto al que se hace referencia a continuación.

2. Importancia del trabajo con lo social hoy en día

Como se señala más arriba habitualmente se ha entendido lo social desde las carencias. Y este concepto: carencias, es clave por cuanto resume muy bien lo que ha hecho el Estado y también el sector privado desde diferentes enfoques.

Ya sea desde lo caritativo en la iglesia o ya sea desde lo profesional en las primeras fases de las políticas sociales, en el país han sido las carencias las que definen las políticas sociales.

Por un lado las carencias hacen presente un modelo de interpretación del fenómeno social como negativo, es un encuadre negativo, y avanzando hacia un extremo, lo social es visto fundamentalmente como un problema social.

Es cierto que hay muchos problemas sociales, delincuencia, drogadicción, cesantía, etc., pero es evidente que lo social es mucho más que eso. Desde ya lo social apela a la sociedad, a lo cultural, a la historia, a la política, a los movimientos sociales, es decir, hay muchos temas, no nos referiremos a eso ahora. Lo que sí nos interesa es ver lo social desde un encuadre positivo.

Un encuadre positivo refiere a observar la realidad no sólo como carencias sino también como potencialidades. Es lo que ha hecho el PNUD, plantear el concepto de Desarrollo Humano, o como ha hecho el Banco Mundial, que por mucho que no nos guste, ha sugerido revisar en las sociedades el "Capital Social" o como ha hecho Muhammad Yunus, economista de Bangladesh, quien creó la Banca para los pobres, porque confiaba en las potencialidades de los pobres.

Robert Putnam define el Capital social como: "...Grado de confianza existente entre actores sociales, de una sociedad, las normas del comportamiento cívico practicadas y el nivel de asociatividad".

Es decir Putnam pone el acento en la confianza producto de las normas cívicas. Otros autores como John Durston hablan de Capital social Comunitario señalando que el capital social es más amplio, no es un recurso individual sino una forma de institucionalidad social, que también existe en la institución informal, dentro y fuera de las organizaciones formales, a nivel de la comunidad o sistema social más amplio, además está configurado por normas, prácticas y relaciones interpersonales existentes y observables.

Un interesante ejemplo al respecto es la investigación sobre grado de Asociatividad y el rendimiento económico en hogares de Tanzania, en familias pobres, realizada por Narayan y Pritchett (1997). Se estudió el grado de Asociatividad y el rendimiento económico en hogares de Tanzania, en familias pobres. Los resultados señalan que las familias con mayores ingresos eran las que tenían más alto grado de participación en organizaciones colectivas. Sus prácticas agrícolas eran mejores; tenían más información sobre agroquímicos, fertilizantes, y semillas mejoradas; tenían mejor información sobre el mercado, estaban más dispuestos a correr riesgos, se sentían más protegidos por la red; influían en el mejoramiento de los servicios públicos; cooperaban más con el Municipio.

Por otro lado la mirada en las carencias se complementa con otros aspectos que mantienen a la política social en el encuadre negativo. Las mediciones de la pobreza por ejemplo, ponen el acento en el concepto de población. Pero desde una perspectiva demográfica, claro, la población pobre, por ejemplo, o los pobres, son más bien cifras y promedios, los cuales se construyen de manera general sin mayor localización territorial.

Esto hace que la población se transforme en un ente abstracto y con ello la intervención apunte también a una realidad abstracta. Es decir si los datos señalan que el 10% de la población recibe un 1% del PIB, las políticas sociales se focalizan sobre ese 10%, pero sin considerar que dentro de ese porcentaje hay muchas personas que viven en contextos diferentes y que los beneficios del aporte que se les pudiera hacer llegar van a depender de esos contextos, de esas realidades y necesidades locales.

A partir del concepto abstracto de población, demográficamente hablando, se propone el trabajar con los grupos vulnerables. No obstante, esta propuesta estratégica está sujeta a la misma crítica, en cuanto que los sectores vulnerables, si bien cumplen como política de aprovechar mejor los recursos, igualmente es una población abstracta, visible sólo en la cifras, ya sean jóvenes, tercera edad, o indígenas, son sólo constructos, en tanto en términos reales los jóvenes u otros viven en espacios concretos, cuyas condiciones negativas y de potencialidades son diferentes en uno u otro grupo de jóvenes.

Finalmente está la cuestión política, que provoca muchas veces propuestas demagógicas que no buscan realmente resolver los problemas sino utilizarlos para un beneficio electoral.

Nuevas miradas de lo Social:

Como se decía más arriba, hoy día asistimos a un cambio de paradigma. Las etapas anteriores han dejado paso a una nueva forma de entender lo social. Se trata principalmente de concebir lo social como una construcción colectiva, con participación, con negociación, pero además y especialmente significa compartir la definición misma de las Políticas sociales y su aplicación a un Proyecto específico. Esto pasa por un nuevo concepto como es el de Interculturalidad, el cual implica una adecuada comprensión de la diversidad social.

Esto es un remezón que se ha producido en los años recientes y este impacto sacude las bases epistemológicas del concepto tradicional de lo social.

Un nuevo paradigma surge desde Berger y Luckman, en su planteamiento sobre la Construcción Social de la Realidad, hasta los escritos de Foucault, Bourdieu y otros como Luhmann, que hacen referencia a la teoría de los sistemas sociales.

Lo cuestionado aquí es el paradigma positivista y por lo tanto el enfoque positivista de la educación y de la investigación y de la Intervención.

La concepción clásica del paradigma positivista en las políticas sociales es que la realidad social es vista como un problema. La pobreza es un problema y los que viven la pobreza son los pobres, por lo tanto atacamos el problema. ¿Cómo?, primero midamos la dimensión del problema y luego apliquemos un programa de intervención, luego debiéramos esperar que los pobres salgan de la pobreza, es decir cambien su comportamiento, su equivocado modo de vida de acuerdo a como corresponde vivir en la sociedad, siguiendo los cánones establecidos, y así habría integración y solución al problema.

La propuesta que surge hoy día, la nueva propuesta, es el enfoque constructorista. No es fácil explicar esta propuesta por cuanto hay varios elementos implicados. Veamos primero una mirada general y luego una más específica.

Si observamos las políticas sociales desde un enfoque constructorista diríamos que la pobreza es un problema; puede ser...., pero para quién. Probablemente para el Estado, para los sectores acomodados, para los empresarios, habría que ver. Si decimos para el Estado, bien, le interesa sacar a los pobres de la pobreza, pero qué significa para los pobres salir de la pobreza, habría que preguntarles. Tal vez dirían: hay que hacer un esfuerzo por cambiar su forma de ser. Claro, y allí empiezan las dificultades y las distorsiones. Cambiar

la forma de ser implica levantarse temprano en la mañana, estudiar, aprender un oficio, etc. Eso está bien, pero eso es el comienzo de otras cosas más, como ahorrar dinero, comprarse una casa, comprarse un auto, pero eso significa otras cosas más, tener tarjetas de crédito, tener celular, cambiarse a un buen barrio, usar la ropa de moda, salir a recrearse al Mall.

Entonces, primera constatación, salir de la pobreza no sólo es eso sino además hacer un pacto con un nuevo estilo de vida. Un modo de vida que no ha sido diseñado por los pobres sino por otros, la sociedad, los ricos, Bill Gates, en fin. Entonces qué pasa con los pobres, qué otra cosa podrían decir.

Esto es una hipótesis. Podrían decir que cambiar de estilo de vida es dejar su modo habitual de vida, es decir, cambiar su forma de ser. Esto suena simple, pero es muy complejo. Pongámoslo de la siguiente manera. Ud. es latinoamericano y se va a vivir a Francia con su familia. Luego de 5 años, Ud. ha aprendido a hablar malamente francés, por lo tanto trabaja como obrero en una industria y no puede acceder a otros puestos porque no sabe hablar bien el idioma local, lo que implica que le cuesta seguir cursos de capacitación que son en francés; además la tecnología que le enseñan en esos cursos es de muy alto nivel, claro, estamos en Francia, donde son especialistas en robótica y nanotecnología, y por lo tanto prefiere seguir como obrero, mientras tanto su señora que sabe coser y tejer vende sus cosas en el barrio pero, poco vende pues toda la ropa en Francia se importa desde India o el oriente y a precios muy bajos, y luego sus hijos que sí han aprendido bien francés, pero han ingresado al colegio público, que no son malos, pero allí se encontraron con otros migrantes de África, migrantes del Magreb, y otros migrantes del área socialista de Europa y al final más que transformarse en franceses, sus hijos se identifican más bien con los países subdesarrollados, integrando de esta manera ciertas pandillas, que les permiten pasarlo bien, hacer algunas pequeñas fechorías y combatir así también el maltrato de la cultura francesa que los trata como tercermundistas, sudacas, africanos, u otros epítetos que a Ud. le hacen sentir, y a toda su familia, ciudadanos de segunda clase; para peor uno de sus hijos cae detenido porque en la protestas populares fue preso por la policía en las revueltas de octubre del 2005... Entonces después de 10 años Ud. lo único que quiere es volver a Chile, porque allí está su gente, allí está su familia, allá lo entienden, allá la robótica no tiene ninguna importancia, allá Ud. puede comer fruta fresca y rica, y dulce y bien asoleada y allá sus hijos serían personas normales...

Y si a Ud., después de tener claro todo este panorama, viniera el Estado francés, con un enfoque construccionista, y le preguntara: ¿quiere cambiar su estilo de vida, dejar de ser lo que es y con eso salir de la pobreza?... ¿qué diría Ud?... Probablemente diría que “allí en mi país no soy pobre, son Uds. los que me catalogan como pobre, y allí en mi país es cierto que nos faltan cosas, tenemos carencias, y déficit, pero también tenemos otras cosas que sí son valiosas, nuestra gente, nuestras costumbres, el cariño, el campo, la cordillera, el sol”; en fin, seguro no pararía de hablar. El hecho que plantee su punto de vista, hace emerger su propio mundo y allí está lo importante, porque en esa mirada están los mecanismos de solución y de integración. Aunque desde el construccionismo la integración no es la adaptación sino el cambio mutuo, por lado y lado. No sabemos si los franceses están dispuestos a...

La perspectiva construccionista plantea que la realidad se construye, por lo tanto los caminos a seguir por la políticas sociales también deben construirse, pero no por los expertos y el director del programa o por los políticos, sino que se hace colectivamente, entre los diferentes actores involucrados. ¿Qué implica esto? Significa que en la política social no sólo se trata de la meta final, salir de la pobreza, sino también se trata del proceso, en el cual van apareciendo otras realidades, otros intereses que deben ser contemplados y además se trata de analizar relaciones de posición que tienen cada uno de los participantes, los problemas de dominación y de dependencia solapada que existen detrás, etc., que impiden trabajar en una atmósfera de confianza.

Algunos elementos del Construccionismo:

La crítica aquí, desde Paulo Freire en adelante, es que la realidad tiene diferente actores, y que son estos los que construyen la realidad, por lo tanto el conocimiento, o la intervención no existe independiente de las personas, de la cultura, o del profesional con su proyecto.

Si tomamos la idea de una piedra, la piedra es una construcción social. En realidad la piedra no existe, sólo existe en la cabeza de las personas. No es que no exista un objeto fuera de las personas, sí existe, pero ese objeto adquirió el carácter de piedra por cuanto eso es lo que significa para los actores que la definen, podría ser un ladrillo o un proyectil.

Otro ejemplo: ¿La nieve es blanca? No es blanca, los colores son una longitud de onda y nuestro aparato sensorial trabaja en un fragmento de ondas, y percibe como blanco algo que no es blanco.

Otra vez: ¿la nieve es blanca?, sí es blanca, pero no como una afirmación que se corresponda con la realidad sino porque lo que somos hace que sea verdadera. Las cosas son lo que somos, las hemos construido a nuestra medida.

Si en lugar de tener el tamaño que tenemos sólo tuviésemos el tamaño de un átomo sin que ninguna otra cosa cambiase, ¿existirían los árboles? Algo diferente existiría en su lugar, los mismos árboles pero concebidos de otra manera. Pero seguramente los árboles no estarían en nuestro campo perceptivo por lo tanto no serían sujetos de nuestro mundo.

Lo que se construyen son categorías. Entonces cuando hablamos de lo social, también debemos hablar de cómo se construyen esas categorías. Por cuanto estas definen la realidad y tiene un poder tan enorme que detrás de esas categorías se definen guerras, se discrimina a los grupos étnicos, se decide la orientación de una política pública.

Entonces cuando hablamos de obtener conocimiento o de intervenir también debemos referirnos a intervenir en esas categorías. Una vez que hacemos eso las mismas transforman la realidad y se produce una nueva. Un ejemplo de esto es el análisis del discurso.

Un buen alumno es aquel que escucha a su profesor y aprende bien la lección. Ese es un discurso. Si lo analizamos vemos que habrían en principio dos aspectos. Uno es el contenido explícito, el rol del alumno, escuchar y aprender.

Otro oculto es que el alumno no sabe y debe obedecer al profesor, y además hay una naturalización y objetivación de la realidad. Esto último quizás es lo más importante por cuanto el discurso tiene la capacidad de hacer real una afirmación (construye una realidad), por ejemplo: existen los buenos alumnos y los malos, y eso sería incuestionable, es la realidad; las cosas son así, aquí y en todo el mundo. En esta afirmación, “hay malos alumnos”, estamos etiquetando, estamos definiendo la realidad y además estamos construyendo una relación de poder. El alumno no sabe, por lo tanto debe escuchar y obedecer; en cambio el profesor sabe y es el que domina la situación.

El mismo discurso oculta los mecanismos que hacen la realidad, no permite, no deja ver con claridad cómo esa verdad fue en definitiva hecha por personas, por grupos, por sociedades. Es decir esa verdad es un acuerdo social, es un producto de la interacción de un grupo o clase social.

Al intervenir la realidad desde la perspectiva construccionista y desde la política social el concepto de participación aparece vago y general. Se usa habitualmente, pero en realidad es sólo un cliché, sólo para quedar bien. Si habláramos de una verdadera participación por ejemplo, el tema debiera referirse a las comunidades de práctica (Martínez, V. 2005), a las Comunidades de Aprendizaje (Coll, C., 2001) o a la intervención desde la Perspectiva Situada (Montenegro, M., 2004).

La participación es un proceso de re-construcción de la realidad. La exploración de las articulaciones, de la explicitación de las significaciones e implicancias, permite el despliegue de las concepciones acerca de la realidad. Es una tarea de-constructiva de los marcos conceptuales, metodológicos y de acción; y una tarea co-constructiva.

Requiere cumplir ciertas condiciones: Transformación en las relaciones entre el equipo y la comunidad o grupo objetivo de la política social, reinterpretar nociones como cambio, poder, salud, comunidad, pobreza, etc. Es un proceso de encaje y negociación de significados presentes en proyectos compartidos.

La instalación de nuevos conceptos devienen en organizadores de las prácticas. La co-construcción genera un marco que le otorga sentido a las acciones comunes.

3. ¿Por qué fortalecer la identidad dentro de las políticas sociales?

A continuación un caso presentado por Edgar Morin sobre una comunidad indígena, los Cris:

“En la lógica de desarrollo, Hydro-Quebec emprendió la construcción de grandes presas, destinadas a proporcionar electricidad barata a toda la provincia, y, por eso mismo, a atraer la instalación de fábricas de aluminio. Parte del territorio se compró a los indios Cris, lo que les proporcionó los medios para volverse sedentarios, adquirir casas y equipamiento electrodoméstico y adoptar y adaptarse al trabajo/energía/crecimiento, etc. Pero en los territorios adquiridos por Hydro-Quebec, la creación de lagos artificiales cortó las rutas migratorias de los Caribús, y la liberación de fósforo en sus aguas volvió no comestible el pescado. Los hombres, obligados a abandonar sus antiguas actividades vitales de cazadores y pescadores, se fueron a trabajar en la construcción de diques y después se transformaron en desocupados. Los viejos se

dejaron morir inactivos. Los jóvenes cayeron en el alcoholismo... Las mujeres, que, sin transición, abandonaron el pescado y la carne por los farináceos y los dulces, se volvieron obesas. La antigua comunidad se destruyó y no se construyó una nueva. El altruismo dejó su lugar al egoísmo. Un antiguo modo de vida, un antiguo mundo de vida, se ha muerto. Llegó el bienestar doméstico, con el alcoholismo, la droga, el aburrimiento. Los Cris hoy son ricos en mercaderías y empobrecidos de alma, desdichados y se hallan en vías de desaparición" (Morin, E. y Hern, A. 1993: 91).

Este es un ejemplo de atropello a la identidad de una comunidad como muchas otras. Habla de la paradoja que implica la modernidad y la pérdida de elementos centrales e íntimos de los grupos y comunidades que al final no contribuyen a su crecimiento. Hace referencia en definitiva a cómo las Políticas Sociales deben hacerse cargo de estos aspectos psicosociales y subjetivos que tienen una fuerte incidencia en el éxito en la integración social de una comunidad pobre.

Estamos nuevamente en la 4ª fase de las políticas sociales, señalada más arriba.

Si hablamos de lo social, la Identidad es un elemento social y Psicosocial. La identidad esta asociada a la autonomía y a la autoestima, a la resiliencia. La identidad es parte de las riquezas de la Comunidad como el Capital Social, el Capital Cultural. Constituye un proceso de reafirmación de la comunidad y una estimulación a su capacidad de acción.

Según Larraín (2001) la identidad no es una especie de alma o esencia con la que se nace, sino que es un proceso de construcción entre personas y grupos. Los individuos van definiéndose a sí mismos en directa relación con otras personas y grupos.

En este proceso el grupo, la comunidad se desarrolla en la medida que se va generando un sentido de pertenencia, el cual se fortalece cuando hay identidad. La Comunidad al incluir a los individuos en su colectividad y desarrollar conjuntamente una identidad genera un sentimiento de lealtad, y esto cohesiona al grupo y lo prepara para la acción y la participación.

Otro aspecto importante en el fortalecimiento de la identidad es el territorio.

Moreno, E. & Pool, E. (1999) hacen un análisis que demuestra la fuerte relación entre identidad y territorio, desde una perspectiva psicológica. La afirma-

ción de la identidad tiene una mayor solidez en tanto cuanto surge con afiatamiento a un territorio.

Su análisis permite observar la estricta asociación del desarrollo y crecimiento de la comunidad con el aspecto espacial-geográfico. De esta relación nace un producto que se va constituyendo en base a las experiencias de la población con las posibilidades y oportunidades que le brinda su territorio de asentamiento; este producto es la identidad, o dicho de otra manera su identificación con un espacio determinado.

La comunidad se “enfrenta” con el territorio de modo de extraer recursos para su sobrevivencia. La zona geográfica, las posibilidades y alternativas varían de región en región, aspectos esenciales que limitan o potencian el desarrollo de la comunidad, la cual desarrolla estrategias, técnicas, conocimientos y en definitiva experiencias que definen la historia de la misma.

Una vez que surge la apropiación del espacio nace el Espacio Simbólico, es decir un conjunto de significados socioculturales asociados a un espacio. Este último se transforma en un lugar. Lugar es un espacio con significado. Los espacios son construidos a partir de un acuerdo social. Dicho de otra manera, es la Construcción Social del Espacio.

De aquí entonces surge la relación entre Espacio Simbólico e Identidad Social. Es decir, simbólicamente la comunidad se identifica con un territorio porque es “su espacio”, porque dicho espacio le provee los recursos para resolver “sus necesidades”, porque aspectos del espacio están identificados para “sus actividades específicas”, etc. El territorio hace a la comunidad, la comunidad hace al territorio, de esta interacción surge la identidad territorial, de la cual se desprende la identidad simbólica, es decir conceptual, nutrida de significados.

De esta manera el concepto de territorio implica más que un espacio determinado, es además un conjunto de relaciones y redes, sociales, culturales, políticas, históricas y económicas.

Por ello una comunidad no es sólo un grupo de personas, o una comunidad y su territorio, sino un grupo de personas con una identidad comunitaria. Trabajar desde las políticas sociales con una comunidad significa trabajar con un grupo de personas, que están asociadas a un territorio, que al mismo tiempo es un espacio simbólico y que tiene una identidad.

Si la política social sólo trabaja con personas desprendidas de su identidad es como trabajar con una comunidad vacía, que no sabe quién es ella misma. Que pierde sus elementos de cohesión y su fuerza para la acción. Trabajaría con una comunidad con amnesia, que no sabe cuáles son sus necesidades y no sabe para dónde va, por lo tanto insatisfecha, pobre y dañada permanentemente.

Una identidad fortalecida, implica una comunidad fortalecida, y ello a su vez implica éxito de las Políticas sociales.

4. Cómo incorporar la identidad en las políticas públicas

El trabajo con la Identidad está relacionado con la construcción de lo Social, y esto es entre otras cosas, el fortalecimiento comunitario, es decir, el fortalecimiento de sus líderes, de su territorio, de su sentido de pertenencia, recuperación de su Capital Social, etc., tal como se señala arriba.

Uno de los aspectos importantes en este aspecto es el desarrollo de un vínculo entre la comunidad y el Estado.

En este punto es adecuado relevar que ha habido una fractura histórica de la relación entre comunidad y autoridades. La dictadura fue la expresión más radical de esta situación.

También hay una rotura y una fragmentación en la actualidad, en tanto hoy en día muchas cosas se dejan pasar, no se resuelven, se dilatan. Se enfrentan desde la mirada política y no desde la mirada de la comunidad.

La recuperación del vínculo Comunidad y Estado se realiza a través de la conversación, a través de acuerdos, explícitos o implícitos. Se trata fundamentalmente de generar una relación, una relación madura. Esto implica un cambio cualitativo, una nueva relación marcada por la participación, la confianza y la posibilidad de revisar horizontalmente la realidad local para transformarla.

Este conversar y esta generación de un vínculo entre la comunidad y el Estado se encuentra asociado a la Interculturalidad.

Al respecto hay que entender que somos un país diverso, Chile tiene 13 regiones, tiene 13 culturas o subculturas. Como así mismo está inserto en una realidad latinoamericana, constituida por Naciones pluriétnicas y multiculturales. Así mismo en nuestras ciudades coexisten en un mismo espacio personas de diferentes culturas.

En relación a la cultura se trata de observar que la cultura es un recurso social, no un fin en sí misma sino un medio de desarrollo. No se trata de preservar la cultura sino de desarrollarla. En la cultura hay conocimientos, experiencias, herramientas, hay sistemas productivos innovadores. Se trata de saber rescatarlos, fortalecerlos y ponerlos a disposición de la comunidad.

Igualmente en torno al Interculturalismo, esto significa ver otras culturas según sus propios patrones culturales, es decir Empatía; al mismo tiempo se busca el encuentro, pero un encuentro en igualdad. Ni paternalismo, ni superioridad, ni inferioridad; como así mismo se trata de promover la apertura de la comunidad y no el guetto.

Favorecer la interculturalidad es favorecer la Sustentabilidad social del desarrollo.

Sobre la Mediación, la cultura y el Estado

Cuando aquí se hace referencia a mediación se sigue la línea de Reuven Feurenstein (1999), no es el concepto que propone la reforma procesal penal, recientemente en Chile.

Feurentein plantea que cada comunidad cuenta con recursos de conocimientos para manejar la realidad, que toda comunidad tiene capacidades, por muy atrasada que pudiera aparecer. Señala que en cada cultura existen mecanismos de transmisión de conocimientos de una generación a otra.

Y allí estaría presente un proceso de mediación. Mediación es la capacidad de la cultura de reponer y de rearticular los conocimientos previos de una generación con las nuevas realidades de la siguiente generación,

La mediación es un proceso llevado a cabo por actores de cada cultura como son los padres, líderes, sacerdotes, cuentacuentos, profesores, los líderes políticos.

Ahora, cuando una comunidad es colonizada por otra cultura, se la fragmenta y se la deja absolutamente inhabilitada para enfrentar de manera propositiva las demandas del presente. Reina el fatalismo, los jóvenes emigran, se devalorizan sus técnicas de producción, se empobrece, pierde su capital social, y pierde su capacidad de interlocución con las autoridades.

Feurenstein trabajó con niños y jóvenes árabes y musulmanes que fueron calificados como deficientes mentales por las escuelas occidentales, y dio cuenta que su capacidad mental no tenía nada que ver, que no era tal sino que fue la cultura dominante quien degradó los recursos presentes en los niños y en sus culturas de origen.

Entonces, conclusión: en el Estado, una de las tareas en las políticas sociales, es que el trabajo con funcionarios y con dirigentes consiste en estimular su capacidad de mediadores. Que ellos por un lado comprendan estas diferencias culturales y aprendan a ver las riquezas culturales y de capital social presentes en la comunidades locales.

En este contexto la idea es incentivar la participación. Pero, la participación bien entendida no es la integración, no es la cooptación, no es adaptación, menos la subyugación de la población a las políticas del Estado. La participación ciudadana es un diálogo intercultural.

Comunidad de Aprendizaje

Torres definió Comunidad de Aprendizaje como: “Propuesta de política educativa, centrada alrededor de una estrategia de desarrollo y transformación educativa y cultural a nivel local, con protagonismo ciudadano y teniendo en la mira el desarrollo local y el desarrollo humano” (Torres R., 2001:3).

Dentro de sus objetivos y propósitos vale destacar los siguientes: El aprendizaje es un elemento que va más allá de la educación, abarcando diversos ámbitos como: la familia, el sistema escolar, la naturaleza, la calle, el teatro, etc.

Por otro lado se valora el aprendizaje que involucra al mismo tiempo niños, jóvenes y adultos, es decir es inter-generacional. Por lo tanto hay una búsqueda y respeto por lo diverso. Y además se plantea que el desarrollo de sistemas de aprendizaje debe ser generado desde el nivel local.

Como se observa, el elemento de identidad, en esta metodología llamada comunidad de aprendizaje, se encuentra en una atmósfera muy propicia para su desarrollo por cuanto es un objeto de aprendizaje, pero al mismo tiempo dicho proceso es inserto en la comunidad y su entorno.

Palabras Finales:

Esta presentación ha puesto el énfasis en la importancia de la Identidad como un objeto de política social. Pero, ello pasa por cambiar el concepto de lo social, proceso que está ocurriendo en las fases más recientes de construcción de políticas públicas.

Aquí el tema fundamental es que el éxito de las políticas sociales no es sólo la medición de los déficit sociales, porque nos lleva a un callejón sin salida, es decir a quedar atrapados en una mirada desde las carencias. De lo que se trata es entender lo social como una construcción; implica horizontalizar las relaciones Estado y Comunidad, donde lo esencial no sólo es dar el mismo poder a los actores sino generar el ambiente, el espacio para el desarrollo de un proceso de de-construcción y luego de co-construcción de la realidad.

Incluir la propuesta de comunidad de Aprendizaje es un avance al respecto por cuanto la construcción social de la realidad es precisamente un aprendizaje colectivo que nos toca a todos. No hay una realidad objetiva sino que más bien surge como un producto de análisis y confrontación. Cada posición contribuye desde la diversidad a un cambio cualitativo.

Una comunidad sometida a un proceso similar desarrollará la energía suficiente para movilizar una acción, por cuanto su decisión está respaldada por su identidad con un proyecto determinado.

Al cierre de este trabajo una cita de Jerry Mander, que resume de otro modo lo planteado:

“la narración de cuentos durante siglos formó parte de la vida familiar de los esquimales; los abuelos contaban cuentos a los niños durante varias horas cada noche antes de acostarse... en las noches oscuras y silenciosas, los niños y sus abuelos se sentaban cerca del fuego y los mismos ancianos se transformaban en una suerte de ventana a través de la cual se podía ver miles de años hacia atrás en el tiempo, y volver a las fuentes de la experiencia indígena. Gran admiración, afecto y respeto se engendraba mutuamente a raíz de esta tradición. Su continuidad era vital para el sentido indígena de autoestima e identidad” (Mander, J., 1994: 136-137).

Bibliografía

Berger y Luckmann (1968). "La Construcción Social de la Realidad". Ed. Amorrortu.

Bourdieu, P. (2004). "La Liberté par la connaissance". Ed. Odile Jacob.

Coll, C. (2001). "Las Comunidades de Aprendizaje y el futuro de la Educación: el punto de vista del Fórum Universal de las Culturas". Simposio Internacional sobre Comunidades de Aprendizaje. Universidad de Barcelona.

<http://www.terrassa.org/educacio/tpec/general/documents/articles/Article%20Coll.doc>

Durston, J. (1999). "Construyendo Capital Social Comunitario". Revista de la CEPAL N° 69.

Feurenstein, R. (1999). "La Teoría de la Mediación". Universidad de Israel.

Foucault, M. (1994). "La Microfísica del Poder". Ed. Planeta-Agostini.

Freire, P. (1979). "Pedagogía del Oprimido". Ed Siglo XXI.

Ibáñez, T. (2003). "Psicología Social Construccionalista". Universidad de Guadalajara.

Larraín, J. (2001). "Identidad Chilena". Ediciones LOM, Santiago, Chile.

Larraín, J. (2001). "Identidad latinoamericana y globalización: perspectiva sociológica". Artículo en <http://www.franciscanos.net/teologos/sut/larrain.htm>.

Luhmann, N., en Rodríguez, D. y Arnold M. (1999). "Sociedad y Teoría de Sistemas". Ed. Universitaria.

Mander, J. (1994). "En ausencia de los Sagrado", Ed. Cuatro Vientos. Stgo.

Martínez, V. (2005). "El Enfoque Comunitario". Mag Psi Comunitaria, Universidad de Chile (en prensa).

Montenegro, M. (2004). "Psicología Social de los Problemas Sociales". Ed. UOC, Barcelona.

Moreno, E., Pol, E. (1999). "Nociones Psicosociales para la intervención y la gestión ambiental". Editorial Universidad de Barcelona, España.

Morin, E. y Hern, A. (1993). "Tierra Patria", Ed. Nueva Visión, Buenos Aires.

Narayan y Pritchett (1997). Estudio del grado de Asociatividad y el rendimiento económico en hogares de Tanzania, en Bernardo Kliksberg (1999), "El Rol del Capital Social y de la Cultura en el proceso de Desarrollo". INDES-BID.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo Humano (PNUD). "Informe sobre Desarrollo Humano 2004: la libertad cultural en el mundo diverso de hoy". Ediciones Mundi-Prensa, New York, Estados Unidos.

PNUD (1998). "Las Paradojas de la Modernización". Informe Desarrollo Humano-1998.

Putnam, R. D. (ed.) (2002: pág. 30). *Democracies in Flux: The Evolution of Social Capital in Contemporary Society*, New York: Oxford University Press.

Rappaport, J. (1984). *Studies in Empowerment: Introduction to the Issue*. En J. Rappaport, C. Swift, R. Hess (Eds.). *Studies in Empowerment: Steps toward understanding and action*. New York: The Haworth Press.

Rozas, G. "Identidad y Desarrollo Regional". Artículo en *Revista de Psicología de la Universidad de Chile*, Vol. VI, 1997, Santiago, Chile.

Rozas, G. (2005). "Un análisis de la evolución de las comunidades: desde la perspectiva de la Psicología Comunitaria". *Revista de Ciencias Sociales Escuela de Postgrado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago, Chile*.

Torres R. (2001). "Comunidad de Aprendizaje: repensando lo educativo desde el desarrollo local y desde el aprendizaje". Documento presentado en el "Simposio internacional sobre comunidades de aprendizaje". Universidad de Barcelona.

<http://www.terrassa.org/educacio/tpec/general/documents/articles/Article%20Torres.doc>

Yunus, M. "Hacia un Mundo sin Pobreza", Ed. Andrés Bello.

Encuentros y Desencuentros en la Interfaz Agencias Públicas-Comunidades

Daniel Duhart S.*

En contraste con periodos anteriores de su historia reciente, el escenario actual en el que se desenvuelven las políticas sociales y de desarrollo en América Latina presenta ciertas características particulares que enfatizan la importancia de considerar con seriedad las relaciones entre identidad, cultura y desarrollo. Tales rasgos se pueden resumir en tres procesos simultáneos desplegados en las últimas dos décadas a lo largo de todo el continente: la reforma del Estado y la austeridad fiscal producto de la crisis de la deuda; el proceso de descentralización y el rol renovado del Gobierno local en la política social; y el proceso de democratización y transición a la democracia desarrollado en los distintos niveles institucionales, especialmente en el ámbito del municipio. Este triple proceso ha desembocado en una proliferación de actores en la aplicación y ejecución de las políticas sociales, los cuales se encuentran y desencuentran en el espacio micro-local, local y regional, con diversas consecuencias para los resultados esperados.

De acuerdo con Bryan Roberts, sociólogo norteamericano, refiriéndose a los cambios en la política social en América Latina:

“La democratización ha incrementado dramáticamente el rol del gobierno local en la política social. Mientras que en los 1960 y los 1970, el gobierno municipal estaba usualmente ausente en el campo de la política social, sin la responsabilidad de la salud, educación o asistencia social, para los 1990, los gobiernos municipales se han convertido en los principales protagonistas en la administración de estas áreas de política social. La austeridad fiscal trae consigo dos conjuntos más de actores en política social –el sector privado a través de asociaciones publicas-privadas y las organizaciones locales comunitarias–. Tales actores se transforman en estrategias para hacer distribuir los

* Académico Magíster en Psicología Comunitaria. Universidad de Chile.

escasos fondos públicos en servicios tales como capacitación para el empleo o cuidado comunitario de los niños o para personas de tercera edad.”⁴⁶

Este rol renovado del municipio ha contribuido a que la política social lleve cada vez con más fuerza al nivel del hogar y la comunidad, penetrando hasta las familias de poblaciones urbanas de escasos recursos, o indígenas de comunidades rurales. Este proceso contrasta con la década del sesenta, cuando a pesar de contar con un Estado menos depredado que el actual, su mayor debilidad fue dirigir la política social en gran parte a las clases medias y a los grupos organizados, dejando a una importante población urbana y rural marginada.⁴⁷ De acuerdo con Roberts, el discurso de aquellos años era más simple y menos debatido, a pesar de las grandes diferencias ideológicas: aumentar la cobertura educacional, expandir la cobertura de salud, difundir la reforma agraria, la tecnificación de la agricultura, etc. Algunas de estas políticas contribuyeron incluso a generar algunos de los problemas que enfrentamos hoy en día, como la pobreza marginal urbana por la migración campo-ciudad fomentada, la necesidad de recuperar las lenguas indígenas perdidas por no ser incluidas en el sistema escolar, el desequilibrio urbano-rural a consecuencia del paradigma de la modernización industrial, etc. Hoy en día, en contraste, nos enfrentamos a problemas complejos tales como la educación intercultural bilingüe, la salud intercultural, la participación ciudadana en el diseño, implementación y evaluación de los proyectos sociales, entre otros. Es más, la complejidad actual está generando nuevos problemas como consecuencia de las mismas políticas sociales y su dificultad para adaptarse a los desafíos, expresado en los encuentros y desencuentros entre los múltiples actores que participan del proceso al nivel local, y los diversos significados que éste posee para cada uno de ellos.

Interfaz sociocultural

Un concepto que nos puede entregar un enfoque para describir y comprender estos procesos en el ámbito de las políticas sociales es el de *interfaz sociocultural*. Una interfaz es el área de intercambio entre dos o más subsistemas, “que más exactamente son subsistemas interconectados por sus interfaces para

⁴⁶ Bryan Roberts, “Las nuevas políticas sociales en América Latina y el desarrollo de ciudadanía: una perspectiva de interfaz”, documento presentado para el taller “Agencia, conocimiento y poder: nuevas direcciones”, Universidad de Wageningen, Holanda, diciembre 2001, página 8.

⁴⁷ CEPAL, Los Paradigmas de la Política Social en América Latina, División de Desarrollo Social, 1996.

formar un solo sistema sociocultural total que corresponde a la sociedad humana en un territorio determinado."⁴⁸ De acuerdo con esta visión, en el proceso de intervención social interactúan una serie de actores, individuales o colectivos, representando diferentes interfaces socioculturales y miradas de mundo: por ejemplo, por un lado funcionarios públicos, consultores, y partidos políticos; y por otro lado una multiplicidad de actores locales, como habitantes de comunidades locales, dirigentes, organizaciones diversas, etc. Generalmente estos programas pasan a tomar un significado muy diverso para los diferentes actores en relación, penetrando en sus vidas personales y jugando un rol diferente al originalmente diseñado en las lejanas cúpulas de la política social estatal. De acuerdo con Norman Long, creador del concepto de interfaz sociocultural:

"... la noción de interfaz social se torna relevante como una forma de explorar y entender problemáticas de heterogeneidad social, diversidad cultural y los conflictos inherentes a los procesos que involucran la intervención externa. Las interfaces surgen normalmente en puntos donde diferentes y generalmente conflictivos mundos de vida o campos sociales intersectan, o más concretamente, en situaciones sociales o 'arenas' en las cuales las interacciones se orientan en torno a problemas de conexión, concertación, segregación, y competencia entre puntos de vista sociales, evaluativos y cognitivos. El análisis de la interfaz social apunta a elucidar los tipos y fuentes de discontinuidad y eslabonamiento social presentes en tales situaciones, y a identificar los medios organizacionales y culturales para su reproducción o transformación. También puede ayudar a desarrollar un análisis más adecuado de los procesos de transformación en políticas, ya que nos permite entender con mayor profundidad las respuestas diferenciales de grupos locales (tanto población objetivo como no-objetivo) a la intervención planificada."⁴⁹

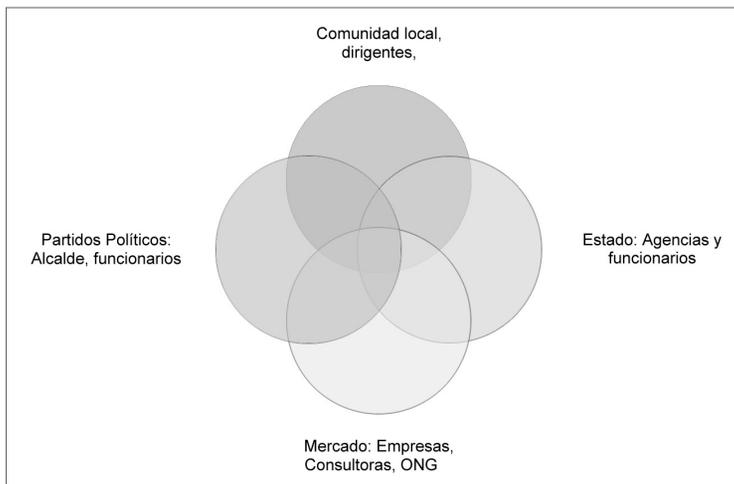
Siguiendo a Norman Long, el análisis de interfaz ayuda a de-construir el concepto de intervención planificada para que sea vista como lo que realmente es: básicamente un proceso continuo de construcción social, negociación y consulta entre diversos actores, y no simplemente la aplicación de un ya espe-

⁴⁸ Durston, John; Duhart, Daniel; Miranda, Francisca, y Monzó, Evelyn. *Comunidades campesinas, agencias públicas y clientelismos políticos en Chile*, LOM Ediciones/GIA, Santiago, septiembre 2005, página 18.

⁴⁹ Long, Norman *Development Sociology: Actor Perspectives*. Routledge, New York and London. 2001, páginas 65 y 66, traducción libre.

cificado plan de acción con productos esperados.⁵⁰ Bajo este enfoque, el conocimiento, y su control o facilitación, tiene un lugar central. De acuerdo a Long, asume una especial significancia al abarcar el intercambio (colaboración) o conflicto entre formas de conocimiento, creencias y valores “expertas” versus otras “informales”, y luchas sobre su legitimización, segregación y comunicación.⁵¹ Este énfasis tiene gran relevancia para nuestro análisis de los desafíos del escenario actual de políticas sociales, y la relevancia que los conceptos de identidad y comunidad han cobrado para comprender e impulsar un proceso de desarrollo real. La preocupación por las prácticas de intervención que imprime el enfoque de interfaz permite centrarse en las formas emergentes de interacción, procedimientos, estrategias prácticas, tipos de discurso y categorías culturales de los diversos actores presentes en contextos específicos, ayudando en el análisis y evaluación de las consecuencias que éstas tienen para el proceso de construcción de ciudadanía, y de este modo un desarrollo más integral. Podemos apreciar en el siguiente Cuadro una expresión gráfica de un ejemplo de interfaces socioculturales al nivel local en Chile:

Figura N°1
Enfoque de Interfaz



⁵⁰ Long, Norman, "The Multiple Optic of Interface Analysis", UNESCO Background Paper on Interface Analysis, October 1999.

⁵¹ *Ibíd.*

Tal como decíamos más atrás, el análisis de interfaz permite centrarse en los tipos de vínculos que se establecen entre actores en el nivel local, en especial entre actores que representan el Estado o el municipio y la comunidad local. El identificar estos vínculos facilita su evaluación y el análisis de su impacto en los programas, así como en las vidas de las personas, familias y comunidades. Bryan Roberts identifica seis posibles interacciones entre actores en la interfaz, una tipología que permite evaluar situaciones viciosas o virtuosas, que van desde la exclusión hasta la complementariedad, ayudando en el diseño de estrategias para su superación o potenciación:⁵²

1. Excluyente, que estigmatiza a los beneficiarios como dependientes o incompetentes (focalización individual: destruye lazos comunitarios)
2. Clientelismo partidario que premia pasividad y el voto con entrega de productos y servicios (manipulación de la focalización)
3. Competencia, que sigue principios de mercado por austeridad fiscal
4. Tecnoocracia burocrática racional, que impone fórmulas
5. Encajamiento (incrustación/embeddedness) de servicios públicos en vínculos socio-emocionales entre agente y comunidad
6. Complementariedad o sinergia

Esta tipología de interacciones en la interfaz concuerda con la mirada del concepto de la exclusión social, el cual de acuerdo con Amartya Sen releva la dimensión relacional de la privación, en este caso las relaciones y desencuentros entre diversos actores⁵³ En este sentido, tal como lo explica el nobel de Economía, además de aportarnos una visión epistemológica de la privación y sus causas multidimensionales, esta visión relacional de la exclusión también tiene un aporte práctico, pues el entendimiento que nos otorga nos ayuda en el mejor diseño de políticas sociales que incorporen esta dimensión y su real impacto, tanto en la prevención como en superación de la privación.

De este modo, el análisis de interfaz nos permite visualizar el proceso de intervención social como la intersección entre sistemas culturales, comprendiendo los modos de interacción y los conflictos interculturales que pueden

⁵² Bryan Roberts, op. cit., páginas 11-15.

⁵³ Sen, Amartya, "Social Exclusion: concept, application and scrutiny", Office of Environment and Social Development, Asian Development Bank, June 2000.

surgir entre los actores sociales. Nos proporciona un marco con el cual diagnosticar las dinámicas de interacción entre actores en el nivel local y la pertinencia de las políticas desarrolladas, así como la sinergia entre el Estado y las comunidades. Al momento de reflexionar acerca de formas de incluir los conceptos y fenómenos de identidad y comunidad en las políticas sociales, el enfoque de interfaz proporciona una visión sistémica por medio de la cual se puede diagnosticar la compleja realidad, buscar los nudos y obstáculos en sus intersecciones, para luego buscar formas para su transformación y superación.

Encuentros y desencuentros

De acuerdo con varios Estudios de Caso realizados a lo largo de los años noventa en diversos programas sociales municipales y estatales en Chile y toda Latinoamérica, es posible identificar múltiples ejemplos y micro-historias que ilustran la tipología de Roberts sobre las interacciones entre actores sociales en la interfaz, y las implicancias que tienen.⁵⁴ Para el caso de Chile, los estudios realizados por autores como Vicente Espinoza, Dagmar Raczinski, John Durston, Francisca Márquez, entre otros, han generado un rico debate sobre las dimensiones socioculturales del desarrollo y las dimensiones relacionales de la privación. A continuación presentamos algunos extractos de un estudio realizado por el autor junto con John Durston sobre la relación entre agencias estatales y comunidades rurales en Chile, sobre la base de una serie de estudios de caso, donde uno de los ejes de la investigación fue el clientelismo político.⁵⁵

El mundo rural y los espacios territoriales locales, municipales y regionales son realidades complejas donde se desplazan actores que representan una gran diversidad de identidades, intereses, motivaciones y mundos socioculturales. Las interacciones entre las comunidades rurales, tanto indígenas como criollas, y las agencias estatales, por medio de sus representantes, los agentes

⁵⁴ Diversos estudios latinoamericanos se encuentran en la página Web de Claspo (Center for Latin American Social Policy), de la University de Texas en Austin, dirigido por Bryan Roberts.

⁵⁵ Durston, John y Duhart, Daniel, "Formación y pérdida de capital social comunitario mapuche. Cultura, clientelismo y empoderamiento en Minas de Huimpil y Añilco, 1999-2002", Serie Políticas Sociales N° 63, CEPAL, febrero 2003; Duhart, Daniel, "Programas sociales, partidos políticos y liderazgos familiares: erosión del capital social en una comunidad mapuche", en Capital social: potencialidades analíticas y metodológicas para la superación de la pobreza, CEPAL, División de Desarrollo Social, Serie Seminarios y Conferencias N°31, Santiago, octubre 2003; Durston, John, Duhart, Daniel, Miranda, Francisca y Monzó, Evelyn, Comunidades campesinas, agencias públicas y clientelismos políticos en Chile, LOM Ediciones/GIA, Santiago, septiembre 2005.

de desarrollo, han tomado una lógica donde el diálogo intercultural y de saberes ha sido muy débil, y el control del conocimiento y recursos por parte de expertos profesionales se ha convertido en la base para el control del poder y una baja participación ciudadana.

Esta realidad la podemos visualizar en el siguiente Cuadro, donde se presentan algunas opiniones y testimonios entregados por Funcionarios de INDAP de la VIII y IX Región:

“El técnico le dice al productor lo que el técnico sabe, no lo que el productor necesita”.

“Y al revés, el productor, lo que le transmite al técnico es lo que el técnico quiere escuchar, no lo que él necesita. Porque sabe que allí está la fuente de recursos”.

“En cambio, a nosotros un campesino, un dirigente campesino, que se nos atreve a criticar, le hacemos la cruz. Ese gallo no entra más al sistema”.

“Existe una falta de voluntad, de interés por trabajar en las comunidades mapuches. Se les da todo en bandeja, capital, pero no hay iniciativa, cultura de empresa”.

Estos testimonios de la interfaz se complementan con los presentados por las comunidades mapuches, en este caso de la IX Región:

“...A nosotros no nos sirve que nos digan por ejemplo: ‘el martes o la otra semana se cierra el concurso y aquí está el proyecto, y fírmelo’...”

“El problema que hay es que los funcionarios y autoridades hacen sus cosas en oficinas... y no le importa si el asunto va a servir o no va a servir”.

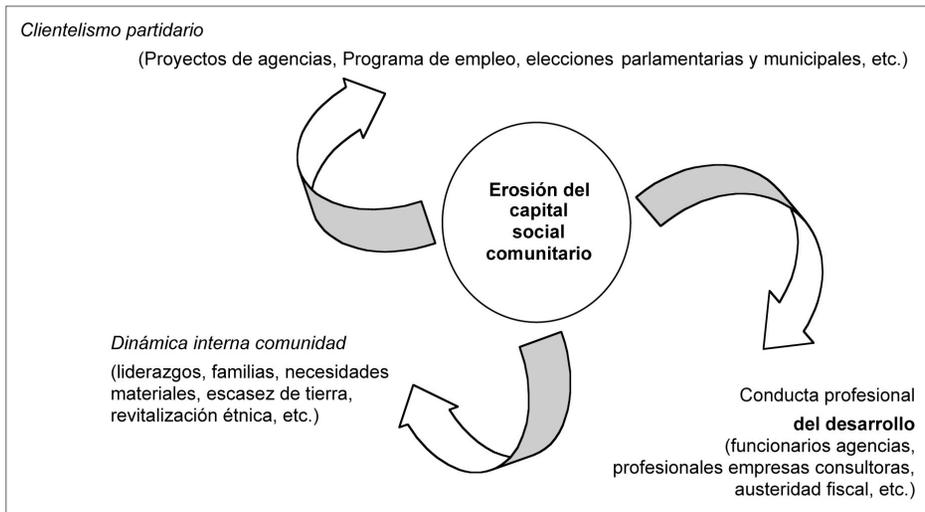
“...el plan de empleo que está funcionado aquí... ese es un contacto con algún político... yo no reconozco liderazgo aquí porque se ve quiénes se favorecieron: la familia, los amigos, habiendo en la comunidad que necesita tanto incluso más que otro.”

“Entonces ¿entre la palabra mía y la palabra de él? ¿Si él es funcionario de INDAP y yo un simple agricultor que está pidiendo los recursos no más po?”

De acuerdo con la tipología de Roberts, estas interacciones serían expresiones de una relación de exclusión, tecnocracia, competencia y clientelismo. Por un lado, de parte de los funcionarios una visión estereotipada de los mapu-

ches y campesinos que los estigmatiza como beneficiarios pasivos e incompetentes, estableciendo una relación tecnocrática sobre la base de la entrega vertical de conocimiento profesional y recursos, y su recepción pasiva y dependiente en las comunidades, sin importar su real pertinencia cultural y la relación con sus necesidades. Existe en algunos casos una relación de dominación, donde cualquier intento de oposición lleva a la exclusión de los beneficiarios. Por otro lado, la visión de la comunidad se complementa con esta sincera autocrítica de los funcionarios, reclamando por una falta de participación en el diseño de los proyectos, y la lejanía del Estado de la ciudadanía. Se confirma la relación de dominación del funcionario como profesional de conocimiento y la falta de un diálogo de saberes con la sabiduría local e indígena. Por último, hay una erosión del capital social comunitario de la comunidad por la lógica clientelar de algunos proyectos, lo cual los divide y obliga a competir por los escasos fondos públicos ante la austeridad fiscal. Todos estos fenómenos los podemos expresar aproximadamente en la siguiente figura:

Figura N°2



Sin embargo, a pesar de este breve pero negativo diagnóstico de las relaciones en la interfaz entre las agencias estatales y comunidades, ilustrado por extractos de un estudio de caso, hay también interesantes potenciales de sinergia expresado tanto por funcionarios como miembros de la comunidad:

“...yo creo que si lo hacemos en conjunto, nosotros aportamos la parte que tenemos acá, justamente la necesidad específica, ellos con la parte apoyo técnico, yo creo que así es más posible” (miembro de la comunidad).

“Y es parte que nos dejen que trabajemos nosotros” (miembro de la comunidad).

“Nos gustaría poder hablar en mapudungún. De hecho, usamos algunas palabras, y cuando lo hacemos, se rompe la barrera cultural” (funcionario).

“Yo creo que, a mi parecer, que nosotros debemos democratizar la relación” (funcionario).

“Lo que creo es que no se ha hecho una capacitación en conjunto, los dirigentes de las comunidades y los profesionales” (funcionario).

Podemos apreciar en estas opiniones que por parte de la comunidad hay un deseo de mayor sinergia y complementariedad entre los agentes de desarrollo y ellos, una real incrustación de vínculos socioemocionales, donde en conjunto puedan realizar un diagnóstico acorde con sus reales necesidades, y participar juntos en su resolución. Por parte de los funcionarios hay un deseo de romper la barrera cultural, y de superar las distancias, participando en capacitaciones en conjunto con dirigentes locales, democratizando la relación. Estas opiniones y testimonios reflejan el potencial de construir relaciones de complementariedad y sinergia en la interfaz entre agencias estatales y comunidades, a través de sus diversos actores que se encuentran “cara a cara” en el espacio microlocal. Sin embargo, de las palabras a las acciones hay un gran trecho, y hacia este tipo de temáticas es donde presentamos a continuación algunas reflexiones y propuestas.

El rol del agente de desarrollo

En este contexto, tomando en cuenta la importancia de programas y acciones locales que fortalezcan la autoestima de las comunidades, sobre la base de su identidad y cultura, y sobre procesos de generación y aplicación de conocimiento, son necesarias una serie de actitudes, conductas y destrezas por parte de los funcionarios para superar una serie de relaciones en la interfaz que muchas veces han tendido más bien a destruir la autoestima local, profundizando la dependencia, como demuestran los testimonios anteriores. Por este motivo, proponemos la promoción y capacitación de un nuevo tipo de agente

de desarrollo, un nuevo actor social, tanto en el ámbito público como en las comunidades mismas. De acuerdo con Farzam Arbab, este nuevo tipo de agente de cambio debe desarrollar un doble proceso de transformación:

“... el de transformarse a sí mismo y el de contribuir a la transformación de la sociedad.”⁵⁶

Profundizando esta idea y sus implicancias para el proceso de intervención social, Eloy Anello y Juanita Hernández, dos profesionales del desarrollo radicados en Bolivia, han afirmado que:

“Si los intentos de transformación social no van acompañados por la transformación personal, lo más que se puede lograr es un cambio estructural limitado. Pero estos cambios no pueden producir una sociedad justa, unida y pacífica si los protagonistas del cambio no están participando en un proceso de desarrollar y practicar cualidades... y capacidades... en sus propias vidas. De otro modo, muchos de los males que infestan las viejas estructuras, tales como la corrupción, el nepotismo, el interés personal, la desunión, la violencia, el prejuicio y la discriminación, también infestarán las nuevas, dado que estos males provienen de los individuos que trabajan dentro de dichas estructuras.”⁵⁷

Aquí es cuando el fenómeno de la intervención social se conecta con el de participación, el espacio donde se debe desarrollar la sinergia entre el Estado/Municipio y la comunidad, permitiendo a ésta definir su desarrollo de acuerdo con su proyecto de sociedad, y en base a un acceso, generación y aplicación libre de conocimiento. El mismo concepto de participación ha sido manoseado para usos muchas veces contrapuestos, perdiendo legitimidad en el escenario actual. Algunos autores han identificado varios niveles o grados de participación en el proceso de intervención social, como la tipología que citamos a continuación,⁵⁸ desde la manipulación hasta la automovilización, y es necesario redefinir este concepto para que recupere el poder de transformación que

⁵⁶ Farzam Arbab, Arbab, *La Senda del Aprendizaje en Latinoamérica: opción moral*, Editorial Nur Ltda., Cali, Colombia, diciembre de 1991, páginas 84 y 85.

⁵⁷ Juanita Hernández y Eloy Anello, *Liderazgo Moral. Capacitación de maestros rurales*, Módulo N°1, Universidad Nur, Instituto Superior de Educación Rural, Santa Cruz de la Sierra, 1993, página 88.

⁵⁸ Pretty, Jules N., Guijt, Irene, Thompson, John, Scoones, Ian, *Guía del Capacitador para el Aprendizaje y Acción Participativa*, edición en inglés por IIED, Londres, 1995, traducción al español por DPID-Universidad NUR, Santa Cruz, 1998, página 61.

posee. Aquí es cuando, en palabras de José Bengoa, el concepto de participación se transforma o cambia por el de ciudadanía:⁵⁹

- Participación pasiva: la gente participa siendo informada de lo que va a pasar o ya ha pasado.
- Participación en dar la información: la gente participa contestando las preguntas presentadas por los investigadores y funcionarios extractivos.
- Participación consultativa: la gente participa siendo consultada y la gente de afuera escucha sus puntos de vista; pero los beneficiarios no definen las soluciones.
- Participación por incentivos materiales: la gente participa proporcionando recursos: por ejemplo, trabajo a cambio de víveres, dinero u otros incentivos materiales.
- Participación funcional: la gente participa formando grupos que deben cumplir objetivos pre-determinados relacionados con el proyecto.
- Participación interactiva: la gente participa en el análisis conjunto, que luego conduce a planes de acción y a la formación de organizaciones locales nuevas o al fortalecimiento de las ya existentes. Toman control de las decisiones locales.
- Automovilización o movilización propia: la gente participa tomando iniciativas propias, independientes de situaciones foráneas. Hacen contactos con instituciones externas para conseguir recursos, consejos técnicos y trabajar juntos, pero retienen el control sobre cómo utilizarán los recursos.

Robert Chambers, destacado autor en el ámbito de los métodos participativos, realiza un profundo análisis de las implicancias que tiene para el proceso de desarrollo el hecho de que las personas locales no puedan tener injerencia directa en el proceso de diagnóstico de su propia realidad y en la definición de sus necesidades y modelo de sociedad que desean construir. Al final, lo que ocurre es que los programas de desarrollo son diseñados sobre la base de los códigos culturales, los anhelos y los satisfactores de las elites urbanas-profesionales (el modelo de la llamada “modernización”), los que en su mayoría no

⁵⁹ Bengoa, José, “Pobreza y exclusión social en América Latina. Un abordaje desde la perspectiva de los derechos humanos”, en Memoria del Foro Euro-Latinoamericano-Caribeño de la Sociedad Civil, febrero 2004, página 71.

tienen relación alguna con el proyecto de sociedad de las bases de la sociedad. Desde fines del siglo XIX, cuando la elite latinoamericana admiraba la Europa decimonónica liberal, pasando luego por el desarrollo industrial promovido en los años cincuenta, hasta el presente, a inicios del siglo XXI, cuando un estilo de vida esencialmente materialista es el que predomina, la mayoría de los modelos de desarrollo y las políticas sociales se han basado en un modelo de sociedad centrado en la producción masiva para el consumo por medio de la inserción al mercado, y no necesariamente en un mejoramiento integral de la sociedad sobre la base de la realidad y naturaleza de las personas mismas:

“Los enfoques y métodos participativos permiten a los ‘de abajo’ analizar y expresar sus múltiples realidades. Gran parte de las realidades de las personas pobres son locales, complejas, diversas, dinámicas e impredecibles... Los valores y preferencias de la gente local pobre generalmente contrastan con los de ‘mejor situación’, externos y profesionales. Ellos necesitan y quieren poder mirar más allá. Ellos pueden, localmente, administrar mayor complejidad... La misma gente local es diversa, con agudos contrastes de preferencia y prioridad según la edad, el género, el grupo étnico y social, y la riqueza. Transformaciones en las relaciones normales de dominación para potenciar la diversidad y la complejidad, para empoderar a la gente local, los pobres y otros ‘de abajo’, y privilegiar sus realidades, expresa un nuevo paradigma... y requiere cambios en el comportamiento y las actitudes de los ‘de arriba’.”⁶⁰

Chambers propone una serie de transformaciones en el comportamiento, conductas, formas de aprendizaje, modelos mentales, metodologías y estructuras de acción de los profesionales del desarrollo, para enfrentar la diversidad cultural y realidad locales. Para él, el fracaso de los programas de desarrollo en el mundo no se ha debido a la falta de recursos financieros o por problemas de gestión; más bien, es producto de la conducta del agente de desarrollo, y su posición de dominación y control del conocimiento y recursos, desde la cúpula de las organizaciones de desarrollo internacionales y las oficinas centrales de los Estados, hasta la interfaz local entre mundos socioculturales. El siguiente Cuadro resume sus propuestas de transformación:

⁶⁰ Chambers, Robert, *Chambers, Who's Reality Counts? Putting the first last*, Intermediate Technology Publications, London, 1997, página 162, traducción libre.

Cuadro N°1
Transformaciones para la diversidad y el realismo⁶¹

	Tendencias normales	Transformaciones necesarias
Conducta	Dominante	Facilitadora
	Paternalista	Escuchando
	Extractiva	Empoderamiento
Profesionalismo	Las cosas primero	Las personas primero
	Los hombres antes que las mujeres	Las mujeres antes que los hombres
	Los profesionales establecen las prioridades	La gente pobre establece las prioridades
	Transferencia de 'paquetes tecnológicos'	Opción de 'canastas tecnológicas'
	Simplificar	Complicar
Burocracia	Centralizar	Descentralizar
	Estandarizar	Diversidad
	Controlar	Facilitar
Profesiones	Restringiendo o limitando (familia)	También liberando
	'Hacia adentro' (urbano)	También 'hacia fuera'
	'Hacia arriba' (jerarquía)	También 'hacia abajo'
Modos de Aprendizaje	Desde 'arriba'	Desde 'abajo'
	Turismo de desarrollo rural	(diagnóstico rápido, relajado y participativo: DRR & DRP, etc.)
	Encuestas	
	Medición y estadísticas	Métodos de DRR y DRP
Análisis y acción	Profesionales, externos, ajenos	Personas locales, internas

Esta propuesta plantea fuertes críticas hacia el modelo tradicional del agente de desarrollo, el cual operaría en estructuras jerárquicas, generalmente estableciendo las prioridades de desarrollo desde oficinas urbanas, alejadas de la realidad, transfiriendo paquetes tecnológicos desde "arriba", ejerciendo una acción orientada a los resultados medibles, con poca preocupación por la calidad de las relaciones interpersonales y la ética. Este diagnóstico deja poco espacio a la participación y el empoderamiento locales, en base a la promo-

⁶¹ *Ibíd.*, 204, traducción libre.

ción de procesos de generación y aplicación de conocimiento, lo cual es fuente de tensiones para funcionarios públicos comprometidos con procesos de transformación social pero que deben cumplir con las metas físicas y prioridades rígidas generadas desde el ámbito central.

Un diálogo de saberes

La cultura común puede ser un componente elemental de la identidad colectiva de una comunidad o grupo. Sin embargo, el grado de equilibrio del proceso de cambio cultural de una sociedad o comunidad puede tener un impacto directo en su autoestima, y en este sentido, en el sentido o mismo propósito de su proceso de desarrollo. Al analizar la temática de las interacciones en las interfaces socioculturales entre agencias estatales y comunidades, y el impacto que éstas generan en las comunidades al establecer relaciones basadas en la dominación cultural, expresados a través de la exclusión, el clientelismo, la tecnocracia y la competencia, es necesario terminar con algunas palabras sobre el rol del agente de desarrollo en la generación de un diálogo de saberes con las comunidades locales, proceso que finalmente será la base para una real complementariedad y sinergia.

La autoestima es un factor vital para fortalecer las capacidades de seleccionar (adoptar/adaptar) y resistir influencias externas negativas en una cultura particular, así como dar un sentido o significado a un proceso de desarrollo en nuestro mundo globalizado⁶². Sin una mínima conciencia del valor de las propias capacidades, y una confianza básica en los recursos y medios propios, tanto el individuo como un grupo pueden permanecer inertes o “sin voz”. El tomar conciencia del propio valor y potencial abriría el camino para la creatividad y la acción⁶³. Pero para saber qué se quiere seleccionar, si es deseable o no, y si es dañino o no, es esencial el conocimiento. En este sentido, el conocimiento, tanto el propio como el universal, y su acceso libre, es la base para fortalecer la capacidad de seleccionar libremente la influencia y los elementos culturales foráneos, y de este modo fortalecer la autoestima, garantizando un proceso de cambio cultural voluntario y cons-

⁶² Thierry Verhelst, “Cultural Dynamics in Development. A tool to Define the Notion of Culture”, en *Revista Cultures and Development*, South-North Network Cultures and Development, Brussels, N° 24, páginas 18-20.

⁶³ *Ibídem*, página 18.

ciente, y así un proceso de desarrollo en armonía con las aspiraciones de un pueblo, grupo o sociedad determinada.

Farzam Arbab reflexiona profundamente sobre estas interrelaciones en base a su experiencia en el campo del desarrollo social de los campesinos colombianos. Es así como llega a la siguiente e interesante conclusión:

“...Sólo puede decirse que un pueblo se ha hecho cargo de su propio desarrollo cuando aprende sistemáticamente acerca de los cambios de su sociedad e incorpora conscientemente en su continuo proceso de aprendizaje los elementos adecuados de todo el universo del conocimiento: el suyo propio, el sistema de conocimiento moderno, lo mismo que las experiencias de poblaciones y grupos similares en el mundo. Sólo cuando estos dos elementos, estructuras apropiadas y un proceso sistemático de aprendizaje con acceso al conocimiento global, se hubieran desarrollado completamente dentro de una población rural, podría ésta interactuar en condiciones de igualdad con el mundo de afuera y dejar de ser objeto de los planes, benéficos o no, de otros individuos e instituciones.”⁶⁴

Como podemos ver, el acceso, generación y aplicación de conocimiento, y el proceso de aprendizaje en sí, es la base para el desarrollo sostenido de un grupo, fortaleciendo su autoestima al posibilitar su interacción en igualdad de condiciones con el resto de la población. En consecuencia, acciones que faciliten procesos de aprendizaje y reflexión, el acceso y la creación de conocimiento propio y universal, el fortalecimiento de la identidad y de las capacidades humanas, la búsqueda de un equilibrio en el proceso de cambio cultural, así como las garantías por parte de los profesionales y agencias de desarrollo de un real acceso universal o transparente en este proceso, son temáticas claves al diseñar programas y políticas que pretendan incorporar las dimensiones de la identidad y la comunidad, para de ese modo potenciar comunidades en la auto-conducción de su proceso de desarrollo, ayudándoles a dejar de ser objeto de los planes de “otros”. Sin embargo, propuestas prácticas y líneas de acción para impulsar este proceso, que en algunos países latinoamericanos se ha traducido en sistemas como la Universidad Rural y el Sistema de Aprendizaje Tutorial o SAT67 (Colombia), lo dejaremos para otro artículo.

⁶⁴ Farzam Arbab, op. cit., páginas 46 y 47.

Bibliografía

Arbab, Farzam, *La Senda del Aprendizaje en Latinoamérica: opción moral*, Editorial Nur Ltda., Cali, Colombia, diciembre de 1991.

Bengoia, José, "Pobreza y exclusión social en América Latina. Un abordaje desde la perspectiva de los derechos humanos", en *Memoria del Foro Euro-Latinoamericano-Caribeño de la Sociedad Civil*, febrero 2004.

CEPAL, *Los Paradigmas de la Política Social en América Latina*, División de Desarrollo Social, 1996.

Chambers, Robert, *Chambers, Who's Reality Counts? Putting the first last*, Intermediate Technology Publications, London, 1997.

Duhart, Daniel, "Programas sociales, partidos políticos y liderazgos familiares: erosión del capital social en una comunidad mapuche", en *Capital social: potencialidades analíticas y metodológicas para la superación de la pobreza*, CEPAL, División de Desarrollo Social, Serie Seminarios y Conferencias N°31, Santiago, octubre 2003.

Duhart, Daniel, "Juventud rural y educación en Chile. Reflexiones y propuestas", en *Revista Persona y Sociedad*, N°3, Universidad Alberto Hurtado, Santiago, diciembre 2004.

Durston, John y Duhart, Daniel, "Formación y pérdida de capital social comunitario mapuche. Cultura, clientelismo y empoderamiento en Minas de Huimpil y Añilco, 1999-2002", Serie Políticas Sociales N° 63, CEPAL, febrero 2003.

Durston, John, Duhart, Daniel, Miranda, Francisca y Monzó, Evelyn, *Comunidades campesinas, agencias públicas y clientelismos políticos en Chile*, LOM Ediciones/GIA, Santiago, septiembre 2005.

Hernández, Juanita y Anello, Eloy, *Liderazgo Moral. Capacitación de maestros rurales, Módulo N°1*, Universidad Nur, Instituto Superior de Educación Rural, Santa Cruz de la Sierra, 1993.

Long, Norman, "The Multiple Optic of Interface Analysis", UNESCO Background Paper on Interface Analysis, october 1999.

Long, Norman, *Development Sociology: Actor Perspectives*. Routledge, New York and London, 2001.

Pretty, Jules N., Guijt, Irene, Thompson, John, Scoones, Ian, *Guía del Capacitador para el Aprendizaje y Acción Participativa*, edición en inglés por IIED, Londres, 1995, traducción al español por DPID-Universidad NUR, Santa Cruz, 1998.

Roberts, Bryan, "Las nuevas políticas sociales en América Latina y el desarrollo de ciudadanía: una perspectiva de interfaz", documento presentado para el taller "Agencia, conocimiento y poder: nuevas direcciones", Universidad de Wagenigen, Holanda, diciembre 2001.

Sen, Amartya, "Social Exclusion: concept, application and scrutiny", Office of Environment and Social Development, Asian Development Bank, June 2000.

Verhelst, Thierry, "Cultural Dynamics in Development. A tool to Define the Notion of Culture", en Revista Cultures and Development, South-North Network Cultures and Development, Brussels, N° 24.

